ARTURO CANTERO SARMIENTO

LAS PALMAS 1950: VIDA, HECHOS Y MILAGROS DE LA FAMOSA "IGLESIA CUBANA"

Ediciones del
CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

LAS PALMAS 1950: VIDA, HECHOS Y MILAGROS DE LA FAMOSA "IGLESIA CUBANA"

VARIA

Servicio Insular de Cultura

© Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
© Arturo Cantero Sarmiento
Número de edición: 1.ª, 1993
Coordinación: Jesús Bombín Quintana
Departamento de Ediciones
ISBN: 84-8103-013-9
Depósito Legal: M. 16.544 - 1993
Fotocomposición e Impresión: Taravilla
Mesón de Paños, 6 - 28013 Madrid

ARTURO CANTERO SARMIENTO

LAS PALMAS 1950: VIDA, HECHOS Y MILAGROS DE LA FAMOSA "IGLESIA CUBANA"

Ediciones del
CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

Las Palmas de Gran Canaria, 1994

¿Qué noche la de aquel día?

PROLOGO

EN BUSCA DE LA "IGLESIA CUBANA"

Por AGUSTÍN MILLARES CANTERO

¿Qué sociedad era aquélla, donde las autoridades ordenaban la castración de unas estatuas, se intentaba separar a los bañistas por sexos y los curas maldecían el carbono 14? Para los protagonistas de estas crónicas, nos hallábamos ante un planeta poblado por terribles monstruos, como los parroquidermos, los carcosaurios, los sotanoides y los cleripopótamos. La Era Secundaria en pleno novecientos; en el mejor de los casos, el retorno imperativo de la Edad Media a golpe de Cruzadas. Y el Concilio de Trento otra vez convertido en luz y guía de la moralidad y las buenas costumbres. ¿Ha de extrañarnos que algún celoso sacerdote recomendara guillotinar los penes de los probos maridos al primer síntoma de pecaminosa lujuria? La España de los guerreros y las monjas debía ser un país asexuado y casto, digno de la empresa imperial que la Providencia le había asignado por destino.

También convenía que fuera una patria en la que no arraigase la «funesta manía de pensar», conjurando así las amenazas de la masonería y el comunismo. El Mundo se había creado en el año 4004 a. C. y los esqueletos de los animales antediluvianos no pasaban de ser meras supercherías de cartón-piedra. Parece que nunca sucediera o que ocurriese en una antigüedad remota. Hace bien poco sin embargo, todo esto era la más omnímoda y cruel de las realidades. El régi-

men del absurdo bajo el mando de un gallego regordete y de voz atiplada.

Contra aquel estado de cosas se levantó por estas ínsulas una agrupación informal de estudiantes, guiada por el «pontífice» Luis Hernández Crespo, que configuró paulatinamente un brote primerizo de oposición ideológica entre la clase media. La hermandad juvenil escogió por nombre el de IGLESIA CUBANA, en atención a cuanto de repulsivo y corrupto descollaba por entonces en la Cuba del dictador Batista, modelo de «república bananera» y de taifa tercermundista, cuyas analogías con Canarias resultaban evidentes para nuestros amigos. Así nació una de las colectividades más enigmáticas y surrealistas del pasado isleño, un territorio desde siempre abonado para toda clase de alucinaciones.

El anticlericalismo insular tenía ya alguna historia sobre sus espaldas a la altura de 1950, aunque no fuese tan enjundiosa como la de otros parajes. Incluso habría que señalar la preferencia de las capitalidades tinerfeña y palmera en este punto, con un mayor arraigo de librepensadores y masones. En la municipalidad de Las Palmas, por el contrario, los sentimientos anticlericales sólo despuntaron tangencialmente y en contados momentos.

El Sexenio revolucionario (1868-1873) vino marcado por varias pintorescas escaramuzas entre el Obispado y un sector de la élite política o gremial. El 12 de octubre de 1869 se produjo la célebre diatriba del prelado Urquinaona en el Circo Gallera contra la Junta Revolucionaria, por haber decretado la expulsión de los jesuitas, la destrucción del convento de las monjas bernardas y la incautación de una parte del Seminario Conciliar para fundar un Instituto de 2.ª Enseñanza e instalar la Escuela de Comercio. El mismo Urquinaona dictó, el 1 de enero de 1873, una carta pastoral en la que condenaba tajantemente el entierro civil de uno de los afiliados

de la Asociación de Trabajadores, lo que provocó un manifiesto de ésta a favor de la «religión natural».

La erección de la logia Afortunada número 36, el 14 de mayo de 1870, había contribuido a redoblar los enfrentamientos entre una intelectualidad inquieta y un estamento religioso muy apegado al *Syllabus*. La primera década de la Restauración vio desarrollarse una pugna multiforme, donde colisionaron la ortodoxia clerical y la heterodoxia burguesa, bien a través de la apuesta krausista o de la recepción del evolucionismo. Las *Biografías* de Agustín Millares Torres en 1874 y los *Estudios* de Gregorio Chil y Naranjo en 1876, sufrieron los embates de la intrasigencia teológica con especial saña. *El Gólgota,* portavoz del ultramontanismo refugiado en el Seminario, se empeñó en crucificar intelectualmente cualquier asomo de pensamiento que pusiera en cuestión a la escolástica. La polémica entre el republicano Rafael Lorenzo y García y el lectoral José Roca y Ponsa en torno al positivismo (1876-1881), dio ocasión a una guerra de opúsculos tan apasionada como enjundiosa. El talante conciliador del obispo José Cueto permitió frenar estas pugnas desde 1891.

El republicanismo de Gran Canaria no mostró interés en fomentar la inquietud anticlerical dentro de su escasa clientela. Pocas muestras de este ánimo pueden rastrearse en *El Tribuno*. Franchy y Roca rechazaba la educación religiosa con la frialdad de un racionalista, mas nunca cultivó la demagogia o el extremismo de los lerrouxistas catalanes. El tema carecía aquí de la mordiente que tuvo en otras demarcaciones y no conectaba con la sensibilidad popular o con una hipotética subcultura de masas. Apenas expresaba el sentir de una clase media culta que lo utilizó muy comedidamente.

La visita al Archipiélago de la propagandista republicana Belén Sárraga en junio de 1905, invitada por el Partido Re-

publicano Federal de Las Palmas, fue una de las breves coyunturas en que el anticlericalismo alumbró en el seno de la izquierda local. La organizadora de la Federación Obrera Malagueña había tenido una intervención destacada en el Congreso librepensador reunido en Roma en septiembre de 1904. El gran mitin del día 15 que dio en el Pérez Galdós, en compañía de Franchy, movilizó a toda la opinión liberal y concitó desde luego las iras de los medios católicos más conservadores, apercibiendo de excomunión el padre Cueto a quienes asistieran al acto. La presencia de la eminente oradora otorgó renovados bríos al pequeño núcleo de jóvenes radicales aglutinados en torno al semanario *La Avanzada,* que al menos publicó 29 números entre el 29 de abril y el 26 de agosto. Descontentos con las tibias posturas del rotativo franchysta, los miembros de esta peña realizaron una burla implacable del culto romano y sus dogmas de fe, difundiendo anécdotas escabrosas a propósito de los ensotanados en el mejor estilo de un Lerroux. El diario confesional *La Prensa* le salió inmediatamente al quite. A poco de marchar la Sárraga, varios obreros «emparrandados» trataron de forma irreverente una escultura del niño Jesús y el obispo lanzó una pastoral culpando del lance a los redactores de *La Avanzada* y prohibiendo su lectura.

La reyerta, que los más serenos espíritus de ambos bandos habían procurado eludir, no llegó muy lejos y las aguas tornaron a calmarse. En lo sucesivo, la confrontación entre lacismo y clericalismo se ventiló a nivel político e irrumpió con fuerza únicamente en la antesala del 14 de abril de 1931. Los carlistas nunca superaron la pírrica minoría. Al sobrevenir nuevos partidos confesionales del corte de Acción Popular, fuertemente apoyados por la jerarquía eclesiástica, se creó un marco propicio para una reacción adversa. Pero la dinámica de la Segunda República en las Islas Orientales, merced

a causas variopintas, discurrió sin equívocos por otros derroteros. No hubo quema de conventos ni saqueos de iglesias en nuestras poblaciones, y al contencioso entre las «dos Españas» le faltó por aquí un referente místico veraz.

La Era de Franco, en lo que tuvo de erial, implantó en todos los ámbitos el monopolio de una religiosidad fanática y ramplona, con la persecución de cualquier disidencia por mínima que fuese. Quienes no comulgaban con la ideología oficial, en el durísimo decenio de 1940, se vieron forzados a claudicar en público y a sostener en privado la libertad de sus conciencias. Se era católico, apostólico y romano por orden de la superioridad; militar, por supuesto, bien que el frufrú de las sotanas acompañara al ruido de los sables. El grado de violencia ejercido sobre la psique de los oponentes, activos o pasivos, iba parejo a aquella otra que se destinaba a los cuerpos. Factores de índole subjetiva permitían, a lo sumo, agravar o mitigar estos calvarios. Un representante del poder temporal o espiritual estaba, efectivamente, en condiciones de hacer más o menos amargo el cáliz de la España azul y negra.

El obispo don Antonio Pildain y Zapiain ha sido uno de los personajes más singulares y complejos del siglo XX canario. Diputado en las Cortes Constituyentes de 1931 y portavoz *in pectore* de la objeción parlamentaria a las directivas religiosas del «bienio reformador», este vasco de recio temple y trato afable salvó decenas de vidas en Gran Canaria a partir del verano de 1936 y amortiguó el sufrimiento de bastantes acosados. En 1950 tuvo el valor cívico de cerrar a Franco los portales de la Catedral y, a raíz del Vaticano II, adoptó una posición de vanguardia en el proceso renovador alentado por Juan XXIII. Su lucha denodada por librar al «Corredera» del garrote en 1959, significó mucho más que un gesto misericordioso. Y las pastorales donde abordó la temática

social estuvieron entre las más progresistas del episcopado español de la época.

El reverso de semejante *curriculum,* no obstante, quedó gravado por algunas de sus fobias o manías: la prohibición de los carnavales y el odio casi enfermizo hacia Galdós, facetas ambas que le restaron simpatías entre el personal democrático o indujeron ciertas reservas en torno a su labor. Republicano de derechas y hombre de acendrados principios, Pildain encarnó las contradicciones de un catolicismo que repudiaba el sistema fascista y seguía anclado en muchas de sus formulaciones anacrónicas. Los «cubanos» tardaron en comprender exactamente el meollo de esta duplicidad, razón por la cual dirigieron contra el mitrado una porción de sus iniciales descargas. Subsanado el error, los pildanosaurios se convirtieron el carcosaurios: *suum cuique tribuere.* Sin Franco y sin Pildain, en todo caso, la *Cuban Church* no hubiera aparecido sobre la faz de estas tierras.

No cabe una definición dogmática de lo que fue esta «Iglesia» puesta al revés, pues sería una manera indigna de traicionar sus postulados fundamentales. Dentro de ella y en sus aledaños se dio cita una muchachada indócil y sobre todo desafecta al Movimiento-inmóvil. La IC debe ser interpretada, básicamente, como un primer indicio de rebeldía juvenil ante la dictadura del Generalísimo, un germen espontáneo de protesta contra el oscurantismo y la hipocresía moral de la España nacional-sindicalista. Allí tuvieron cobijo los restos de una tradición liberal que había sobrevivido a la contienda civil y que repudiaba una religión ñoña y cerril. Se trató de una reacción defensiva, hija del intelecto seglar, expresada con el lógico radicalismo de la juventud. La irreverencia que emana de su *praxis* consistió en la réplica ajustada hacia el esperpento de un Cristo «del nueve largo». Después de todo, el «cubano» se defiende utilizando en clave de humor las ar-

mas y bagajes que blandían sus mortales enemigos, especialmente los hijos de Loyola y las congregaciones marianas. Falto de antecedentes inmediatos y lego acerca de los distantes, inventa su peculiar cosmovisión, desde los mandamientos hasta el boato.

Existe un curioso dualismo en las vivencias y milagros de estos jóvenes iconoclastas. De una parte, hubo una proyección externa que ridiculizó los patrones del orbe eclesiástico, articulada sobre una imaginativa serie de manifestaciones impías que entraron de lleno en la ilegalidad. Aquí radicó el aspecto más peligroso y contestatario de aquellos pecadores impenitentes, orgullosos de escandalizar a los papistas recalcitrantes y de poner al descubierto sus más ridículas creencias, con esa satisfacción que produce desvelar los trucos de un mago. Estamos así claramente en los dominios del anticlericalismo común, adaptado a las circunstancias del entorno. Pero esta fachada diabólica, inspirada por Lucifer a juicio de la mentalidad ultramontana, exigió previamente una cierta capacidad crítica y la asimilación de unos conocimientos elementales difíciles de adquirir circunscribiéndose a la educación del 18 de julio. La IC es, de cara al interior, una especie de cenáculo intelectual, un reducto para el laboreo de una bisoña *intelligentsia* democrática que significó algo anómalo durante la autarquía y la miseria física y mental que trajo consigo.

Nos situamos ahora ante una versión *sui generis* de la clásica tertulia provinciana, con individuos precozmente versados en ramas dispares del saber, que intercambian lecturas y polemizan sobre ellas. El «papa» Hernández fue una personalidad de vastísima cultura, un profundo conocedor de Sartre, lo mismo que el «cardenal primado e inquisidor», Emilio Guedes. Otras de las «dignidades», llamadas a la fama, serían ni más ni menos que el reputado compositor Juan José Falcón Sanabria, «abad mitrado», y Matías Díaz Padrón,

mantenedor del Museo del Prado y autoridad mundial en pintura. Entre los contertulios (una veintena al menos) eran fijos Antonio Martín, uno de los directores del Conservatorio; el polifacético Manolo Bello, farmacéutico y profesor, amén del simpar Luis Alsó, un verdadero «gallo tapado» y auténtico fundador espiritual del clan. Los tertulianos discutían de Bach y de Wagner, de Hegel o de Nietzsche, recitaban a García Lorca o a Neruda, mientras los héroes y los mitos ensalzados por la administración se desenvolvían en los estadios de fútbol y los cuadriláteros pugilísticos. De esta doble dimensión surgió precisamente el cuño que terminó dejando, en la izquierda local, aquel «grupo de parranderos y burleteros». En ausencia de estos considerandos, la evolución posterior de varias «eminencias» resultaría inexplicable.

Provocación y catarsis están debidamente conjugadas en el ceremonial demoníaco de la abigarrada cofradía. La chispa y la historieta salada apuntan hacia la natural socarronería del isleño y su peculiar manera de encarar las adversidades o de componer una suerte de filosofía vital. La idiosincrasia campesina toma cuerpo en el solar urbano, perpetúa y adapta sus esencias.

El ejercicio constante de la burla, aún rozando a veces el escarnio, no incurre en la ramplonería. El buen gusto y el ingenio trazan la frontera entre la «montada» ocurrente y la «putada» torpe y grosera. Nuestros «purpurados» y demás adláteres saben aplicar el humor negro debidamente dosificado y adorar la función liberadora de la broma pesada en sus justos términos, como ingredientes de una terapia colectiva. Al contemplar sus más sonadas mataperrerías, desde la «aparición» de fray Juan en un castañero de Teror, hasta el celebérrimo «milagro de las cruces», concebido por Manolo el Químico en la catedral nivariense, sobresale el poder corrosivo de la jovialidad de cara a la severidad y a la tristeza, que

predicaban las instancias gubernamentales y sus cooperantes evangélicos. Recordemos, si no, aquel monumento a la congoja que fueron la Semana (Aburrida) Santa y otras festividades lúgubres del calendario legal, impuestas *manu militari,* o aquellos horrorosos ejercicios espirituales de obligado cumplimiento, donde florecían la histeria, la idiotez y la teatralidad a partes iguales. Una forma de ir contra la corriente en la España fascista era poner en cuestión uno de sus pilares más sólidos, el religioso, con la finalidad de combatir las innumerables «toletiadas» del nacional-catolicismo.

Las peripecias mordaces y sacrílegas de estos rebeldes, producto a menudo de largas meditaciones, quiebran el letargo provinciano y entroncan también con la problemática del ocio. La penuria económica y las cortapisas oficiales obstaculizaban la mera diversión o el entrenimiento, a través por lo demás de una muy rigurosa moralidad retrógrada. De ahí que los devotos del credo «cubano» transformasen la película *Gilda* (1946) en un símbolo de redención, exaltando «las revolucionarias piernas y pechuga de Rita Hayworth», víctimas del papanatismo trabucaire de la censura cinematográfica.

Sus movilizaciones en pro de la cinta de King Vidor no parece que fueran algo extraño o chocaran de bruces con la sensibilidad pública. Está debidamente comprobado el poco respeto que merecía aquella inefable «calificación cromático-moral de espectáculos», pregonada a bombo y platillo desde púlpitos y hojas parroquiales. En el diario *La Provincia* del 25 de enero de 1950, el Servicio de Cinematografía y Teatro de la Delegación Provincial de Educación Popular advertía del quebrantamiento sistemático de tal registro, burlando así la Orden Ministerial del 29 de octubre de 1949. Por variados conductos se abrían resquicios en las murallas de la pudibundez instituida. El gozo de vivir doblegaba determinadas barreras, dando rienda suelta a un relativo optimismo. La

reivindicación carnavalera, otro de los caballos de batalla de la IC, fue adoptada bajo cuerda por particulares e instituciones, a despecho de las prédicas anatemizadoras de monseñor Pildain. Las mascaritas y los saraos no se extinguieron sin ofrecer resistencia. El Real Club Náutico recibió una multa de 3.000 pesetas el 25 de febrero de 1950 por haber celebrado un baile de disfraces sin la debida autorización. Los exponentes podrían multiplicarse.

Las páginas de este libro están atestadas de experiencias personales, como es obvio suponer. Pero los componentes autobiográficos rebasan con amplitud los límites de la secta «cubana». Cantero se educó en el *Viera y Clavijo,* el colegio más liberal de la isla por aquellos tiempos, donde su padre enseñó latín y francés. Es un melómano entusiasta y autorizado y fue un competente entrenador de natación, cuando este deporte ganaba por aquí preciados laureles nacionales e internacionales. Aunque su legado político-familiar le situara entre las «dos Españas», con un abuelo republicano federal y otro carlista, no tardó en decantarse hacia el bando que continuaba sufriendo la derrota, algo que se vivió en su hogar con la estela amarga de la prisión y las depuraciones por vía paterna. Y para completar el cuadro, sufrió en carne propia, cuando era mozo, los desafueros docentes-indecentes de la «universidad imperial» de La Laguna, sacudida traumática que contribuye a justificarnos los fogonazos del *pleito insular* que abundan en la obra. Así, desde el sosegado mundo de la música a las gestas acuáticas de las piscinas, pasando por los sinsabores de la represión política y por las obsesiones antichicharreras de quien fuese un circunstancial ideólogo del insularismo canarión, el universo «artúrico» se desborda por las diversas expresiones de un quehacer variopinto e indesmayable propio de un talento sensible y bullicioso.

La impronta personalísima del autor moldeó asimismo el tornadizo epicentro del relato. Al margen de su tardía voluntad de convertirse en cronista oficial de la *Cuban Church,* sirviéndose para tal menester de las valiosas noticias pacientemente recopiladas en el *Arca Chismorum,* Cantero no aspiró en el fondo a escribir la temible epopeya de la Orden, ni desde luego a elaborar un ensayo sobre su significación sociopolítica o cultural. Los anales de la impía asociación aparecen utilizados como pretexto para emprender una rememoración saludable y aleccionadora, donde unas veces ofician de hilo conductor y otras de «cajón de sastre», sin otro norte que el solaz de sus conciudadanos. Estas son las reglas del juego que el «arzobispo» Arturo propone subrepticiamente a los lectores de cualquier ideología o condición, quienes han de asumir apenas esta complicidad para no sentirse defraudados y poder saborear con gusto la retahíla de «curiosidades, recortes y chascarrillos» que tienen ante sí. Semejante óptica es la que permite aceptar la coherencia de los «Momentos musicales» o el sabroso anecdotario de las representaciones operísticas, entre otros prototipos de apariencia caprichosa.

Problema peliagudo es el de la exactitud de algunas de estas narraciones. Advirtamos, de entrada, que la veracidad no constituye un requisito imprescindible en este tipo de aventuras literarias. Pasarle al autor tal clase de facturas se nos antoja un mecanismo torpe y sectario. Ya advierte aquél, en el capítulo I, que se verá obligado a huir del rigor cronológico y se permitirá el recurso de alterar lugares y circunstancias, a objeto de evitar la identificación de personas que prefieren todavía hoy el anonimato. El escriba, pues, cuenta las cosas a su aire e incurre en ciertos equívocos. La anécdota en torno a la represión franquista que figura en la primera parte del capítulo XVIII, v. gr., corresponde a una etapa poterior. Igualmente es errónea la ubicación de los entrañables

«Diálogos de convivencia», fruto de la pasión de la escritora María Teresa Prats y de los buenos oficios de Manuel Padrón Quevedo, que tuvieron lugar doblada la mitad de los sesenta. Otro anacronismo radica en situar durante la década precedente las actuaciones proselitistas de los «testículos» de Jehová, que no habían desembarcado aún por estas latitudes.

Los lectores ya maduros van a deleitarse a lo largo del texto con la evocación nostálgica de una metrópoli irremisiblemente perdida, al paso que las generaciones postreras estarán en condiciones de aprehender las imágenes de un pasado cercano que ha contribuido a formarlas en distintos niveles. Hay en estos recuerdos una aproximación a la vida cotidiana de una capital de provincia en el tramo final de la posguerra española, pero a través del amor por el terruño se nos brinda la posibilidad de conocer mejor lo que fue, hasta hace bien poco, esta urbe cinco veces centenaria. Los heréticos pasos de la IC, los trotes impresionantes» de una cultura peripatética, nos conducen efectivamente hacia la personalidad de las Islas antes del *boom* turístico y la imposición del llamado «modelo terciario», con sus repercusiones sobre la emigración rural y la macrocefalia urbana. El relato posee la virtud de restituirnos parte de nuestra memoria colectiva, salvando del olvido una forma específica de canariedad y un marco social definitivamente extinguido. El propio Cantero toma conciencia, al hilo de la exposición, de estar describiendo «una estampa de la ciudad, de sus usos y cotumbres» (cap. XIII). No estamos tan sobrados de esta índole de restituciones como para escatimarle la gratitud y el elogio.

El peligro de entonar un panegírico del ayer lo sortea nuestro amigo y pariente enmarcando con esmero sus parábolas. De esta manera, el «paraíso perdido» de Maspalomas y su mítica charca están compensados, en propiedad, por los cadáveres que la Sima de Jinámar arrojaba periódicamente a

la Mar Fea. Estas y otras resultas de la guerra civil desempeñan el papel que les corresponde. Cantero cita el consejo de guerra que, el 5 de diciembre de 1950, condenó a treinta años de reclusión y 20.000 pesetas de multa al compañero del «Corredera», Francisco Casimiro Brito. Por otra parte, la escasez y el desabastecimiento, cuna de estraperlistas y demás acapadores, no se asemejó precisamente al Edén. Especulando con la penuria se levantaron turbios negocios y se amasaron no pocas fortunas en este Archipiélago. Las cartillas de racionamiento, las colas de la «gota de leche», el chabolismo generalizado, la emigración clandestina, el calamitoso estado de la sanidad pública y otras «maravillosas ventajas» del franquismo antes, durante y después del Mando Económico), estuvieron relativamente cerca de los forjadores de la IC cuando principiaron sus andanzas. Conviene que todas estas calamidades sean tenidas en cuenta, en especial por aquellos para quienes la dictadura sólo muestra en el presente la cara amable del *Seiscientos* y el televisor.

Desfila por este volumen una galería multicolor de personajes, muchos con nombres supuestos, ligados indisolublemente a los anales contemporáneos de Las Palmas. El sitial preferente está reservado para el profesor don Juan Marqués García, socialista y wagneriano, que encabezó la nómina de ídolos elevados a los altares por estos «martillos de santurrones». Detrás de él, otros santos laicos o venerables sin canonizar, inclusos simplemente en el plantel de ciudadanos ilustres: el director del *Viera,* don Pedro Cullen del Castillo, con uno de sus educadores, el padre Ramón, clérigo anómalo que se adelantó al *aggiornamento* vaticano; el psiquiatra don Rafael O'Shánahan; el maestro de música don Luis Prieto, etc. Pululan asimismo algunas de las celebridades callejeras de mayor relieve, ya de corte formal o estrafalario, como Andrés el Ratón, Peteta, Juanito el Argumento, el «guindilla» Perejil,

Carmen la Boca Dulce y demás. En último plano chapotea una cohorte de torquemadas, ricachones, carcundas y correveidiles, auténticas heces en aquellas Canarias de la FET y de las JONS.

El «cubano» actúa en el casco antiguo de la *city* y apenas prolonga ocasionalmente sus correrías por los barrios periféricos o más allá del entorno urbano. Nótese que deambula con preferencia por el eje Vegueta-Triana y que se agrupa en la plaza Hurtado de Mendoza (la «cátedra» de la plazuela), punto de salida hacia cualquiera de sus peregrinaciones. El «padre» Guiniguada, como se le llama con acierto, cordón umbilical entre los distritos de la vieja merindad capitalina, sirvió de guarida o vía de escape, además de recinto para oficiar algunas de las ceremonias profanas. Así, en el lecho del barranco ardieron los ornamentos sagrados que fueron sustraídos de varios templos a raíz de un malévolo concurso, ganado con todo merecimiento por el «cardenal» Matías, «predicador oficial y gran maestre de las Órdenes Militares».

La IC tuvo su *sancta santorum* en el «reservado» del primitivo bar El Herreño, donde reunía sus «Concilios» y deliberaba el «Sacro Colegio», entre una generosa provisión de ron de La Aldea y aceitunas negras. Parroquianos de todos los tugurios, los cofrades también acostumbraban recalar en una taberna del Potrero, El Canario. El taperío y el beberío típicos, los rifirrafes y las trompas, eran por supuesto ritos ineludibles de la doctrina «cubana», uno de cuyos preceptos obligaba a templarse al menos una vez al año, salvo mediar «burla»-bula antialcohólica. El vino perrero suplantaba al agua bendita durante los «bautizos» en el pilón de la Fuente del Espíritu Santo. De los vapores etílicos que generaban tantos tenderetes y bacanales, emergieron precisamente todas aquellas visiones extravagantes, ni místicas ni apocalípticas, que pasaron después a los *Evangelios* del «cubanismo».

El neófito credo salvador no se circunscribió al Real de Las Palmas. Fue difundido en La Laguna por el ex seminarista Indalecio Cabezas Leal, al que convirtió el propio «papa» Hernández, adoptando en las aulas del «Alma Water» un tono más político. Encarnación del aliento regional de la IC, el «I Concilio Cubano Nivariense», emplazado en la popular tasca La Oficina por el ardoroso celo del mentado «evangelizador», aportó las primeras conversiones femeninas y un mayor compromiso democrático. La delegación oficial que la «Ciudad de los Atrasados» llevó al Congreso universitario de 1953, entre la que figuraban el «sumo pontífice» y el «prelado» Indalecio, reclamó valientemente la supresión de las «tres marías» de los estudios superiores, un timbre de gloria que alarmó al ministro Ruiz Jiménez y le forzó a interesarse por aquella comunidad macaronéstica, que empezaba a dar no pocos quebraderos de cabeza a los jerarcas del denostado SEU.

El medio centenar de bachilleres que reclutó la IC dentro de su sede originaria, sumadas las dignidades y los aspirantes, basculó entre la pandilla de golfos encantadores y la célula intelectual opositora. Sobradas pruebas hay de su inadaptación a los patrones educativos de aquel entonces, lo que dice mucho en favor de sus inteligencias. La institución no intervenía en política oficialmente, con las únicas excepciones que se relatan en el capítulo XVI. A pesar de todo, simpatizó con Mao y con los «barbudos» de Fidel, celebrando como se merece el derrocamiento de Batista. En un alarde de audacia intestinal, una de sus «eminencias» tuvo a bien defecar bajo la lápida dedicada a Franco que había sido colocada en el *muelle viejo* de San Telmo.

La picaresca remitió poco a poco, a medida que los mataperros se transformaban en jóvenes contestatarios. El proselitismo allegó nuevos fichajes y este crecimiento deparó la

entronización de la llamada *Iglesia Roja,* definida por «su santidad» Hernández como la *Iglesia Corrompida.* Entre los últimos correligionarios se hallaban Manuel Vizcaíno, Augusto Hidalgo, Jesús Cantero y Emilio Díaz («Emiliano el Apóstata»), quienes reforzaron la corriente antifranquista más militante.

La IC estaba a finales de 1959 al borde de un cisma trascendental. La única oposición isleña, protagonizada por los comunistas de Germán Pírez Pérez y de Antonio Sánchez Vidal, iba a recibir el concurso de una serie de alevines pequeñoburgueses, que tras el asesinato legal del «Corredera» sentaron las bases del movimiento CANARIAS LIBRE. El «cardenal» Manuel Bello, el «arzobispo» Cantero y uno de los progenitores espirituales de la IC, Luis Alsó («Lutero»), mantenían ya vínculos regulares con Fernando Sagaseta, Andrés Alvarado y Armando León. Aquellos tres, junto con Vizcaíno y el menor de los Cantero, terminaron ante el consejo de guerra que el 12 de julio de 1962 (causa sumarísima núm. 78) condenó a la plana mayor de CL. La apuesta canarista de la *Cuban Church* había permitido, entre otras cosas, que ondease por vez primera la bandera tricolor canaria el 7 de septiembre de 1961, víspera de la festividad del Pino (Arturo *dixit).* El tránsito del anticlericalismo al autonomismo (con fachada nacionalista), agrandó enormemente el legado histórico de los «cubanos» y en lo sucesivo contribuyó a darle dimensiones casi míticas. El juego sagaz se hizo combate y habitó entre nosotros.

No es misión del prologuista resaltar los valores o los yerros de naturaleza literaria que hayan en el tomo. Sin ánimo de emular a los maestros Liendres que hormiguean por esta geografía, parece oportuno, empero, advertir el costumbrismo que el narrador eligió con buen criterio por referente estilístico. Ahora bien, las expresiones y frases del acervo popular

que salpican todo el anecdotario no están aplicadas caprichosamente, con abuso de localismos de poca monta. Demasiados supuestos imitadores de Pancho Guerra, por desgracia, han inundado las imprentas en los últimos lustros. Nuestro hombre no mira hacia los tópicos rurales, con su cohorte de magos y otros especímenes hace mucho en trance de extinción; atiende a las realidades de la constelación urbana, menos explotada y bastante más fecunda. Con una escritura ágil, pienso que logra un resultado final muy digno, a la altura de los mejores exponentes del género dentro de la literatura regional.

El prólogo de esta obra tenía que haberlo escrito mi padre en justicia. El rapapolvo que le lanzó a su primo político en la calle Mayor de Triana, echándole en cara haber dejado inconclusas sus historietas, fue decisivo para que éste tomara la pluma dispuesto a acabarlas definitivamente, para alborozo de cuantos las seguíamos con regusto.

Cantero engendró este material como una serie periodística que llegó al público en varias andanadas, luego de la entrevista que le hizo Luis León Barreto para el matutino *La Provincia* el 9 de octubre de 1983. Siempre vio la luz en el suplemento dominical de este diario, donde las catorce entregas iniciales cubrieron dos ciclos: del 30 de octubre al 25 de noviembre de 1983 y del 17 de junio al 29 de julio de 1984, utilizando la técnica de la «carta abierta» con una traza semejante a la del folletín decimonónico. Sobrevino después la prolongada interrupción a la que puso fin el genio (en su doble sentido) del poeta de marras, al que va dedicada el 21 de febrero de 1988 la otra mitad de los reportajes, editados entre el 28 de febrero y el 6 de noviembre. El profundo dolor ocasionado por la muerte de su queridísimo amigo Luis Hernández, espoleó el ánimo del cronista. Con posterioridad se añadieron dos apéndices sobre el inefable padre Pío, uno de

los más grotescos paladines de la grey ultra. Para entonces, cuando maduró felizmente el proyecto de este libro, su introductor legítimo estaba ya al borde de la defunción y tenía que buscarse un sustituto. Razones consanguíneas hicieron recaer en mí tal honor, y espero haber cumplido según mi leal saber y entender.

No está escrito todo, ni mucho menos, en torno a la simpática e interesante cofradía. Nuestro «arzobispo» se sometió a una rígida autocensura que ha dejado en el tintero un sinfín de anécdotas, cada cual más jugosa, por temor a herir determinadas susceptibilidades. Digno es de encomiar su cortesía, pero nos fuerza a lamentar el sacrificio de tanta algazara a propósito de cánticos y demás ocurrencias. Otros patriarcas de la IC tendrían que animarse y completar el cuadro que ahora lega Cantero a las generaciones futuras. Ante su contemplación, no es difícil imaginar la sonrisa burlona del ilustrado don José de Viera y Clavijo o el guiño cómplice del liberal don Graciliano Alfonso, amén de la sonora carcajada del reformista Galdós ante la rabieta incontenible del buen obispo Pildain. Quiera el cielo que nunca sea preciso volver a erigir los pilares de esta «Iglesia» maldita. Pues los «viejos cubanos» nunca mueren y han dejado, tras de sí, copiosa estirpe.

Las Palmas, marzo de 1991.

CAPITULO I

CARTA QUE DIRIGE EL AUTOR AL PERIODISTA LUIS LEON BARRETO

Estimado señor y amigo:

De poco tiempo para acá, un considerable número de amigos y conocidos —la mayoría más nuevos que yo— me están dando la tabarra, que expliques qué fue eso de la Iglesia Cubana que existió hace unos treinta años en nuestra ciudad. Que se dicen una serie de cosas y queremos saber si son exageraciones o no, que debes escribir sobre aquella época, quienes la fundaron, por qué y qué cosas hicieron.

Vencida al fin mi pereza y más bien para quitarme de encima semejante guineo, le manifiesto por la presente, que me he decidido a enviarle la verídica historia de tan rara y singular agrupación. Ya usted sacó el domingo último algo de eso en ese periódico [1], pulpeándome tan bien los recuerdos, que ya adelanté a los lectores algunas cosas sobre la vida, milagros y mataperrerías de la tan temida, odiada o admirada Iglesia Cubana.

Así, pues, señor León Barreto, le prometo que voy a enviarle cada semana una pequeña historieta para que si a bien lo tiene, la publique cada domingo en ese periódico y se divulguen sus hechos, en estos peñones esparcidos en el Mapa Mundi, llamados Islas Canarias.

Me temo por otra parte que tales recuerdos me vayan saliendo a empujones y malamañadamente, por lo que le ruego de vez en cuando los arregle un poquito, ya que usted

[1] Entrevista publicada en *La Provincia,* día 9 de octubre de 1983.

está más ensayado que yo en eso de componer letras, que por algo son sus garbanzos y no los míos.

No sé si se habrá enterado usted, que nada más corrida la volada de mi propósito, me han caído arriba de mala manera diversos ex miembros de la Iglesia Cubana, muchos de ellos figuras harto conocidas de las artes, las ciencias, las letras y —quién lo diría— de la política. Le diré, que algunos de ellos hasta salen de vez en cuando en la TV y que también hay hombres de negocios, de profesiones liberales y probos funcionarios, que como le decía antes, me han caído arriba: que mira que a mí no me nombres para nada, que me desgracias, mira que ya no estoy para choteos.

Metido en tan grande compromiso, proponiéndome por un lado el cumplir con lo prometido y acosado por otro lado por aquello de «no me nombres para nada, hazme el favor», le manifiesto señor León Barreto que voy a enviarle las aventuras y desventuras, glorias e infortunios, bromas y milagros, de la más abigarrada Iglesia que en el mundo ha sido, sin nombrar a nadie por su nombre santo y seña, aunque a usted el último domingo se le escaparon algunos, puede decirles que pueden estar tranquilos.

Con mayor motivo también pueden dormir tranquilos, los antagonistas y antiguos adversarios de la tan pintoresca Iglesia Cubana, pues tampoco me parece caritativo señor León Barreto, sacarle los colores a nadie y que puedan decirle a éste o aquél: «Y tú que ahora eres tan demócrata y que se la hechas porque tienes este o aquel cargo en tal o cual partido político, dime como es posible que antes hubieras sido tan carca y tan tolete.»

Quiéralo o no, también tendré que hacer un recorte en mis archivos memorísticos, pues ya comprenderá usted que en esta vida, no todo se puede contar.

* * *

Doy por sabido y entendido que no ha habido nadie en las siete Islas Canarias que haya sabido plasmar nuestro peculiar carácter, usos y costumbres, como lo logró don Francisco Guerra Navarro, el inmortal tirajanero Pancho Guerra. Su aguda pluma supo describir con exactitud nuestra peculiar socarronería de un pueblo enmarcado dentro del más trágico subdesarrollo económico y cultural, pero que al menos tenía la ventaja de poseer una identidad definida y que ahora estamos en trance de perder por mor del aluvión de peninsulares y godos —que no es lo mismo aunque muchos no lo crean— que se nos ha venido encima.

Puedo decirle señor León Barreto, que no es cierto que el que suscribe pretenda ser un continuador —pobre de mí— de aquella mente genial. Lo que sí es verdad es que me parece que ha quedado un vacío entre aquellas generaciones que retratara Pancho Guerra y estas otras de ahora. Aquella ya está descrita y no volverá, era el tiempo de la Guerra Incivil Española y de la Segunda Guerra Mundial, de la alpargata, los garbanzos con gorgojos y de las pellas de gofio para disimular.

Ahora en cambio estamos en la generación del utilitario, de la marihuana y del despelote. A esta generación hasta hace poco le estaban haciendo creer que todo el monte era orégano y me creo que la culpa ha sido de ese famoso economista que ya usted ha oído mentar. Mr. Keynes —ya la Iglesia Cubana en su momento lo tuvo por un zoquete—, que nos explicó que lo que había que hacer era producir más y más, no para vivir mejor, sino para consumir más y más y vivir con más letras y más infartos. Que había que comprar, comprar y comprar, que no importa que ya pagará su nieto. Y resulta que cuando todo el mundo ya ha comprado lo que necesitaba y lo que no necesitaba, ahora ya no se puede vender más, se paran las fábricas, los trabajadores a la puñetera calle y vuelta a empezar. Que todo este

drama del paro, señor León Barreto, ya lo previno el pontífice de la Iglesia Cubana, cuando explicaba desde su cátedra de la plazuela de Hurtado de Mendoza: «Como intentemos imitar a los "nortemaricones" algún día, nos meteremos en un callejón sin salida, que no se puede hacer del nivel de vida un escaparate de mentiras, ni se pueden tirar los pedos más altos que las cachas, que se puede comer lo que se tiene, pero que no se puede comer lo que no se tiene.» ¿Y ahora qué? Se pregunta el personal viendo que esto del paro no lo arregla ni Cristo.

Y vuelvo atrás, señor León Barreto; le estaba diciendo que entre aquellas generaciones antiguas y ésta de ahora, quedó una, más jeringada que ninguna: la nuestra. Porque cuando éramos jóvenes nos decían que teníamos que comprender a nuestros padres y ahora nos explican que tenemos que comprender a nuestros hijos, así de trincados por todos lados...

Por eso, me he dado cuenta que para hablar de aquella época es imprescindible explicarle al lector cómo era nuestra sociedad en los años cincuenta, cuando nace la llamada Iglesia Cubana. Por eso, todas las verídicas historias que semana tras semana le iré mandando, van a tener un título común: «Las Palmas, 1950».

* * *

A nuestra generación le cayeron encima, como perro flaco, todas las pulgas. Pues encima del hambre y de las ganas de comer, nos tocó la lotería cuando el general Franco y el Estado Vaticano decidieron echar sobre el país el más espeso manto de la represión sexual. Decidieron que el único Mandamiento que existía era el sexto, relegando todos los demás al olvido y muy especialmente al séptimo. Todo era pecado, todo estaba rigurosamente controlado, especialmente todo

lo que oliera a faldas: cines, teatros, excursiones, bailes y playas. Yo me temo, señor León Barreto, que cuando la gente de ahora lea estas cosas van a creer que sucedieron en los tiempos de Cristóbal Colón y no hace treinta años. Que se dice y no se cree, que con un solajero que partía las piedras, había que estar en la Playa de las Canteras con albornoz encima y si no, multa que te pego.

Peor aún era la enseñanza. Exceptuando el «Viera y Clavijo» de talante auténticamente liberal, dirigido por la señera figura de don Pedro Cullen del Castillo, arropado por una serie de catedráticos represaliados por el Movimiento-inmóvil entre los que se encontraba mi señor padre, la enseñanza estaba monopolizada por las Órdenes Religiosas. Tales colegios eran auténticas prisiones para la juventud, pues al larguísimo horario —mientras menos horas fuera del colegio, menos ocasiones de pecado, decían— había que añadir Misas diarias, sermones diarios, rosario diario, novenas, triduos, ejercicios espirituales, rosarios de la aurora —martirio especial inventado por el clero para que nadie pudiese dormir—, procesiones, lecturas de Santos y de hechos piadosos, campañas para los niños infieles, de las que se comentaba por cierto, que en España pedían para los pobres chinitos y en la China pedían para los pobres españoles. Total, un guineo, un guineo, que no me extraña que ahora la gente le haya virado la popa a la Iglesia de forma tan repentina.

A tanto llegó la cosa, señor León Barreto, que ya usted sabrá que la prensa oficial llamaba a ciertos países con el dichete del «Telón de acero» y a otros con el «Telón de Bambú», que más tarde la Iglesia Cubana bautizó al nuestro «El Telón de incienso», con gran indignación de santurrones y carcas.

Y finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir, que un buen día y casi por casualidad, nos fuimos encontrando diversos muchachos de distintos colegios, unos ya bachilleres

y otros terminándolo. Intercambiamos puntos de vista y descubrimos que teníamos casi todo en común: primero un rechazo visceral por el contraste entre la moral «oficial» y la moral «real», segundo una enorme sed de cultura y tercero un sentido del humor que más adelante ya usted verá. Un enfrentamiento frontal hubiese sido tan inútil como peligroso, así que decidimos utilizar la única arma posible: la coña.

Cuando el grupo creció más y más, decidimos fundar una nueva Iglesia que llevaría el nombre del país más corrompido de entonces, la Cuba sanguinaria del sargento-mamarracho Batista. Se nombraron las dignidades, se creó un santoral, himnos irreverentes, con sus concilios, bautizos, excomuniones y canonizaciones.

Enseguida cundió la alarma: ¿Qué clase de secta era aquella que llevaba la contraria en todo? Cuando llegó la Semana Santa y era pecado hasta no llevar corbata, la Iglesia Cubana amenazaba con excomulgar a quien no acudiese a la playa; si había ayuno y abstinencia —que gracias a Franco era casi todo el año quieras o no— la Iglesia Cubana predicaba la obligación de largarse en tales días sus buenos tanganazos de vino y si era posible con sus lascas de cochino; si se amenazaba con el infierno al que viera la película «Gilda», la Iglesia Cubana excomulgaba a quien no fuera a verla. Ya todas estas cosas irán saliendo con mayores detalles.

A todo esto, las muchachitas de los colegios «bien», huían de la peligrosa Iglesia Cubana como alma que lleva el diablo. Inmediatamente se movilizaron los más irreductibles niños-carcas, que con sus hisopos de agua bendita nos rociaban en plena calle Triana en vano intento de exorcizarnos, intento que por cierto les salió mal a los carcas, porque los miembros de la Iglesia Cubana, con la ventaja que suponía el ir atrincherados en pecaminoso jolgorio sobre una tartana, les respondimos con nuestros propios hisopos llenos con ron de la Aldea. Le he prometido no darle nom-

bres que no quiero sacarle los colores a nadie, mas le diré que fue un regocijo saber que a cierto niño-carca le dieron la gran tollina cuando llegó a su casa apestando. ¡Dios mío este niño de comunión diaria oliendo a ron, qué perdición, qué pecado, qué horror!

Pero esto era sólo la fachada al exterior. Dentro de la Iglesia Cubana se hablaba de todo, tanto en broma como en serio, pero aunque usted tal vez no lo crea, predominaba lo último.

Así descubrimos que además de San Agustín y de Santo Tomás, había otros filósofos. Ya en los libros de texto se hablaba de pasada de un tal Kant y de Hegel, también había otros que empezamos a leer por nuestra cuenta: Nieztsche, Marx, Sartre, Ortega... todos excomulgados, se decía. Empezó una frenética busca de libros, que intercambiábamos, devorándolos uno tras otro. Así conocimos a autores tan corrompidos, como Unamuno, Pérez Galdós, Pío Baroja, Freud... Puedo decir con la mano en el corazón que los que estudiaron en colegios religiosos se quedaron sin saber una sola palabra de Historia, a menos que hicieran como los miembros de la Iglesia Cubana, que la estudiamos después por nuestra cuenta.

Así, descubrimos que la colonización del continente americano había sido una orgía de sangre, que la Historia de la Iglesia no tenía nada de santa ni de edificante, que el Tribunal de la Inquisición había sido una sucesión de crímenes en cadena, que la evolución de las especies hacía derrumbar toda la concepción «carca» acerca de los orígenes de la humanidad, que ni Felipe II ni Luis XVI habían sido tan santos, ni los revolucionarios franceses tan perversos. Imagínese el sobresalto de muchos al descubrir estas cosas, señor León Barreto, cuando las pocas horas libres que quedaban en los colegios religiosos, estaban dedicadas a lecturas de vidas de santos o a los terrores místicos de Ignacio de

Loyola. Y quiero añadirle que esto se mantuvo así hasta hace bien poco, siendo Ministro de Difamación y Turismo el señor Fraga Iribarne y que por cierto ahora se viene quejando, que él quiere dinero para que en los colegios de los ricos se dé una enseñanza «libre y plural». ¡Manolo, que se te ve el plumero! Pocas cosas tan peregrinas se ven, como las cambiatinas de ciertos políticos, se lo digo yo...

* * *

¿Que fuimos irreverentes y hasta hirientes? Cierto, señor León Barreto, pero dígame ¿de quién fue la culpa? Porque al fin y al cabo, la famosa Iglesia Cubana lo único que hacía era devolver la misma moneda con que nos pagaban.

Ahora, y después de pasados los años, he llegado a la conclusión que el peor enemigo que ha tenido la religión en España fue la Iglesia franquista. Si hubieran sido más inteligentes se hubieran quedado con una importante masa de auténticos creyentes, más al empecinarse en jeringar a todo el mundo, ahí está el resultado, que se han quedado con cuatro gatos.

Hasta tal punto señor León Barreto, que le diré que me ha dado pena —quién me lo diría a mí— el contemplar las últimas procesiones de Semana Santa, que le digo que vale la pena verlas, aunque sólo sea para admirar la gran obra de nuestro insigne paisano Luján Pérez. Sólo cuatro gatos como le digo, mientras que los «buenos católicos», ésos que antes nos rociaban con agua bendita, se marchan embalados al sur a verle las tetas a las suecas. ¡Cómo cambian los tiempos!

Y ya termino que por hoy está bien: la Iglesia Cubana hizo cosas que fueron consideradas como terribles. Si usted las compara con la crónica de barbaridades que pasan aho-

ra, comprenderá que sólo eran bromas inocentes del grupo juvenil del que formé parte y que sin echármela, creo fue la primera rebelión generacional que hubo en España desde la posguerra. Que no es poco.

Saludos y hasta el próximo domingo.

CAPITULO II

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA PROVOCO UN ESPECTACULO INMORAL EN EL PUENTE DE PIEDRA

Exceptuando los muy jóvenes, los ciudadanos de Las Palmas recordarán con nostalgia los dos puentes que tenía la ciudad, que comunicaban el nobilísimo barrio de Vegueta con el plebeyo y comercial de Triana. Dos puentes, uno el de «Palo», bohemio y bullanguero y el otro, el de «Piedra», de más noble porte. Lo bonita que estaba la ciudad así, que Las Palmas sin el Guiniguada ya no es Las Palmas, que me la han llenado de cemento por todas partes.

Si usted pasa por donde estaba el Puente de Piedra verá que perduran las cuatro estaciones, grupo escultórico que se hizo traer de Florencia mucho tiempo atrás. Pues bien, como ya le he dicho, hubo un tiempo en el que la autoridad civil y religiosa decidió de una vez por todas atajar el menor atisbo de peligro que pudiese desviar a la juventud de la «sana moralidad» entonces imperante tal y como la entendían. Hasta el punto llegó la cosa —ya me dirá si aquellas cabezas rectoras estaban bien— que un buen día apareció una de las estatuas, concretamente la que usted puede ver más cerca de la plaza de Hurtado de Mendoza, con una sábana que cubría pudoroamente las desnudeces de tan pecaminosa obra. Se dijo que fueron órdenes del Obispado o del Ayuntamiento, o de los dos, decisión tomada a pitorreo por casi todos, con indignación por los más sensatos, con asombro de muchos y con gran satisfacción de cuatro carcas.

Ya le había dicho, que una vez terminada la guerra Incivil, se inició una feroz campaña contra todo lo que oliera a sexo y que la Iglesia Cubana había nacido como rechazo a tanta hipocresía y que la única forma posible de protesta era la coña. Todo el mundo se preguntaba alarmado qué clase de secta era aquélla, nadando con tanta habilidad entre el humor y lo prohibido, que nadie sabía —y nosotros tampoco— donde terminaba la broma y donde empezaba lo serio.

Pues bien, hasta los más moderados ciudadanos de la ínsula convinieron que por esta vez la cosa era excesiva. Ya me dirá cómo estábamos los miembros de la Iglesia Cubana hartos que nos mermaran la juventud y las ganas de vivir con tanta memez. Y decidimos actuar, algo sonado habría que hacer, algo que al mismo tiempo no fuese demasiado comprometido, pues ya sabrá usted lo bien que se llevaba la Iglesia —la Romana se entiende— con el Régimen entonces imperante. Así, pues, su Santidad el Papa nos convocó para aquella misma tarde a un Concilio urgente...

* * *

El Concilio se celebró en local cerrado, al que sólo tendrían acceso las grandes dignidades de la Iglesia Cubana y también hay que decirlo, para evitar a los goledores y alcahuetes. Se concertó un «reservado» en el Bar «El Herreño», cerca de la plaza del Mercado. Pero no venga usted a creer que «El Herreño» era el de ahora, con sus camareros, sus bistecks y sus papas calientes. El «reservado» era un cuartucho donde nos acomodamos encima de tablas con clavos y sacos de millo, una mesa con generaciones de roña, telarañas, olor a moho y perinquenes por los rincones. Colgaba del techo una bujía mortecina cagada de moscas, que más

parecía un velorio que un Concilio. Las dignidades nada melindrosas, pidieron ron y vino herreño. El vino por cierto no era malo, aunque ya sabe usted que el del Hierro es traicionero como él solo, el ron más bien parecía papel de lija y de enyesques, pejines, chochos, manises y aceitunas negras.

El Cónclave fue largo y trabajoso, así como largo fue el trasiego de licores de diversas clases. Tal vez fuese que el Dios Baco fue el inspirador, mas el caso es que se encontró una solución, un terrible escarmiento que aquella misma noche había que llevar a la práctica. Por cierto que el Concilio fue interrumpido —que osadía— por el tendero, «miren que ya es la una y tengo que cerrar». Para tales casos terciaba el diplomático de la Iglesia Cubana, quien con voz grave, firme y autoritaria le conminó que espere un pizco que estamos terminando y que si no espera le excomulgamos y encima no le pagamos. A lo que respondió el muy descreído que a él lo que le importaba era que le pagaran, y que la excomunión ésa ni la entendía y le importaba un pito. Pero el caso es que el hombre, al que todo aquello no le olía bien y la camisa no le llegaba al cuerpo, un tanto asorimbado dijo «bueno está bien, pero sólo una horita más»...

Salimos digiéndonos con decisión al cercano Puente de Piedra. La primera parte salió más fácil de lo que parecía, uno se encaramó al pretil de la estatua y de un tirón le arrancó violentamente la sábana, dejándola en pecaminosa desnudez. Pero escrito estaba que la cosa se iba a complicar, un par de vigilantes nocturnos dieron el ritual —¡alto!— y cardenales, obispos, priores y demás miembros de la abigarrada Iglesia emprendimos veloz huida Juan de Quesada —el Toril— adelante, perseguidos que escarnio, por dos simples guindillas. Todavía y a pesar del aprieto alguien gritó en voz alta: «¡Roma inicia la persecución a la Iglesia!» Como

verá usted el buen humor no desaparecía ni en las más comprometidas situaciones.

Usted, como pollo nuevo no sabrá que, al final del Toril, había una empenicada escalerilla de arenisca hacia el barranco, donde al amparo de las sombras de la noche, saltando charcos, teniques y tuneras, nos pusimos a salvo de las iras municipales. Todavía me pregunto cómo nadie se rompió un par de costillas.

Los guardias que ya no estaban para tales trotes, con la lengua fuera, lanzaron unos cuantos tacos y en la oscuridad le oímos mascullar, que «total por una jedionda sábana no pienso llenarme de púas, para lo que me pagan yo me largo. Si el Ayumntamiento quiere otra sábana que la compre». Y se largaron.

* * *

Después de un rápido cambio de impresiones, decidimos retornar al centro, dando un largo rodeo por San Roque y otros barrios. Para hacer tiempo por si acaso, ya que el cumplimiento de la segunda parte del mandato conciliar era más complicado...

Después de vueltas y más vueltas, pudimos comprobar que los celosos vigilantes estaban enfrascados en una partida de dominó en un cafetín semicerrado trasero a la Catedral. Así, que volvimos al lugar de los hechos, estableciendo esta vez previa vigilancia en sitios estratégicos, por si acaso el ovillo se enredara. Una alta dignidad de la Iglesia Cubana, que he prometido no decir su nombre, volvióse a encaramar a la estatua y a riesgo de darse un talegazo en el barranco, le colocó un sujetador de color rojo subido, que le puedo jurar con la mano en el corazón que no sé quién lo trajo, ni de dónde salió.

Había sido cumplido el mandato del Concilio, «pero mira que ya está clareando —dijo alguien—, vale la pena esperar a ver qué pasa ahora».

* * *

Apostados a prudente distancia, henchidos de satisfacción pudimos comprobar cómo empezaban a pasar gente para el trabajo, la plaza del mercado, etc., y que cada vez se paraban más, a mirar y a comentar animadamente la ocurrencia.

Terminó, más o menos a la media hora, de formarse un medio gentío que se partía el pecho de risa. Desde los betuneros hasta estudiantes, desde los tartaneros de la plaza de Santa Ana hasta graves socios del casino. Todo, personal masculino, pues las mujeres pasaban rápidas, pudorosas, con la mirada gacha, qué indecencia a lo que vamos a llegar...

Hasta vimos un conocido matrimonio, perteneciente a las fuerzas vivas, que le dijo él con voz turbada por la emoción, sigue tú Carmela y espérame un poco más adelante, ¿para qué te paras a ver esa cochinada? ¡Qué vergüenza de marido!

Llegaron al fin solemnes un guardia, un hombre con una escalera y otro individuo flaco como una verguilla, con lentes y cara de vinagre.

Se dijo que este último era un corre-ve-y-dile del Obispado, no lo sé.

Lo cierto fue, que ante la rechifla y la silba general, se encaramaron hasta la estatua para quitarle tan indecente prenda. Que yo sepa, fue la primera sesión de «streep tease» que hubo en las Islas Canarias.

El hombre de la escalerilla le pasó el trapo al larguirucho, quien la tomó con cara de asco entre los dedos pulgar e índice y la metió rápido en un maletín. Dijeron las malas

lenguas que rociaron todo aquello con agua bendita, pero no haga caso a esto, que yo no sé si fue verdad.

Lo que sí es cierto es que desde los betuneros del mercado, hasta los caballeros del Casino hubo quien se meó de risa.

Finalmente nos miramos y nos vimos sucios del barranco, con pinchos de tuneras, las camisas por fuera, medio templados, despeinados, con ojeras y como de mutuo acuerdo, nos hechamos a reír a la vez.

* * *

Pero todo tiene su moraleja y es que la Iglesia Cubana dio una lección, pues los paletos que mandaron tan gran disparate, aprendieron de una vez por todas, que es preferible enseñar tetas y carretas, que taparlas mal tapadas, pues de ahí nace la mala imaginación de querer ver lo que falta por verse.

Y la prueba que ganamos es que no sólo no volvieron a poner sábanas, sino que además quitaron otras que habían colocado en lo alto del cine Avenida y —eso sí es un pecado— con la que habían tapado la gran obra de arte de nuestro insigne paisano don Néstor Martín Fernández de la Torre y que usted podrá admirar encima del escenario del teatro Pérez Galdós, que se dice y no se cree.

Se decía entonces que los miembros de la tan traída y llevada Iglesia Cubana estábamos locos, mientras nosotros decíamos que locos estaban todos los demás. Como el tiempo y la historia son juez inapelable, toca al lector decidir quién estaba más loco, si los que pusieron la sábana a la estatua del Puente de Piedra o los que la dejamos en pelota.

CAPITULO III

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA ORGANIZO UN SANCOCHO EN LA MISMA BARRA DE LAS CANTERAS

No me acuerdo si le había dicho que en la Semana Santa era de rígida ordenanza el estrenar traje nuevo, que inevitablemente había de ser de color azul marino. Asimismo eran obligados los zapatos nuevos y rigurosa corbata entre los varones, tanto carcamales, como jóvenes y niños. Las señoras y niñas también lucían por aquellas fechas sus mejores galas. Naturalmente, me refiero a las clases altas y medias, que las otras, a pan y agua, bastante tenían con sobrenadar a veces el hambre, a veces las ganas de comer y santa pascuas y aleluya. Misas, procesiones y rosarios hasta en la sopa, que ya le he dicho que uno, de vuelta de todas esas cosas, ha de respetarlas, pero que no hay nada que más moleste al isleño que intenten llevarlo a la fuerza, como si fuese ganado.

Pues sucedió —no recuerdo el año exacto— que se metió por tales fechas un levante de los que dejan al ciudadano con la lengua fuera y los nervios en flor. Imagínese cómo estábamos, encima del bochorno, el traje oscuro, la corbata, lo que fastidian unos zapatos nuevos y encima el guineo del clero. Los miembros de la Iglesia Cubana, el que más o el que menos, tuvo su correspondiente pelotera familiar: nos negábamos a salir uniformados y menos aún con la dichosa corbata. No era por nada, hacía 35 grados y estábamos hartos.

Si la «moral» era rígida durante todo el año, ya se imaginará cómo se redoblaba en tales días. Aunque usted no lo sepa o no lo recuerde, estaba incluso prohibido hablar alto, había que hacerlo en susurros. Así que hablar de ir a la playa era algo tan atrevido como intentar un viaje en globo a la Antártida, pongamos por caso.

Pues bien, mirando el almanaque, algún miembro de la Iglesia Cubana sugirió tímidamente que se había enterado que el día X y en horas de mediodía, coincidiría con una marea baja aprovechable durante varias horas. Por otro lado se estaba buscando el lugar y la ocasión para la canonización de nuestro primer santo: don Juan Marqués García.

Antes le había prometido que en estas verídicas historias no iba a dar ningún nombre, pero en este caso la excepción es casi obligada y le diré los motivos: don Juan falleció hace ya algunos años y me creo que la juventud de entonces tiene contraída una deuda de gratitud con el inolvidable profesor, al que quisiera rendir mi homenaje. Todos los miembros de la tan temida Iglesia Cubana teníamos un enorme interés por la cultura y muy especialmente por la música. Don Juan Marqués creo poseía la mejor discografía de Las Palmas y organizó en su casa unos círculos musicales para jóvenes en donde se daba a conocer y se discutía una enorme variedad de compositores, obras y géneros. Obviamente la difusión de la buena música era harto difícil puesto que eran muy pocas las personas que estaban en condiciones económicas para adquirir discos. Allí acudíamos los miembros de la Iglesia Cubana como verdaderos hambrientos, especialmente las sesiones dominicales eran maratonianas. Allí se oyó todo lo principal e importante que se ha escrito, desde Bach a Strawinski, pasando por Wagner, por el que don Juan tenía especial predilección.

El querido profesor tenía una serie de cosas que nos atraían: primero una cultura vastísima; segundo, aunque

unos veinte años más que la mayoría de nosotros, un espíritu juvenil a prueba de bomba; tercero, un carácter de lo más bondadoso y por último un sentido del humor insólito, importándole un pito el «qué dirán». Un espíritu liberal, una persona feliz que tenía la virtud de contagiar a todos los que le rodeaban por su optimismo y su invariable buen humor. Debo de confesar sin tapujos, que debo a ese hombre bueno gran parte de mi cultura musical, que inmodestia aparte, no es floja.

Pues bien, enterado don Juan de la existencia de la Iglesia Cubana fue al principio una especie de «libre oyente», no teniendo inconveniente en seguir la broma y recibir primero Órdenes menores, llegando a obispo me parece con gran regocijo de su parte. Agradecidos todos con la amistad que nos brindaba el notable profesor, accedió a lo canonizáramos...

El acto —que no se lo puedo contar por lo menudo— iba a consistir en organizar una buena jarana encima de la barra de Las Canteras, un sancocho concretamente, en el que don Juan era el invitado de honor. Llegado el día señalado, una veintena de jóvenes nos encontramos en Las Canteras y desde allí y actuando como «porteadores» y con el agua por la barriga fuimos transportando a la barra el pescado, las papas y demás vituallas.

Se consiguió apalabrar una chalana que llevaría y traería a don Juan que era el único comensal que iría vestido.

Había un serio inconveniente. Por tales fechas había una discreta vigilancia municipal, para que a nadie se le ocuriese la «fechoría» de bañarse en tales días. Pero hubo suerte, porque estaba de turno el guardia Medina —que luego fue sargento— hombre que bajo su aparente severidad escondía un carácter tolerante. Así que cuando nos vio —nos lo confesaría muchos años más tarde— se dijo: Bah, cosas de mu-

chachos, no tiene importancia. Y tranquilito se mandó a mudar para La Puntilla.

La canonización por lo demás transcurrió sin ningún hecho digno de mención: don Juan, sentado en una silla de tijera, fue feliz durante un par de horas entre zambullidas, bromas y risas. Y además en la contemplación increíble de lo que fue —¡madre mía cuando lo recuerdo!— la playa Las Canteras hace 30 años. Imagínate lector: un agua de cristal, pececillos y cangrejos que casi se podían coger con la mano, ni una colilla, ni un papel, un calor abrasador y la playa desierta, con sólo unos veinte «pecadores» sobre la hermosísima barra. Lo que fuistes y lo que eres, mi querida playa de Las Canteras...

Al término de la francachela, recogimos cuidadosamente todas las cosas, recuerdo incluso que don Juan sacó una enorme lupa y se dedicó a recoger en un cubo, hasta las más pequeñas espinas del sancocho, ya por entonces éramos algo ecologistas.

* * *

Mientras, habían cundido primero el rumor y luego el escándalo. Alguno —que por caridad voy a llamar Felipe— fue corriendo con la alcahuetadura a cierto colegio religioso: unos jóvenes estaban en gravísimo pecado mortal, estaban en bañador hoy Miércoles Santo y para colmo habían organizado una comilona encima de la barra. Y peor aún, se decía que estaban bautizando a esa nueva religión a un catedrático que estaba con ellos, qué horror.

Movilizados los carcas más irreducibles, sucedió que al regresar de la barra nos encontramos sobre el muro de Marrero a un grupo de niñitos capitaneados por el tal Felipe y por un hombre de siniestra sotana al que conocíamos po-

pularmente por el dichete de Torquemada. Por el nombrete no hace falta explicar cómo era. Los muchachos, los muy gilitontos, todos ellos con traje azul marino, zapatitos nuevos perfectamente charolados, cuello almidonado y acogotadora corbata oscura, puños inmaculadamente blancos, perfectamente peinados, escurriendo brillantina y asados de calor y de envidia, nos acogieron con una silba general.

Aleccionados por Ángel Torquemada y el tal Felipe, nos rociaron con sus hisopos de agua bendita, cosa que como usted comprenderá, estando en bañador y con tiempo sur, era incluso de agradecer. Más animados sin duda los cubanos, por los macanazos de vino de fortaleza que nos habíamos largado, lanzamos una lluvia de bolas de arena sobre los acaramelados carcas, haciéndoles poner pies en polvorosa con sus flamantes trajes nuevos, perdidos de algas y arena. Incluso —y esto nos costó un disgusto— alguno tuvo la osadía de lanzar un certero erizo, que vino a caer sobre el bonete de Torquemada, ante el jolgorio de una mayoría de «neutrales», que también habían aparecido por allí.

* * *

Unos 30 años después y señaladamente durante la Semana Santa de 1982 y paseando a la vera de las playas del sur, me tropiezo con el que antes he llamado Felipe. Me quedé asmado: estaba con la misma ropa que tenía cuando lo parieron, es decir en pelota...

Después de los saludos de rigor le dije: «Mira Felipe, por qué no te tapas un pizco, mírame mi bañador, es más o menos igual al de hace treinta años, en cambio tú... en fin date cuenta que ya no estás en condiciones de enseñar nada.» Debo de reconocer que la respuesta que me dio la comprendí enseguida. Con la mirada caliente, la llantina sa-

liéndole por los ojos y casi gritándome me dijo: «Yo era partidario —¿te acuerdas?— que los quemaran a ustedes vivos por herejes, pero poco tardé en darme cuenta, que el que estaba loco era yo y no ustedes. Me hicieron perder mi juventud, cabrones, y ahora y para el resto de mi vida, vendré a esta playa a ponerme en cueros vivos.» Y casi echando espuma por la boca, añadió tal retahila de palabrotas contra sus educadores juveniles, que siento no poder reproducirlas.

Moraleja: los miembros de la Iglesia Cubana fuimos unos pioneros en nuestra época, comprendimos lo absurdo de una moral hipócrita.

Nos bañábamos cuando hacía calor y nada más, no había malicia en ello, y seguimos utilizando el mismo tipo de bañador de treinta años atrás. Los que fueron carcas y comprendieron a tiempo lo mezquino de su juventud, reaccionaron al revés y ahora no pierden la ocasión de ponerse en cueros vivos. Allá ellos, a mí, para coger sol y nadar un poco, me parece innecesario.

Los miembros de la tan gloriosa Iglesia Cubana íbamos a películas como «Gilda» o «Arroz amargo», importándonos un pimiento las amenazas de excomunión y fuego eterno. Ahora seguimos yendo al cine cuando el tema es interesante o valga la pena, seguimos igual.

Ellos, los carcas que dejaron de serlo —y que son la inmensa mayoría—, pasaron de golpe de ir a «Sor Angélica» o al «Caballero de Loyola», al hediondo cine X. Pongo la mano en el fuego que ningún miembro de la antigua Iglesia Cubana asiste a ninguna cinta de ese tipo.

Lo que le decía, amigo: La ley del péndulo...

CAPITULO IV

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA PARTICIPO EN UNA MISA NAVIDEÑA

Cada año por Navidades se cantaba en la Catedral de Las Palmas —que para gran calentura del Obispado Nivariense se llama del Obispado de Canarias— una bonita Misa llamada «La Pastorela». No sé si estará bien que le diga que su autor fue mi ilustre bisabuelo el Maestro Valle, cantándose todos los años, desde principios de siglo hasta los años 70 si no me falla la memoria.

Es lamentable cómo el clero, que tantas intransigencias ridículas tenía que haber arrinconado a tiempo, haya terminado con otras cosas que jamás tenían por qué haber desaparecido. Entre ellas le contaré tres: una el repique de campanas de la Catedral, que fíjese usted, si sería bonito, que don Camilo Saint Saens, cuando estuvo en Las Palmas, compuso una célebre pieza con tal motivo; otra la desaparición del famoso coro de madera —tengo oído que labrado bajo la mismísima dirección de Luján Pérez— y que añadía a la Iglesia Catedral un complemento realmente majestuoso; así como la desaparición de la mentada Misa del Gallo «La Pastorela». Pienso que cuando un pueblo repite por costumbre una tradición cultural, acaba por incorporarla al patrimonio popular. Así había ocurrido con «La Pastorela», compuesta me parece sin excesivas pretensiones, pero con un aire festivo y alegre, no exenta de verdadero valor en alguna de sus partes.

Lo singular de nuestra Noche Navideña, era que acostumbraban a participar de forma más o menos espontánea, diversos aficionados al «bel canto», así como las principales figuras de algunas agrupaciones musicales de la ciudad, a cuyo cargo estaban naturalmente los «solos». Allí participaron Antonio Ortega, una hermosa voz de bajo de agradable color, Juan Rodríguez —no ponga «El Cuca» para que no se caliente— Tomaso Hernández e incluso me parece que llegaron a cantar nuestros entrañables y famosos hermanos Kraus. Entre los espontáneos quiero recordar el juvenil empeño de don Marcial Rodríguez, que acudía año tras año cuando ya tenía nietos. Y así muchos.

También era costumbre que un par de días antes se convocara a ensayo general en la misma Catedral, para acoplar a los coros con la Orquesta Filarmónica, que en aquella ocasión dirigiría don Luis Prieto. Entre los miembros de la Iglesia Cubana, ya lo sabe usted, había una notable afición a la música, así que unos para participar y otros de goledores, acudieron al mentado ensayo.

Yo le digo a usted que está escrito que las mataperrerías más sonadas nacen poco más o menos que por inspiración sin ser previamente meditadas. Así ocurrió que uno de los «libre oyentes», que tenía la manía de utilizar un largo y espeso abrigo —y no digo más porque van a saber quien es— al término del ensayo tomó del atril un enorme libraco de latines, se lo metió bajo su indumentaria, se abrochó la prenda con disimulo y salió más fresco que una lechuga.

Ya fuera nos quedamos perplejos: ¿Qué vamos a hacer con esto? No sé, dijo alguno, pero sabrás que fulano de tal cantará de sochantre. Resultaba ser, que semejante persona no nos podía ver ni en pintura y que incluso nos había dado disgustos yendo con el cuento a algunas familias «cubanas», que si nosotros éramos esto, lo otro y lo de más allá. Así

que había que pensarlo bien y ver de darle una buena montada a aquel lenguaraz.

* * *

Noche de Navidad. Alegría por todos lados y templaderas por doquier. La calle Mayor de Triana invadida de mauros y cañas dulces, mauros y cañas dulces...

Con tiempo nos personamos en la Catedral tanto los participantes como los «libre oyentes». Le digo que el más y el que menos tenía chirgo y el que dijere lo contrario miente, pues esta vez la broma era harto pesada. Entró el joven del abrigo, se lo desabrochó con presteza, puso el librote en un atril y se retiró discretamente a un rincón. A poco apareció don Luis Prieto, golpeó suavemente el atril con su batuta reclamando atención a los músicos, cantantes y demás personal. Se hizo el silencio, acudió el sochantre y se colocó ante el mamotreto.

A todo esto, un importante miembro de la tan temida Iglesia Cubana, hombre de los más ingeniosos e inteligentes pero también de los más medrosos, había encontrado una afelpada poltrona en un oscuro rincón. Él no era gustante con todo aquello, esto puede acabar mal y juro que si me preguntan yo no sé nada de nada, había dicho. Habíamos llegado mucho antes y en su cálido asiento empezó a despuntar un apoyito, un apoyito.... «No vaya a quedarse dormido su Eminencia que a lo mejor tenemos que correr» le advirtieron. Pero como si no, se quedó como un tronco.

Empezó la Misa del Gallo. «Ad Deum quiletificam juventutem meam» cantó el sochantre desde el coro con voz rutinaria y monocorde. Amén, contestó el oficiante desde el Altar. El hombre cogiendo una cinta de colores, volvió la hoja y se quedó blanco y sin resuello. Allí aparecía una

foto de Gina Lollobrígida en sus años mozos. En realidad y para el personal de ahora de lo más discreto: con un jersey trincado desde el pescuezo hasta su cinturilla de avispa, y en medio unas protuberancias, que aquello recordaba enteramente a la montaña de Arucas.

Empuña don Luis la batuta y marca la entrada. Cosa rara, los tenores van a destiempo, los bajos desafinan, como si todo el mundo estuviese como distraído, qué extraño.

«Kyrie eleison» cantó con voz aún más cascada el sochantre. Toma la siguiente cinta, la pasa y nuevo susto; encima de los latines, aparecía la pícara mirada de Marilin Monroe. Su color pasó de pálido, al verde sorroballado. Los ojos eran como chernes y una mueca de perplejidad combaba su boca, no daba crédito a lo que venía.

«Santus» más que voz, era un gruñido opaco. Nueva cinta y aparición de Silvana Pampanini. Gruesas gotas de sudor le caen por la frente, le tiembla el quejo, la cara es ahora un tomate maduro. Percatado todo el personal de lo que estaba sucediendo, se oyen risas sofocadas, mientras el Director se desespera, los tenores mal, los barítonos peor, los bajos un desastre, hasta el punto que don Luis, que le digo que era un santo y que nunca le oí decir ni «contra», por única vez en su vida, dijo caliente: «¡pero qué coño pasa aquí hoy!».

Quiero añadirle que una de las cosas que siempre causaban cierta perplejidad entre los miembros de la muy afamada Iglesia Cubana, era que siempre comprobamos que las ocurrencias que se inventaban hacían más gracia a los goledores, simpatizantes y «neutrales», que a nosotros mismos. Así, mientras ellos se desternillaban, los cubanos esbozaban apenas alguna sonrisa, seguramente por el cerote y las angurrias.

«Agnus Dei» y la voz era un ronco gemido. Pasa la hoja y aparece ahora maldita sea, una nueva actriz, una tal Sofía

Loren. La cara del sochantre era del color de aceituna negra, se presagiaba la apoplejía. Pide por señas una silla, se quería sentar, no se encontraba bien.

Para no alargar en demasía esta historia, le diré que ya terminando la ceremonia, la víctima del suplicio ya no pudo más y exclamó en voz alta: «¡Satanás no me tientes más!» Y dando un colérico manotazo al librote lo lanzó al suelo con tremendo estrépito. Luego se supo que a resultas del sobresalto a un trompa se le estropeó un diente y un clarinetista se añurgó con la boquilla y que sobre la marcha hubo de darle de puñetes en la espalda para que no se ahogara.

Le digo finalmente que fue una pura vergüenza, pero que de tanto aguantar la risa, hubo entre los goledores, quien se fue por el palo. A la coña se le unía encima un batumerio insoportable.

Así terminó la más desafinada «Pastorela» de toda su historia. Contra lo que presagiaban los pesimistas no pasó nada. Cogieron los músicos sus atriles, se dispersaron los cantantes, se intercambiaron las obligadas felicitaciones pascuales y el personal rumoroso se alejó. El coro se quedó solo y en silencio.

* * *

Sentado en una silla colocada al revés, la cabeza apoyada sobre el respaldo, los brazos colgando inertes a lo largo del cuerpo: la pura imagen de la derrota. La respiración silvante, no puede ser, era una pesadilla. ¿Estaba solo? No, allí había uno, seguramente haciéndose el dormido. Ese tenía que ser, se había quedado para gozarse la montada hasta las raspas. Ahora vería.

Lo trinca por las solapas y lo zarandea violentamente. Su Eminencia pegando un brinco se despierta bruscamente. ¡Fuiste tú, fuistes tú! ¿Yo qué? —decía el purpurado medio dormido—. ¡Fuistes tú quien me puso todas estas porquerías!, bramaba mientras le apretaba el gaznate contra la pared. ¿Qué porquerías? Yo no sé nada de nada... tal vez serían tentaciones de Satanás. El sochantre se queda paralizado por un momento ante la tremenda duda, vacilación que aprovecha su Eminencia para largarse lo más rápidamente posible.

Más tarde y ya en la Plazuela se arma una pequeña discusión. Su Eminencia está justamente indignado, por culpa de ustedes casi me meten en un lío. Además, no había derecho atreverse un simple sochantre a zarandear a todo un purpurado. Había que darle pues otra montada. Y se la dimos, aunque esa tal vez se la cuente otro día.

Saludos y hasta el próximo domingo.

CAPITULO V

UNA PROEZA NATATORIA: DE CUANDO EN EL GUINIGUADA SE BATIO EL RECORD DEL MUNDO DE LOS 100 METROS LIBRE

Ya le había dicho que no todas las historietas que le ocurrieron a la juventud de los años 50 se iban a referir a la tan temida Iglesia Cubana. Ocurrieron naturalmente singulares sucesos en otras peñas, grupos y latitudes, todas con un denominador común: la broma, o dicho en canario, la montada.

La montada es hija del poco tener que hacer, de una vida nada fácil, pero al menos pacífica por lo que tenía de localista, provinciana. Las bromas pesadas estaban a la orden del día, complemento de la escasez de entretenimientos. Pero quizás por eso, la gente se divertía mucho más que ahora, porque había que echarle más imaginación a la vida.

Y paso al verídico relato que hoy quería hacerle. Ya sabe usted que en nuestra ciudad los deportes náuticos y la natación tuvieron siempre gran arraigo. Concretamente el que esto escribe estuvo metidillo en aquel último deporte, cuando Canarias un año sí y otro también le dábamos a los peninsulares tollina tras tollina hasta el aburrimiento. Pues bien, el primer hombre que bajó de un minuto en los 100 metros libres en España fue el famoso Manolo Guerra, natural de esta ínsula y que usted ya habrá oído mentar. Fue exactamente en 1948.

Los nadadores de ahora que me lean dirán, que birria de marca eso lo hace cualquiera. ¡Que te crees tú eso! Quisiera yo verlos a ustedes acostumbrados al solomillo por la mañana y a la chuleta por la tarde, mantenidos a base de judías negras del reparto, más duras que teniques —me creo que el estilo mariposa se inició aquí por la propulsión a chorro que producen tales entullos—, pan de afrecho más bien goma de mascar, y leche cuando la había, bautizada y bien bautizada. Pregúntenle a Berto, las ralentadas que trincó de madrugada al filo de la marea, casi a pura agua de manzanilla, antes de irse a trabajar al Servivio del Agua, a intentar aclarar el dichoso lío ése de los contadores patrones que no hay quien lo entienda, ni antes ni ahora.

Sabrá usted que hubo en aquellos tiempos en la ínsula personal natatorio de muchos kilates; si no ha oído hablar de Jesús Domínguez y de Alberiche es que es usted un penco en el tema. Y no se la eche, porque en los Juegos Olímpicos de 1948 nuestro Manolo Guerra quedó a poco más de dos segundos del campeón. O sea, que no se rían de la marca porque ustedes ahora se quedan más atrás. Lo dicho.

* * *

Febrero de 1948. Lluvia torrencial en toda la isla, nieve en la cumbre y hasta granizos en la ciudad.

Un frío que pela y el barranco de banda a banda que da miedo verlo. Era entonces costumbre ir a ver correr el Guiniguada, allí fuimos numerosos estudiantes en grupo, entre ellos estaba un joven llamado Falo.

Falo era un nadador más o menos del montón. Aquel año la marca de los 100 metros libres ya estaba raspando el minuto, se mascaba el día en que se rebajase el tope. Era una obsesión. Pues bien, Argimiro al que gustábale la

coña como al primero y Guardiola, uno de los individuos más guasones que han parido las siete islas, estaban de tiempo atrás, engodándolo, engodándolo, mira Falo que tú puedes ser el primero, mira Falo que tú puedes ser famoso, sétera, sétera.

En los entrenamientos primero le quitaban dos segundos, después cuatro, después seis, luego diez, ya estaba cerca. Por la mañana entrenaba en la piscina y por la tarde los dos coñones se lo llevaban a la pedrera de San Agustín —por allí por donde estuvo el Zuleika— para entrenarlo a escondidas para mejor dar la sorpresa, le decían. El secreto de estos últimos «entrenamientos» consistía en que le amarraban dos grandes teniques a la cintura, verás lo livianito que luego te encuentras le aconsejaban. El hombre estaba de tanta preparación, flaco como una alcayata, pero cuidándose como un quíquere dispuesto a dar la campanada. Hasta que corrió el barranco...

Ya usted sabrá que el isleño cuando se dispone a dar la montada, la cara se le pone como si estuviera en un entierro de primera, no se le nota la fiesta que lleva por dentro, así es el humor negro de nuestra tierra.

Pues estando a la vera del Guiniguada, se improvisó con la ayuda de algunos otros individuos, el intento de record más sonado que se haya producido en toda Europa y no exagero. Falo éste es tu día, Falo debías intentarlo, Falo aprovecha ahora que estás en forma, le soplaban con la boca chica en el oído. Como por encanto alguien trajo una cinta métrica y otro un cronómetro. Se midieron cien metros desde el Puente de Palo hacia abajo, colocándose una banderola por allí por el Teatro Pérez Galdós, allí eran los cien metros exactos, ni centímetro más ni centímetro menos. Las caras de Argimiro y Guardiola eran enteramente dos Guardias Civiles, «desde luego dijo el primero —la marca que se consiga será homologada». «Acabo de enterarme —dijo

el segundo metiendo el último gancho— que la Federación dará 10.000 pesetas al primero que baje del minuto.»

Falo se decidió. Quitóse la ropa ante la indignación de las floristeras que entonces estaban en el Puente de Palo, quedándose en calzoncillos de aquellos de antes, largos casi hasta las rodillas y por delante una filera de botones grandes como platos. Y se tiró...

Nunca se aclaró bien si hizo 11 ó 12 segundos, ya que llegó mucho antes que los «cronometradores» que corrieron calle abajo. Desde luego record mundial «por secula seculorum». Pero enseguida la cosa se puso fea, las olas del temporal lo empujaban para arriba y el barranco para abajo, no podía llegar a la pedrera que estaba entonces delante del teatro, no podía salir y para colmo, tenía además que darse continuos margullos para esquivar troncos, cajones, animales muertos, etc. Alejito y Andrés el Ratón daban desaforados gritos pidiendo auxilio, llegó la Guardia Municipal, cundió el alboroto. Al fin, unos pescadores que tenían sus chalanas cerca del teatro, le tiraron un cabo. El primer intento falló, pues un cochino muerto se le vino encima a Falo dándole una ahogadura de campeonato. Pudo salir al segundo intento apoyando los pies en el muro vertical del barranco.

Llegó arriba. Se había reunido un gentío impresionante. Helado de frío, morado de cardenales, sorroballado de ahogaduras y enterregado de pies a cabeza. Sólo se le veían los ojos, pues lo demás, desde la coronilla hasta la punta de los ñames era color chocolate. ¿Qué marca hice?, preguntó tan fresco. En esto, llega un Municipal y lo agarra por el cuello: ¡Dime bandido cómo te llamas y dónde vives!

Falo se desprende lentamente y con toda dignidad le contesta: ¡Lárgame guindilla que acabo de batir el record Olímpico!

CAPITULO VI

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA FUE DE ROMERIA AL PINO Y QUISO HACER UN MILAGRO

A principios de los años 50 la variopinta y temida Iglesia Cubana acordó la víspera de la Fiesta del Pino, irse caminando hasta la villa de Teror. Al parecer no había ningún plan especial: ir la noche anterior, dar unas vueltas, ver el ambiente y regresar al día siguiente. Lo normal.

Casi al filo de la medianoche se salió de la Alameda de Colón tomando la empinada cuesta de San Nicolás. Para acortar se llegaría a la Cruz de Piedra —loma solitaria en aquellos tiempos— se bajaría hasta Las Rehoyas para seguir por la carretera general. Ocurrió —cosa rara por lo demás— que la mayoría de las grandes dignidades estaban «en perras», así que en un tagurio del mismo Risco de San Nicolás se hizo la primera estación: vino tinto y carajacas. Excepto fray Juan, que brindó con una copa de agua del tiempo y una hoja de lechuga.

Fray Juan era un elemento especial. Había cogido la inmanía que la carne era veneno, el pescado malísimo para la salud, un potajito ni olerlo, se mantenía de frutas y manises. De bebidas ya usted se imaginará: la cerveza según él era amarga, el vino sabía a demonios, el ron horrible y en cuanto al coñac «prefiero aceite de ricino» había dicho. El tabaco ni me lo nombren y de lo otro también era abstemio, más bien por timidez. Al respective, el que suscribe siempre ha opinado, que el que despilfarre su salud es tan

tolete, como aquel otro que pretenda vivir 120 años a palo seco, pues cuando lo bajen a uno al hoyo —que a todo el mundo le toca antes o después— no valdrá la pena darse cuenta al final que el limón de la vida está sin exprimir.

Y vuelvo a fray Juan. Con tales mermas era lo que dice una radiografía andante. Aunque era querido por todos por su bondad, ingenio y buen humor, no era lo que se dice un elemento de empuje. Más bien, cuando se trataba de enrralos con bebestraje y condumios, era un solemne encharcador.

Además tenía otra característica: su modestia. «No quiero ser santo», se defendía caliente a cada intento de canonización. «Me niego a ser obispo, no quiero dichetes.» Total que quieras o no, tuvo que acceder a la más modesta militancia: Fraile cartujo y beato.

Por todo lo dicho, había tenido serios problemas con el Santo Oficio Cubano, que hoy no le cuento por no estirar esta verídica historia más de lo debido. No se si sabrá usted que uno de los Mandamientos de la Iglesia Cubana era «templarse al menos una vez al año, si hubiese peligro de muerte o en Concilio programado» fray Juan incumplía obstinadamente tal precepto, por lo que hubo de solicitar y obtener la correspondiente dispensa Papal.

Cogiendo otra vez el hilo al relato, le diré que una vez llegados a Las Rehoyas se hizo la segunda Estación. Vino y carajacas para todos. Nuevo brindis y de nuevo fray Juan con su copa de agua y su hoja de lechuga. En Tamaraceite otro ventorrillo con pausa esta vez más larga, tres o cuatro macanazos por cabeza y sus correspondientes fritangos. La cosa se estaba animando, esta vez el Pontífice bendijo previamente la vinosa ante la perplejidad del cantinero. Fray Juan, más agua y más lechugas...

A determinado obispo, aquella actitud le sacaba de sus casillas, no puedo aguantar el ver brindar con agua, «no lo

soporto» mascullaba sombrío. Nueva parada en El Toscón. A fray Juan le suplicaron, le imploraron, le amenazaron: nada, «de vino ni una gota», dijo tan firme como si se tratara de una sentencia del Tribunal Supremo. Agua y lechugas. Hombre, mira a ver, una sola copita por favor. ¿Cómo es posible que no te guste el vino?, le preguntaban ya calientes. «Es amargo», decía impávido y no había de qué.

Nuevos macanazos en Miraflor, sardinas fritas y papitas calientes. Fray Juan igual, eso es veneno, decía encharcador. Finalmente, llegada a Teror y después de dar unas vueltas fuimos a parar a los Castañeros. Ya conoce usted aquel bonito lugar en el arranque de la carretera hacia Arucas. Los cubanos ya estaban con el pico caliente dispuestos a alguna mataperrería, además supimos entonces que algo se había tramado previamente, porque uno había traído una sábana —me creo que la misma que le habíamos hurtado a las arcas municipales en el Puente de Piedra según ya le conté—, otro tenía una soga y un tercero había traído material fosforescente.

* * *

De repente se planteó: tenemos que hacer un milagro, una aparición. Había que huntar a uno de fósforo dibujándole una corona en la cabeza, ponerle la sábana, amarrarlo y subirlo a un árbol. Se le mantendría con un nudo corredizo bajo las axilas. La soga pasaría sobre un alto tronco y dos de los más fuertes lo aguantarían suspendido, escondidos tras la floresta. La noche ayudaría.

Fray Juan empezó por negarse rotundamente, «ya he dicho que no quiero ser santo». Pero la insistencia era mucha, tienes que ser tú, primero porque sólo pesas 45 kilos, se-

gundo porque ¿cuándo se ha visto una aparición oliendo a vino y enyesques? y tercero, porque el único beato que hay aquí, eres tú. No tienes que hacer otra cosa que estarte callado como un muerto y mantenerte inmóvil. Así que fray Juan, debidamente huntado y ensabanado, fue izado a lo alto de un castañero. El fósforo brillaba de forma fantasmal...

El primero que pasó por allí fue un viejo. «¡Una aparición, una aparición!», le dijeron algunos señalándole el árbol. El viejo se quedó mirando y dando un prodigioso brinco emprendió veloz huida aterrorizado. Falló la cosa.

Al poco pasaron dos viejas. «¡Una aparición, un milagro!», repetimos otra vez. Esta vez las mujeres no huyeron, se quedaron mirando fijamente, temblaban pero no se iban. Pero de repente algo lo estropeó todo, surgió de lo alto del columpio, una voz airada: «¡Ya estoy harto, me duelen los sobacos, he dicho que no quiero ser santo, bájenme coño!».

«Esto es un cuento —dijo una vieja firmemente—, las apariciones no dicen coño, faltaría más con los sarandajos éstos.» Y se largaron. Sonó entonces tras la floresta una voz grave e indignada, era la de un corpulento cubano, que llevaba un buen rato aguantando el peso: «Fray Juan —se oyó— acabas de estropearlo todo, vete al carajo», y soltando la soga de remplón, el frustrado santo se vino al suelo con tremendo talegazo.

* * *

Se quedó pidiendo agua por señas. Se le dieron unos sobones, nada, seguía enguirrado del leñazo. Se le dio agua y lechugas y nada, no reaccionaba. Necesito algo fuerte para reanimarme, dijo fray Juan, quiero vino. ¿Vino? Se lo dimos por garrafas y nadie podría dar crédito a sus ojos, milagro, milagro, fray Juan bebiendo vino, eso sí era un prodigio.

Así, fray Juan agarró la primera y última chispa de su vida. Fue tan grande la mamada, que la vuelta a Las Palmas la hizo en una camioneta, tirado como un rolo de platanera, dormido como un tronco y amarrado con la soga dándole vueltas a la sábana municipal.

Otro día le contaré más cosas. Hasta otro domingo mi amigo.

CAPITULO VII

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA NO QUISO QUE SE PROHIBIERA UNA PELICULA «PORNOGRAFICA»

Hace alrededor de 30 años las películas que se proyectaban en los cines de nuestra ciudad, tenían la calificación de blancas, azules, rosas, rojas o negras, que para advertencia de los fieles se publicaban en unas tablillas a las puertas de todas las Iglesias de la ínsula. Por si no lo sabe o no lo recuerda, le explicaré que las blancas era las toleradas para todos: algunas pocas vidas de santos o similares; las azules, las únicas que prácticamente podían ver los jóvenes, eran inevitablemente de indios apaches, diligencias, bandidos, piñas y asesinatos a destajo, lo que a nuestros moralistas le parecía la cosa más natural del mundo aunque muriera hasta el apuntador; seguidamente las rosas, alguna que otra comedia ligeramente picante que sólo podían ver «personas de una sólida formación religiosa» según se recomendaba textualmente; luego venían aquellas de argumento más o menos truculento que eran calificadas como rojas, expresamente prohibidas para todos y finalmente las negras que no hacía falta prohibirlas, simplemente porque los jerarcas del Movimiento Inmóvil no permitían su importación. Eran todas aquellas rodadas en la corrompida Europa y que de alguna forma intentaban, bien contra la religión, bien contra la idea de España como «portadora de valores espiritules y eternos, como vigía y faro de occidente», etc., es decir cualquier crítica al régimen imperante.

Para colmo —y no crea usted que le estoy hablando del siglo XII sino del otro día como quien dice— habían censores particulares más papistas que el Papa. Así hubo párrocos que por su cuenta y riesgo se negaron a calificar a «Tarzán y su compañera» de azul, ya que —según se supo declaró uno— «aunque el torso desnudo de Tarzán no es nada edificante ello puede pasar, pero no así las piernas de su compañera, que merece más la calificación de roja que de rosa, aunque a mí me ponen negro».

Ya usted me dirá como estaban aquellas cabezas rectoras. Creo todo el mundo recuerda aún, una célebre película de ambiente africano «Mogambo», que nuestros moralistas en su afán de impedir la presentación de un adulterio, trabucaron el argumento de tal forma que al final resultó un incesto que es aún peor. Desde luego hace falta ser tolete.

Si esto era en la Ciudad, peor aún era en los pueblos de la ínsula donde empezaba a llegar el cine. Le puedo contar concretamente, el caso del pueblo de Santa Lucía de Tirajana, donde para evitar ocasiones de pecado se había llegado al acuerdo, que sería el cura quien manejase la máquina y cambiase los rollos. Así, cada vez que los protagonistas se iban a dar un beso, el celoso guardián de la moral pública, ponía su mano delante del proyector hasta que pasara la escena. Mientras, estallaban en la sala coléricas interjeciones de los desagallados mauros, —¡quita ya la mano bandío!— se oía gritar al oscuro.

No voy a contarle las menudencias de las primeras mataperrerías de la tan temida Iglesia Cubana, cuando armados de lápices de colores y gomas de borrar, íbamos por las Iglesias cambiando calificaciones y colores ante tremenda confusión de carcas y beatas. Así resultó, que apareció un buen día «La vida de San Ignacio de Loyola» calificada como «gravemente peligrosa para la moral pública» y «La madona

de las siete lunas» como «recomendable para todos los públicos»...

* * *

Cuando se inicia la verídica historia que hoy voy a relatarle, ya los colores de las películas habían sido sustituidos por los «números». La censura había aflojado un poquito. Resultó que un buen día, un nutrido grupo de elementos de la famosa Iglesia Cubana, fuimos a un importante cine de la Ciudad. Exhibían una cinta sobre la Revolución francesa del más estúpido maniqueísmo que se pueda concebir: los revolucionarios y el pueblo francés aparecían como una panda de desalmados, mientras los reyes y los nobles como unos angelicales benefactores incomprendidos por las turbas. Se nos ocurrió ponernos a favor de los «malos», así cada vez que bajaba la guillotina y rodaba la cabeza de un noble, estallábamos en vítores de alegría, contestados por las voces de la mayoría, cada vez que se «viraba la torna». Como la cosa amenazaba convertirse en un relajo, vino el hombre de la linterna a poner orden. «¿Es que acaso yo no puedo tener mi propio criterio?», decía el diplomático oficial de la Iglesia Cubana con su enorme vozarrón apabullando al acomodador. Total, que apareció el dueño —luego resultó el arrendatario me parece— terminando de patitas a la calle.

Pero cosa rara, a don Daniel —así voy a llamarle— en el fondo le hizo gracia nuestra actitud y para aplacar los ánimos nos invitó a café para discutir el asunto. «Se vé que ustedes son gente con personalidad», nos dijo. «Pero comprendan ustedes que esto es un negocio y no se puede convertir el cine en dos bandos como en la Gallera» y nos despedimos como amigos.

A los pocos días nos tropezamos con don Daniel por la calle de Triana. La cara era como si se le hubiese muerto su madre, de puro amarga. Iba mal trajeado, con barba de varios días, cabizbajo y planchando el suelo con sus zapatones. Todo muy raro en él, que le gustaba componerse como los tollos. Le saludamos: ¿Qué le pasa don Daniel?, le encontramos mala cara.

El hombre levantó lentamente los ojos el suelo, se quedó pensativo un rato y luego esbozó una ligera sonrisa, como si de repente se le hubiese ocurrido una idea. Los invito a todos al Suizo a café y anisado —nos dijo—, estoy desesperado y a lo mejor ustedes pueden ayudarme.

Se trataba de lo siguiente: el próximo jueves por la tarde se estrenaba la película «Gilda» que tanto ruido había armado en toda la Europa. Ahora resultaba que se la querían boicotear porque se consideraba inmoral. ¡Podían habérmelo dicho puñeta!, bramaba envenenado don Daniel, todo porque en una escena, a la famosa Rita Hayword ésa, se le ve un tercio de muslo y un octavo de teta. Resultaba que había contratado con la Productora por 15 días y como ya había pagado, se negaban a devolverle el trato. Para colmo, se había gastado una millonada en publicidad, con el alquiler, la luz, el sueldo de los empleados, los seguros insociales, etc., como no asistiera el personal, era su ruina.

Decidimos ayudarle. No se preocupe don Daniel que esto lo arreglamos nosotros ya verá, no ponga esa cara, le decíamos. Total, que quedamos citados para el próximo lunes en el Suizo mismo. «Si la cosa no se arregla —nos dijo sombrío— no hace falta que vengan porque ya me habré tirado por la punta del Muelle Grande con una piedra en el pescuezo.» Usted no va a tirarse por ningún lado, hasta el próximo lunes don Daniel y ánimo hombre.

* * *

No sé si usted sabrá que antes, los sábados por la tarde los colegios, oficinas y talleres, etc., trabajaban normalmente. En compensación los jueves por la tarde era libre. Por tal motivo, la presentación de la película «Gilda» se había programado para un jueves.

En la puerta del cine se congrega un genterío impresionante, todo personal joven. Pero nadie se decide a entrar, entre la masa y la taquilla se interpone un cordón de seminaristas que reparten octavillas, amenazando con la condenación eterna al que adquiera una sola entrada. Nadie se decide a romper el cordón. De repente todo el mundo vuelve la vista al otro lado de la calle —¿qué extraña procesión era aquélla que se acercaba?—, al frente el Papa de la Iglesia Cubana, con su mitra de cartón-piedra, su báculo en la mano, sus sandalias de purpurina y amplio manto blanco sobre sus hombros.

Escoltándole por si acaso, dos cubanos de 250 kilos en total —y no digo más porque van a averiguar quienes son— y detrás todas las grandes dignidades de la tan temida Iglesia Cubana, cantando un himno irreverente cuya letra siento no poder ponérsela. Todo el mundo queda paralizado de silencio ante tan inusitada osadía. A lo lejos don Daniel observa los acontecimientos, arrimado a la pared más muerto que vivo y la cara como la yema de un huevo de puro amarilla...

«Nos, como Pontífice de la Iglesia Cubana —gritó teatralmente su Santidad—, os digo pueblo que ésta película es la liberación de los espíritus y del sexo. Así, que debemos declarar y declaramos, que quien no entre a verla, queda excomulgado por la Iglesia Cubana y que es además un simplón y un mentecato.»

La masa duda, es el momento psicológico en el que un ligero empujón basta para inclinar la balanza. Ya sabe usted

que en nuestra tierra, se da un poco aquello de «donde va Vicente va la gente». Sabedores de aquello, el empujón estaba preparado...

Resultaba ser, que un numeroso grupo de simpatizantes habían trabado amistad con algunos miembros de la tan temida Iglesia Cubana. Entre ellos se encontraba un grupo de alemanes que vivían en la ínsula desde su niñez y que a base de gofio eran tan canarios como usted y como yo. Ellos querían entrar en la Iglesia, así que se comisionó a su Eminencia para que se entrevistara con ellos: de acuerdo, pero el jueves tienen que ir al cine tal y hacer tal cosa. Según se porten entrarán o no.

En aquel momento actuaron. Wolf, con su gran cabellera ensortijada, la mirada llameante y el gesto fiero, gritó: ¿Pero qué estamos pensando carajo? ¡Yo entro y se acabó! Y un grupo se acercó decidido a la taquilla. Aquélla fue la señal: el personal se botó en manada, arrollando a los seminaristas sin el más mínimo respeto. Hubo lleno hasta los topes, no sólo se agotaron las entradas, sino que hubo hasta trompadas para conseguir una.

La Iglesia Cubana recurrió a algo que siempre le dio buen resultado: nuestros propios hisopos caseros, con ron de la Aldea. Rociamos con ellos a los seminaristas a los gritos de ¡apartaos reprobos! Los guardadores de la moral oficial emprendieron vergonzosa huida, chillando como lechones degollados: ¡herejes, herejes!...

Sabíamos que quien ganara la primera batalla ganaría la guerra. Una importante fuerza viva había dicho en el Casino: «Si los muchachos entran a las cinco, nosotros iremos a las siete. Caso que la juventud no entre, no debemos ir, no sea digan que damos mal ejemplo.» Así, que en la sesión de las siete no sólo hubo lleno, sino que don Daniel aprisa y corriendo, alquiló una camioneta y trajo filas de sillas,

que colocó en el pasillo central y en los laterales. Aún así, se acabaron las entradas aquel día y al otro y al otro...

* * *

Según habíamos acordado, acudimos el lunes al Suizo en el mismo Puente de Palo. Don Daniel parecía un gallo, tirado para atrás con un traje a la medida, zapatos charolados, la leontina asomándole por el chaleco. Tenía una flor en la solapa, en su boca trincaba un puro del tamaño de una chimenea y le brillaba como nunca su diente de oro. La cara era radiante. «Parece que le encontramos más animadillo» —le dijimos—. La película «Gilda» ésa, nos respondió —¡fuerte vaca dando leche! Y dirigiéndose imperante al camarero ordenó: «Una corrida para todos estos obispos que yo pago. Que cada cual que pida lo que le dé la gana.» Luego, ya sentados, nos confesó: él quisiera entrar también en esa Iglesia nuestra, pero por su edad lo podrían tomar a choteo. Pero él sabía ser agradecido, así que nos entregó una caja de puros de la mejor calidad y un buen fleje de invitaciones especiales para la película, firmadas por él mismo. Antes de despedirnos hizo algo que aún me acuerdo: se asomó a la puerta del Suizo y tiró su media docena de voladores, una promesa que quería cumplir, según nos dijo.

Rápidamente hicimos cuentas, el número de invitaciones representaba un capital impresionante, por lo menos eso nos pareció a nosotros que estábamos siempre limpios. Todos ya habíamos visto la película y decidimos no valía la pena repetirla, así que venderíamos las invitaciones y celebraríamos un Concilio a lo grande. El Cónclave fue memorable, otra vez se lo contaré. Naturalmente se invitó al grupo de alemanes y demás candidatos, pero enterado el personal simpatizante que la mamanza era gratuita, los conversos cayeron

como la cigarra sobre un cercado. El vino se repartió por garrafones con esto le digo todo. También se repartieron canonjías, parroquias y órdenes menores, según méritos de cada cual. Es mentira y puede usted ponerlo, que con motivo de la película «Gilda» se crearon más obispados, pues como dijo su Eminencia el Presidente del Santo Oficio, «qué clase de Iglesia es ésta que todo el mundo quiere empezar como obispo, ya está bien». Lo que sí es verdad es que fue un Concilio abierto, un Cónclave «urbi et orbi».

* * *

En cuanto a la película «Gilda», terminó por verla todo bicho viviente desde la punta de arriba de la Isleta a la punta de abajo de San Cristóbal. Nos consta que hubo muchos que reengancharon, incluso los carcas la vieron de tapadillo. Corrida la volada de que era una cinta escandalosa, vino gente a verla desde La Aldea, Mogán y Ayacata, que como eran las carreteras por entonces ya usted me dirá. Don Daniel la contrató para otro mes, para otro y para otro.

Por cierto, que se supo que a poco tiempo que don Daniel se hizo un chalet en el Monte Lentiscal. Las malas lenguas dijeron que gracias a la Iglesia Cubana. Tampoco esto es verdad, él tenía sus perras ahorradas, aunque es posible que las piernas y la pechuga de Rita Hayword le ayudaran a acrecentar sus ahorrillos. Pero de eso a lo otro, son exageraciones y envidias, se lo digo yo.

Hasta otro día mi amigo.

NUEVA CARTA QUE DIRIGE EL AUTOR AL PERIODISTA DON LUIS LEÓN BARRETO

Muy Sr. mío:

Después de larga pausa tengo el gusto de enviarle otros siete capítulos de la famosa Historia de la llamada Iglesia Cubana para que si a bien lo tiene las saque en papeles durante los siete próximos domingos.

Me creo que los anteriores capítulos tuvieron mucho éxito y se disiparon ciertos temores que tenía alguna gente con aquello de «mira que a mí no me nombres para nada que me desgracias», cosa que he cumplido no sólo con los protagonistas, sino lo que es mejor, con nuestros zoquetes antagonistas a los que tampoco mento para nada o disimulo su condición real.

La verdad es que he tardado más de lo prometido en enviarle estas otras historias, pero ya sabe usted lo fastidiada que está la vida y el mucho tiempo y atrabancos que pasa uno para ganarse el pan nuestro de cada día y santas pascuas y aleluya. Y para colmo, cada vez que tenía un pizco de tiempo libre, tiene uno que coger la pluma para avisar a nuestros simplones políticos —encima que los que cobran son ellos— que nuestros vecinos los chicharreros son iguales a aquellos bizcochos lustrados de antes: los mete usted en el chocolate y si se descuida se lo chupan todo.

Ya verá usted que estas nuevas historias de la tan temida Iglesia Cubana causarán grande regocijo popular, por la cambiatina de usos y costumbres que ha tenido lugar en nuestra ínsula durante estos últimos treinta años, que más bien parece que han pasado treinta siglos.

A. C. S.

Capítulo VIII

De cuando la Iglesia Cubana boicoteó la división sexual en la playa de Las Alcaravaneras

Cuando comencé a contarle las antiguas historias de la muy Iglesia Cubana, ya le había dicho que nuestro obispo —el de la Iglesia Católica que para nadie se confunda— fue un santo. Lo demostró en repetidas ocasiones por la entereza de su compromiso social, así como por su constante preocupación por los humildes. Él estuvo siempre junto a los pobres, remediando cuantas calamidades tuvo en su mano, me consta fue así. También le había dicho, fue una lástima mantuviera posiciones tan tiesas en cuanto a asuntos de faldas se tratara, pienso que en cuanto oteaba a una legua el revuelo de unas enaguas, el hombre perdía el tino. Él fue así y seguramente no pudo remediarlo.

Para que vea hasta donde llegaba tan emperrada intransigencia, le envío hoy la presente historia, que me parece ocurrió antes de 1950, porque recuerdo que aún actuábamos como grupo de amigos y no como miembros de la Iglesia Cubana, es decir, aún no estábamos ordenados.

Se corrió por la ciudad el comentario que la playa de las Alcaravaneras había aparecido con una soga que la dividía en dos: la mitad para los varones y la mitad para las féminas. Y menos mal que por entonces no había, al menos oficialmente, maricas, travestis y demás personal de dudosa

calificación, pues entonces la playa hubiera tenido que dividirse en tres trozos, ya me dirá usted el potaje y el choteo que se hubiese formado.

El grupo de amigos lo comentó animadamente en el lugar del moceo oficial, al anochecer en la calle Mayor de Triana, que la juventud había tomado como paseo, pasando y repasando incansable desde «Estudio Moderno» hasta la esquina de Domingo J. Navarro, ni más allá ni más acá, siempre por la banda del poniente, lo cual fue una empecinada manía de la gente joven de entonces. Por cierto, que las tertulias y el paseo se mantuvieron durante muchos años a pesar de la tenaz oposición de los guagüeros, que calientes como chinos tenían que conducir haciendo «eses», esquivando al personal enamorado o pendiente de enamorarse.

Y vuelvo a la soga. Al parecer, aquella medida era el inicio de una ofensiva a gran escala para sanear la corrompida moral pública, pues también se supo estaba encima de la mesa de un arquitecto, el anteproyecto de un murallón que también dividiría a la playa de Las Canteras en dos partes, así como otra muralla que separaría la playa de los mirones, a los que había que evitar ocasiones de pecado. Tiembla lector y piensa que el «proyecto» estuvo a un pelo de llevarse a cabo, menos mal que a alguien en el Municipio se le ocurrió la idea de «echar balones fuera» ante la presión del clero y los carcas y esperar a que pasara la marejada, que si no, la playa de Las Canteras que nos tiene privados no sólo por lo que vale sino por lo que duele en Tenerife, hubiera quedado más birria que las «Teresitas» que ya es decir. De la que nos escapamos hermano...

Pues bien, se acordó ir sin falta al día siguiente por la tarde a la playa de Las Alcaravaneras, dispuestos a boicotear como fuese el mandato municipal.

Antes de seguir, quiero contarle otra de las inexplicables costumbres del personal de hace 30 años: por las mañanas

Las Canteras estaba abarrotada y Las Alcaravaneras casi desierta y por las tardes al viciverso, y eso que aunque usted no lo crea o no lo recuerde, Las Alcaravaneras era casi tan buena como Las Canteras, hasta que a nuestros genios del MOPU se les ocurrió proyectar un muelle deportivo sin «ojos de comunicación», que hubiera permitido salir la suciedad cada vez que el puñetero Hassán II nos manda el siroco de allá y nos la pone como palo de gallinero.

Reunidos al fin en la avenida de Las Alcaravaneras, empezamos por reírnos del texto de un enorme cartelón, que redactado por cierto culichiche del Ayuntamiento ponía la siguiente toletiada:

«POR ORDEN MUNICIPAL QUEDA ABOLIDO EL SEXTO MANDAMIENTO EN ESTA PLAYA.»

Estupendo, comentamos jocosos, eso quiere decir que tenemos permiso para hacer lo que nos dé la gana. Y asomándonos a la barandilla, observamos detenidamente el «campo de operaciones». Efectivamente, había colocada una larga maroma que salía amarrada a una farola, bajaba suspendida sobre una filera de estacas hundidas en la arena y finalmente se introducía en la misma marea sobre unas boyas. Por lo menos la peña de las «Dos Hermanas», lugar predilecto de diversión, había quedado dentro de la frontera masculina.

Estaban tres municipales, uno a la bajada de Las Escalinatas y que dividía inexorablemente al personal según su sexo, otro a mitad de la playa para evitar que nadie traspasase los lindes prohibidos y finalmente un tercero —ríase usted— montado encima de una chalana para vigilar los margullos fuera de la zona señalada, que nuestras autoridades de entonces estaban como baifas, se lo digo yo.

Un futuro obispo de la tan gloriosa Iglesia Cubana observó la feliz circunstancia que uno de los guardianes de la moral pública era conocido en toda la ínsula por un dichete,

que si se lo mentaban era capaz de matar a su madre, algo así como enseñarle el trapo rojo a un miura. También se comentó lo rara que parecía así la playa, a ambos extremos ni un alma y pegados a la dichosa soga, un hormiguero de cabezas mirándose como bobos.

Se puso en práctica la primera parte del plan preparado. Bajaría uno solo e intentaría entrar por la parte reservada a las muchachas, naturalmente el municipal lo impediría, luego vendría la discusión que si tengo allí a mi hermana, que si tengo que buscarla, que si tal y que si cual, total con el alegato —que había que procurar alargarlo— dos o tres minutos. Baja luego el segundo, que mire que tengo allí a mi madre, que tengo que darle un recado urgente, venga a discutir y a dar voces calientes otros tres minutos. Llega el tercero, que por ese lado tengo a mi novia, que tengo que entrar por aquí.

El munícipe ya está nervioso, empieza a encochinarse, principian los gritos y el jaleo. «Ha dicho que no y se acabó», se mantiene firme.

Total que cuando llega el último ya había pasado su buena media hora corrida. El «acomodador», atareado por la pelotera, no había dejado pasar a nadie y mientras se ha formado el consiguiente rebumbio de personal impaciente. La gente asada de calor termina por encresparse y da gritos al municipal: «¡Quítate de ahí, sollajo, medio huevo!» La primera parte ya está hecha, el público en ascuas el pobre guardia con los nervios en flor, sétera.

Luego viene la segunda parte, nos quitamos la ropa y todo el mundo, futuros cardenales, obispos y priores, todo el mundo al agua. El bañador con su correspondiente peto sobre el pecho y al otro lado las mujeres con sus faldellines sobre los muslos, más parecían papahuevos que hembras que se dice y no se cree.

Margulla como por casualidad uno al otro lado de la soga y enseguida el remero municipal va presto a llamarle la atención. Distraído no se da cuenta que pasa nadando a la zona prohibida un nuevo pecador. Voga rápido atrás a cazar al incauto y mientras pasa otro. El remero municipal hace ya tiempo que está harto y deseando largar aquello, entre la calor, la guerrera que le aprieta el gaznate, las manos asadas de ampollas, si le arriman un fósforo explota. Le digo a Vd. que ni en las regatas esas Oxford-Cambridge se ha remado tan aprisa. La gente se percata de la coña y se mezcla sin remedio todo el mundo. Pero el guardia no es bobo, «que hagan lo que les dé la gana, a mí no me jeringan», se le oye mascullar. Colorado como un pimiento, se seca con parsimonia el pescuezo con un enorme pañuelo, se afloja, con la mayor flema se lía un cartabuche y se pone a fumar tranquilamente en medio del sonoro Atlántico.

La tercera parte del Plan es la más arriesgada. Ya se ve la imposibilidad de mantener tan disparatada orden, la «promiscuidad» es un hecho, todo son discusiones irritadas, sapos y culebras, los munícipes están desbordados y empieza a aflojarse la vigilancia. Pero falta el empujón final...

Un atrevido cubano —que confieso hubo que echar a suertes— se acerca a la escalerilla y le grita con descaro al guardador de la moral pública: «¡Perejil, sal del libre gandul!» El aludido, loco de rabia, parte veloz tras el osado blandiendo el tolete, el resto de los cubanos corre a lo largo de las estacas tropezando «por casualidad» con ellas derribándolas.

Se mezcla todo el mundo, la promiscuidad, el pecado, la perdición eterna son un hecho. Con el barullo, imposible localizar al culpable.

Al poco rato hace su aparición un sargento de la Guardia. Desde la Avenida contempla boquiabierto el relajo, el cartel ha desaparecido, la lancha está varada en tierra, la

soga ha sido arrancada, todo el mundo corretea de un lado a otro. ¿Qué diablos es esto? Y con un silbato llama a sus subordinados.

«A ver. ¿Qué ha pasado aquí?» Carraspea severo pidiendo explicaciones. «Mire usted mi sargento —dice el apodado Perejil—, yo soy guardia y no acomodador de cine.» «Mi sargento, esto es imposible —dice el segundo—, ya estoy harto de tocar el pito, que contraten a un árbitro de fútbol en vez de un guardia», «si quieren un remero —afirma definitivo el del cartabuche— que el Ayuntamiento lo traiga de Inglaterra, pues no faltaba más». El sargento ante esta imprevista rebelión, se rasca pensativo la cabeza. Está bien —decide—, vámonos todos, ya hablaré yo con el Concejal que me mandó. Que venga él si quiere y si no, que se vaya al carajo.

La feliz vuelta a casa, la realiza la Iglesia Cubana en la «Pepa», como ya sabe usted se le llamaba a la locomotora. Todo el Sacro Colegio se agolpa en la plataforma del último vagón, que parte de la parada situada a la altura del actual Club Náutico. A la mitad de la avenida de las Alcaravaneras, acertamos a ver a los cuatro munícipes en empelotada discusión, colorados, molidos, calientes.

Y para remate, sale del último vagón un envenenado guapido: «¡Perejil, sal del libre gandul!»

El aludido levanta el puño impotente, mientras el eco de un coro de risas se pierde tras el jadeo de nuestra popular «Pepa».

CAPITULO IX

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA QUISO IMPEDIR LA CASTRACION DE LAS ESTATUAS DE MARTIN FREIRE

Ya sabrá usted que por allá por los años cincuenta, se erigió el complejo deportivo «Martín Freire», a caballo entre los populosos barrios de San José y San Cristóbal, junto al sitio que siempre se le llamó «La Casa del Niño». Deportivamente aquello dio poco resultado, la excesiva lejanía de entonces, la dificultad de los transportes y lo peor, un ventarrón que se metía por los huesos a los deportistas, que no salían de potajes de berros y raleras de gofio. No obstante mal que bien, se practicaron el fútbol, la natación, el baloncesto y el atletismo.

A lo que iba. Al arquitecto que plasmó la obra se le ocurrió la idea de coronar el murallón del poniente con unas estatuas, unos discóbolos que le darían un aire clásico, algo así como un homenaje a la Olimpia griega. Los discóbolos estarían naturalmente en cueros vivos con sus partes masculinas enteritas. La verdad creo que la obra quedó bastante aceptable.

Algún pelotilla o alcagüete —que siempre los había a mano— advirtió al arquitecto: «Que mire que lo van a descomulgar, que esto es pior que jembras con la pechuga fuera, mire que el personal no está arregostado.» El director de la obra no le hizo maldito caso, el hombre tiraba a europeo y le cortó tajante al falderillo «si no están acostumbrados ya es hora que se vayan acostumbrando, que caracho».

Además él había pensado que si el murallón se subía bastante, la cosa pasaría como menos llamativa. Así fue, se inauguró el complejo —un 18 de julio naturalmente— y al principio nadie dijo nada...

Pero siempre hay gente encharcadora dispuesta a fastidiar. Entre ellas estaba don Raimundo —así le voy a llamar—, solterón suspirante, ricachón y amargado. Vivía con dos hermanas, asimismo solteras avinagradas y casi tan feas como él, lo que ya es decir. Era una especie de correveidile de los intransigentes más irreductibles, carca entre los carcas y que se había ganado a pulso la enemistad de la tan famosa Iglesia Cubana. Como no tenía nada que hacer en todo el santo día —todo eran novenas, rosarios y visiteos— su principal ocupación era escuadriñar la vida de todo bicho viviente. Un individuo ratonero y entrometido, que por chimbo no lo querían ni siquiera la gente clerical de Vegueta.

Peor aún eran sus hermanas y le voy a contar un botón de muestra. Un buen día llamaron al practicante Romero, porque precisaban ponerse unas inyecciones en sus posaderas. A tal fin, habían preparado una sábana camera, a la que habían hecho un redondel del tamaño de una moneda. El señor Romero que no paraba de trabajar y que era más bueno que el pan, terminó calentándose y les dijo: «Yo he venido a poner unas inyecciones y no a hacer ejercicios de puntería. Además sepan ustedes señoras mías, que estoy harto de ver culos.»

Pues bien, un buen día las hermanas de don Raimundo fueron a darse una vuelta por las afueras de la ciudad, me parece que tenían algún trozo de plataneras por allí por la Vega de San José. Volvieron engrifadas y soliviantadas. Llamaron a su hermano, que indecencia, que cochinada, unos hombres que aunque de piedra eran al fin y al cabo hombres, en cueros, en pelotas, a lo que vamos a llegar, ya no se puede ni salir a la cale. Que tienes que ir enseguida al

señor Obispo y decírselo, que eso lo tienen que quitar, que incita al pecado, sétera, sétera...

* * *

Yo no sé si usted habrá oído que la tan temida Iglesia Cubana, cuando se notaba perseguida por alguien, utilizaba un arma que hacía temblar: El «Arca Chismorum» o Cajón de los Chismes. Se trataba de lo siguiente: si alguien nos fastidiaba hasta pasarse de la raya, establecíamos una red de espionaje para cogerle los güiros al incordio. Como en este puñetero mundo nadie es perfecto, siempre al final descubríamos de que pie cojeaba el antagonista. No ponga que entonces lo chantajeábamos —esa es una palabra fea— más bien diga que lo anulábamos y terminaba por dejarnos en paz.

Don Raimundo ya tenía harta a la Iglesia Cubana, se había dedicado a contarle a todo el mundo, que si herejes, que si perversos, que si esto y que si lo otro. Así —su Eminencia el Presidente Santo Oficio, recibió la orden de Su Santidad el Papa, de poner en marcha la operación de asecho del incordio, «trabajo» que siempre se encomendaba a los aspirantes a alguna canonjía u órdenes menores. Al principio, Su Eminencia sólo pudo anotar en el «Arca Chismorum» pequeños recortes y desperdicios de menor cuantía, pero un día apareció una bomba que dejó boquiabierto a todo el Sacro Colegio en peso: todos los miércoles al anochecer y siempre a la misma hora, don Raimundo se veía con una hembra de mal vivir, en una casita terrera del que era propietario.

El descubrimiento de tal filón, hizo que le cogiéramos al tal Raimundo una tirria inmensa. Naturalmente a los miembros de la tan temida Iglesia Cubana, nos importaba

un pito lo que pensara o hiciera cada cual, lo que nos resultaba inaguantable eran los individuos con dos caras, de doble vida. A ese había que darle una montada de las buenas...

* * *

Corrió por el Real de la Muy Noble Ciudad de Las Palmas la noticia. Se habían dado órdenes para el próximo viernes quitar las indecencias ésas que había en la ciudad deportiva Martín Freire. El propio arquitecto lo había comentado a la familia de un cubano, naturalmente como autor del proyecto, estaba que cogía las vigas del techo.

Decidimos que había que impedirlo. Así que por allí por la calle de Triana a la hora del moceo, empezamos a correr la voz, de que había que ir a Martín Freire el viernes por la tarde. No, no había ningún plan concreto, ya veríamos lo que podía hacerse. Pero quiso la mala suerte, que estando en plena labor de captación, acertó a pasar don Raimundo... como era un chimbo y las cosas se las olía, enseguida se enteró de lo que estábamos hablando.

Defensor a ultranza de la moral oficial, amenazó con llamar a un guardia y «enchiquerarnos ahorita mismo, como sigan haciendo propaganda contra las decisiones de la autoridad y tal...». Aquello fue el vaso que colmó la medida, dos obispos cuyos nombres he jurado no decir, se acercaron al interfecto y le soplaron al oído: venga con nosotros sólo dos palabras don Raimundo.

Mirándolos despectivo de arriba abajo y todo regañado dijo: «A ver qué queréis ustedes vosotros.» Él se pasaba sus temporadas en la península y mezclaba y trabucaba su forma de hablar. «Como no nos deje en paz señor Culichiche —quedóse cambado y suspenso por la osadía— le escribimos

una carta a sus señoras hermanas, contándole con pelos y señales, que usted todos los miércoles a las ocho en punto se ve con Carmela La Boca Dulce en tal sitio.»

Don Raimundo quedóse pegado a la pared, encogido como un conejo y amarillo como un limón. Se largó embalado. Luego supimos que se metió en el catre con un sudor, un sudor. Estuvo semanas sin salir de su casa y puedo jurarle que nunca más volvió a meterse con la Iglesia Cubana.

* * *

Pero el mal ya estaba hecho. El viernes a las cuatro de la tarde se presentaron en Martín Freire unos hombres de mono azul, con largas escaleras armados de escoplos y martillos. Había por lo menos 200 estudiantes, varones todos naturalmente, pero lamentablemente aquella vez la Iglesia Cubana —y lo reconozco con la mano en el corazón— fracasó, ya que no le ocurrió nada que pudiera impedirlo. Por otra parte hubiera sido imposible oponerse, algo se había olido la autoridad, porque toda la zona fue rodeada por una verdadera tropa de municipales. Me atrevo a calcular que el resto de la ciudad quedó sin un solo guindilla, se lo juro.

Los muchachos no pudimos hacer otra cosa que reírnos de los castradores oficiales, que a martillazo limpio y entre el pitorreo general, dejaron a los discóbolos lisos, mondos y lirondos. Las hojas de parra que usted puede ver actualmente las colocaron después.

Pero una vez terminado el trasquilado, a Su Santidad el Papa se le ocurrió una venganza genial que inmediatamente se llevaría a la práctica. Empezamos por recoger los trozos caídos y recomponerlos con tremenda paciencia, un carpintero de San José que simpatizaba con la Iglesia Cu-

bana nos ayudó incluso: «Yo les empresto el angrudo necesario, no faltaría más con los toletes ésos.»

Seguidamente nos dirigimos a la mismísima casa del chimbo de don Raimundo, calculábamos que estaría acobardado por la amenaza de la carta y no se atrevería a hacer nada. Entramos en su amplísimo zaguán. Allí, a la vera de un patio, descubrimos un esquinero con unas estampas de santos y una hucha, el muy hipócrita se la echaba de ayudar a los pobres cuando era corruto que era más agarrado que un pasamanos. Así, debajo de la hucha había un letrero escrito por él mismo que rezaba: «Colabora con los pobres visitantes, pon tu moneda —y añadía—, lo primero el corazón.»

Empezamos por poner los atributos masculinos de los lastimados discóbolos encima mismo del esquinero en lugar bien visible. Y luego algún aspirante a poeta —le juro no sé quién fue— plagió con letra bien gorda completando la cuarteta:

Lo primero el corazón
Lo segundo el trasero
Y como eres maricón
Lo segundo es lo primero.

Lo que sucedió después fue sabido en toda la ínsula. Una de las hermanas fue la primera en ver aquello y cayó redonda al suelo con un soponcio. Se dijo que estuvo flagelándose como penitencia por «haber visto aquello tan cerquita qué horror». Naturalmente don Raimundo se enteró quiénes habían sido los autores de la coña. Pero se cayó como un muerto y por cierto que agarró un complejo que ningún médico atinó a curarle: cada vez que venía el cartero, se ponía amarillo de fatigas y se metía en el catre. Hasta otro día, mi amigo.

CAPITULO X

UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Tiempo de Ejercicios Espirituales. Tiempo de reflexión y de penitencia, en realidad, prolongación del mismo guineo de todo el año, si usted quiere, un poco más acrecentado. Por entonces, la temida Iglesia Cubana está en su apogeo, sus principales miembros ya rebasados los 20 años, han aparecido nuevas generaciones de disconformes que están en el séptimo y último curso de bachillerato.

El jueves está proyectada una animada reunión y un bautizo cubano. Coña sobre coña. Hay que ir a buscar los nuevos amigos a los distintos colegios, pues es tiempo de Ejercicios Espirituales, algo así como medias vacaciones.

En el Corazón de María no hay problemas, no me acuerdo quien se había puesto muy malito y han echado a toda la muchachada a la calle. En la plazuela aparecen cinco o seis aspirantes que se unen a las grandes dignidades. El aumentado grupo dirige sus pasos al Colegio Viera y Clavijo para ver de sacar de allí a los simpatizantes.

En el Viera, los Ejercicios están a cargo de don Ramón —así le voy a llamar pues ya le he dicho que en estas verídicas historietas no voy a mentar nadie por su nombre—. El padre Ramón era una excepción extraordinaria dentro del clero de entonces, algo así como un cura postvaticano II antes de tiempo.

Me consta sufrió un silencio y sin protestas, la incomprensión y hasta la hostilidad de otros sacerdotes por determinadas actitudes suyas. Entre otras cosas, el pobre tuvo

que privarse de ir al Pérez Galdós —era buen amante de la música— porque se lo había prohibido el señor Obispo, por mor de las pinturas ésas de nuestro genial Néstor de la Torre, que usted puede admirar en nuestro primer Coliseo. ¡Ya me dirá usted!

Pues bien, nada más llegar agudizamos el oído, don Ramón estaba hablando de lo que yo creo deberían hablar siempre los cristianos, del amor de Jesucristo por los pobres, del desprecio a las riquezas, del apoyo moral y social que debíamos a los humildes, etc. Para su época algo insólito, se lo digo en serio.

Aprovechando que el conferenciante parecía hacer una pausa, dos o tres entraron a hablarle, hombre mire don Ramón que tenemos una reunión de amigos, a ver si le da permiso a ése, a aquel otro. ¿Permiso? nos dijo, no hace falta ya me iba. Y luego añadió algo que aún me acuerdo, mirando su reloj, dijo: «He hablado algo más de una hora, lo suficiente. Cuando a la gente se le obliga a comer mucho, termina odiando la comida.» Y guiñándonos un ojo añadió: váyanse todos.

El nutrido grupo encamina sus pasos a la marea, al colegio de los Jesuitas a ver de sacar al último grupo de amigos. Calle abajo, comentàmos animadamente la figura de don Ramón que era querido por todo el mundo. Además, de no haber sido cura, hubiese sido un «partido» entre las muchachitas casaderas: alto, seco de carnes pero con buen espaldaraje, gallarda figura y abundante cabellera color ala de cuervo. Todo un tipo. Además sencillo, simpático e inteligente, lo que se dice un tío completo. Quiero ponerle todo esto porque a las malas lenguas las ha dado por decir que la Iglesia Cubana estaba contra todos los curas y eso es una mentira del tamaño de la casa de don Bruno, se lo digo yo.

Por cierto, que por entonces no nos dábamos cuenta de

la «mano izquierda» de don Pedro Cullén del Castillo, que siempre «por casualidad» elegía a los curas más tolerantes de la ínsula para dirigir los Ejercicios Espirituales en el Viera y Clavijo, Ejercicios que asómbrese usted, eran obligados por el Ministerio de Educación Nacional, que así se llamaba por entonces.

Antes de continuar con esta verídica historia, quiero contarle que no hace muchos años, me encontré por la calle a don Ramón ya muy viejito. Oye, me dijo, coñón. ¿Y qué fue de la Iglesia Cubana aquélla, ya se disolvió? Hombre don Ramón, cada época tiene lo suyo, nosotros ya no estamos para esos trotes. Se queda pensativo y añade, pues qué pena, porque ahora es cuando hacía falta. Me quedo pasmado. ¿Y eso don Ramón?, explíquese. Sí hombre, ustedes deberían de organizarse de nuevo e ir al Palmar de Troya, estoy seguro que le estropean la fiesta y le echan el tinglado abajo a aquellos cuatro chiflados. ¿Que ellos nombran un cardenal? Pues ustedes nombran otro. ¿Que ellos hacen un milagro? Pues ustedes hacen otro. Dime: ¿Acaso no hicieron un milagro en Teror, con uno flaco como un güirre que subieron a una higuera disfrazado de santo me parece? Pues nos costó Dios y ayuda el convencer a un montón de beatas que eso de la aparición era puro cuento. A mí casi me pegan por negar que había habido ningún milagro. Y se despidió riéndose. Fui la última vez que lo vi...

* * *

Llegados a los Jesuitas, se quedó fuera la mayoría, sólo entramos dos o tres. Aparentemente el colegio estaba en silencio, era raro no ver a nadie correteando por sus anchos patios. Agudizando el oído, percibimos un murmullo lejano que venía al parecer del segundo piso. Allí subimos sigilosos,

abrimos una puerta y por una rendija, quedamos sobrecogidos por un espectáculo alucinante. Un enorme salón todo a oscuras, espesos cortinajes en las ventajas para que no entrase la luz. Largas filas de alumnos —los pequeños en las primeras filas y los mayores, nuestros amigos de séptimo en la última junto a la puerta—. La penumbra del salón sólo la rompía una vela, que colocada bajo una calavera, daba un aire terrorífico a la reunión. Se percibía la sombra de un cura, que subido a una tarima bramaba describiendo los tormentos del infierno en una interminable letanía de alaridos:

«Y cuando tengas hambre te darán carbones encendidos. Y cuando tengas sed, te darán a beber plomo derretido. Y las serpientes se te enroscarán en tus piernas mordiéndote cruelmente. Y los diablos te atormentarán con sus largos tridentes. Y oirás los alaridos de los condenados como tú. Y tu cuerpo arderá como una antorcha. Y desearás poder morir y nunca jamás podrás dejar de sufrir. Y maldecirás el día en que nacistes. Y los demonios te meterán aceradas púas entre las uñas y rociarán tu cuerpo con aceite hirviendo. Y pasará un insoportable minuto y otro y otro. Y pasará un día y una semana y un mes.

Y estarás un año y un siglo y otro y otro. Y todo volverá a empezar porque se trata de la eternidad.» «Y todo —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro señalando a los aterrorizados niños de primera fila— por una sola masturbación.» ¿Cuántas veces te mereces tú el castigo eterno? Aulló.

Ya usted me dirá, que tenían que ver las tranquilas plabras de don Ramón con aquella letanía de terror. Oír y comparar. Quizás halla sido por rechazo, pero sepa usted que los anticlericales más rabiosos salieron precisamente de ese tipo de educación.

* * *

Y vuelvo a la verídica historieta. Allí, arrimadas las narices junto a la puerta estaban nuestros amigos. Pero nadie podía salir, la puerta estaba sujeta por una cadena y un candado. Sólo una abertura que no podía pasar ni un gato, lo suficiente para que nadie se asfixiara dentro. ¡No hay forma de escaparse! —silvó la voz indignada de un cubano—. ¡Hemos intentado romper la cadena y no hay manera. Estamos ya hartos, coño!

Pero Su Santidad el Papa, que ya se había olido algo de esto, venía preparado. Tomen estas bolitas —y metió la mano justo por la rendija— y rómpanlas contra el suelo una a una. Al poco rato, el pestazo era tan insoportable, que hasta uno se atrevió a interrumpir al conferenciante. «Padre, por aquí debe de haber algún demonio. Huele a azufre.» ¿A azufre dices? Lo que huelo es a mierda. Sois unos cobardicas, alguien se ha asustado de mis palabras y se lo ha hecho encima. Esto es intolerable —gritaba mientras se tapaba su narizota con un pañuelo—, abran las ventanas, se suspende la sesión, salgan al patio, prefiero el infierno a aguantar esto. Socorro, me asfixio, abran aprisa, so guarros...

En el barullo de la estampida hacia el patio, los nuevos cubanos pudieron salir a la calle, hacia la liberación. Fueron acogidos con un cerrado aplauso por los que esperaban. Ahora iríamos a un Concilio y a un Bautizo.

Pero antes había sucedido algo desagradable: hubo un chivatazo. Fue Paquito el Carquito, que le explicó al padre Inspector el origen del batumerio.

Este se lanzó como una fiera sobre nuestros amigos de séptimo y les comunicó: tres domingos seguidos castigados con ir al colegio. Pero aquella tarde estábamos libres. Había que darle un buen escarmiento a Paquito el Carquito, pero por no alargar demasiado esta verídica historieta, lo dejo hasta el próximo domingo con la miel en los labios.

En la próxima historieta le contaré se lo prometo, el Concilio que se celebró, el Bautizo de algunos nuevos cubanos y la gran montada que le dimos a Paquito el Carquito. Se las cobramos. Vaya si se las cobramos...

CAPITULO XI

UN BAUTIZO Y UNA VENGANZA

El último domingo dejé a la famosa Iglesia Cubana, a sus grandes dignidades, aspirantes y pequeños cargos, camino del Herreño donde estaba programado un Concilio. Ya recordará usted que quedaba atrás una única rasquera, el grupo de aspirantes del colegio de los Jesuitas, quedaba castigado con ir al colegio tres domingos seguidos.

La culpa la había tenido Paquito el Carquito, al que había que darle como escarmiento una buena montada. Pero el espíritu de la tan temida Iglesia Cubana era: esta tarde estamos libres, olvidémonos de los castigos que ya habrá tiempo de soportarlos, hoy estamos libres y nadie se va a amargar pensando en otra cosa. Así era el espíritu de la Iglesia Cubana.

Se toma el herreño por asalto. Unos treinta que nada menos. El tendero como siempre, bailando entre la satisfacción y el temor. Satisfacción por la clientela juvenil más o menos fija, que iba dando a conocer su cuchitril por toda la ínsula. Temor por las barrabasadas de menor cuantía. Saca el Pontífice su Mitra de cartón piedra y empieza el Concilio, que tiene como objeto de discusión si procede o no procede, el nombramiento directo de Manolo el Químico y de su íntimo amigo Eufrasio para obispos.

El Concilio se divide en dos, de una parte la postura negativa de su Eminencia el Cardenal Presidente del Santo ficio y portador del «Arca Chismorum» —temible hasta para los mismos cubanos para que lo sepa usted— plantado en

aquello de «ya está bien que todo el mundo quiera pasar de militante de base a obispo. En esta jodía Iglesia no hay humildad». Y de otra, los muchos amigos de Manolo el Químico y de Eufrasio, alegando que ellos han hecho méritos más que suficientes, han demostrado amistad verdadera, han convertido a muchos infieles a la fe cubana e incluso han intentado —aunque sin éxito— realizar algunos milagros.

Su Santidad el Papa, después de diversas libaciones de calidades más que dudosa, encuentra una decisión salomónica, Manolo el Químico y Eufrasio serán ordenados obispos, a condición que la ceremonia sea en lugar público y con gran divulgación.

Llegado al acuerdo unánime, la Iglesia Cubana se dirige a la Fuente del Espíritu Santo por allí por encima del Ayuntamiento. La temible Iglesia llama la atención sin proponérselo, por rara casualidad el aspecto físico de sus miembros es tan desigual que ni de encargo podía imaginarse tal variedad: los había rubios platinos y morenos cetrinos, atléticos y enclenques, gordos y flacos, efebos a los que las muchachitas seguían con la vista, y feos hasta decir basta. Para colmo, algunos tenían sus manías que no era como se creía un afán exhibicionista, sino simplemente que cada cual era como era y todo el mundo se respetaba. Así, éste utilizaba cachimba, aquél se tocaba con un fez turco, esotro bufanda y abrigo fuese invierno o verano, el de más allá una hermosa flor en la solapa, aquel otro un pulido bastón de leñabuena.

Llegados finalmente a la Fuente del Espíritu Santo, Manolo el Químico y Eufrasio se desnudan cintura arriba y se suben al pilón de la Fuente. Cierto obispo lee en alta voz un pergamino en el que lee el santo Bautizo que van a recibir, enseguida se reúne un buen grupo de atónitos mirones, mientras los más medrosos o temosos se diluyen por las calles laterales, o se quedan al pairo a ver que pasa... Final-

mente un cardenal que he jurado no decir su nombre, se encarama también a la Fuente y los bautiza echándoles a cada uno de ellos, una jarra de vino del Hierro por la cabeza. Cuando mayores son las carcajadas, aparece el munícipe de turno y ocurre lo de siempre: la huida pies en polvorosa hasta nuestro padre el Guiniguada, donde el día se ha puesto ya.

Como en otras ocasiones, las sombras de la noche y —la verdad sea dicha— el escaso interés de los munícipes por complicarse la vida, hacen que la huida sea exitosa.

* * *

Ya bien metidos en la piel del diablo, y casi a la hora de irse a casa, el resto de la tan temida Iglesia Cubana, se tropiezan con Paquito el Carquito. Semejante criatura merece una descripción: Su verdadero y completo nombre es, Francisco Javier de la Concepción de los Santos Arcángeles y de la Santísima Trinidad, para abreviar, ponga usted Paquito el Carquito. Así lo ha bautizado su progenitor, tan santurrón y alcahuete como su hijo. Ellos viven por allá por Fuera de la Portada, señaladamente entre Lugo y la plaza de la Feria. «En cuanto agarre unas perras más —había dicho el padre— me voy a vivir a Vegueta o por ahí, pues por aquí cerquita reina el pecado y la perdición, lo cual es un peligro para la pureza espiritual y tal.»

El aspecto de Paquito el Carquito es además singular. Despeinado y huesudo, tiene toda la cara llena de diviesos, que le salen y se le van. Ello hace sospechar a toda la Iglesia Cubana, que el horror que finge Paquito el Carquito por cualquier asunto de faldas es pura hipocresía. «Esos diviesos —había dicho Su Santidad el Papa en su Cátedra

de la plazuela— quiere decir que tiene vicios ocultos. Seguramente su devoción preferida es San Dionisio Aeropagita.»

Por otro lado, Paquito el Carquito es además un simplón. Sus padres en su afán de evitarle ocasiones de pecado, lo han encerrado en una torre de marfil y es lo que se dice un tolete de tomo y lomo.

La Iglesia Cubana decide que es mejor ocultar el enfado y ver de darle una buena montada, así se le parará la lengua. Algún simpatizante de la tan temida Iglesia, ya metidillo en zarandeos de peor cuantía, enterado del chivatazo está caliente y decide colaborar en la venganza.

«Mira Paquito —se le dice— vamos a hacer las paces. Nosotros no te queremos mal y para demostrártelo, te invitamos ahorita mismo, a que visites a unas primas mías que acaban de regresar de Venezuela. Son muchas hermanas, han hecho allá muchas perras y están dando una fiesta en su casa. Hay mucha gente y mucha alegría y te invitamos a ir, a ti también.

Naturalmente ya usted se habrá sospechado que las «primas» indianas eran ni más ni menos que las clientes fijas, cabras y demás tiestos, de uno de los hechaderos de peor fama de la ínsula. Allí metimos a Paquito el Carquito. El diplomático de la Iglesia Cubana había previamente advertido a las hembras ruines de la montada. Sólo tenían que dejarnos sentar un rato en el espacioso zaguán que allí había.

Aunque usted no lo crea, tal era la simpleza de Paquito el Carquito que tardó mucho tiempo en percatarse donde estaba. Las muchachas lo saludan haciéndole carantoñas, el Carquito comenta simplón: «Tienes una familia encantadora, tus primas son muy cariñosas.» Al poco rato, sale un individuo de mala catadura templado como un requinto. ¿Y ése quién es?: Un tío político.

Enseguida entra un marinero con una turca fenomenal y le pasa la mano por encima a una muchacha sin ninguna

clase de miramientos. ¿Y ese otro quién es? Un sobrino. «Se nota que hay una gran confianza entre todos los miembros de tu familia», dice Paquito asorimbado. ¿Y quién es ese soldado? Un primo, se le nota que está alegre. Desfilan tíos, primos, sobrinos. Todo el mundo aguanta la risa como puede. La parentela cercana se agota, hay que recurrir a los concuños, retíos, primos segundos y terceros.

Finalmente le diré para no alargar más esta verídica historia, que una de las más rufianas muchachas llamada precisamente Rufina la encharcó. Pasó de las carantoñas, a sobeos de mayor cuantía con Paquito el Carquito, quien se pone en pie como un resorte e increpa: «Pero señora, ¿qué confianza es esa?» Luego se queda pensativo y con los ojos desorbitados se percata al fin donde se encuentra. ¡Oh cielos qué horror! y dando un alarido de espanto, Francisco Javier de la Concepción y de los Santos Arcángeles y de la Santísima Trinidad, cayó al suelo como un cortacapote...

Intentaron reanimarlo y no había de qué. Con los ojos perdidos musitaba aferrado a un sillón: «Estoy deshonrado, estoy deshonrado.»

Dos solícitos cubanos van embalados a buscar al padre de Paquito el Carquito, que como ya le había dicho vivía por allí cerquita. Le soltó el primero de sopetón: «Sentimos comunicarle que su hijo Paquito está en Casa de la Sorda.» Y añade el otro metiendo la puntilla vengativo: «Al parecer ha pecado tantas veces que no puede levantarse.» El padre al principio no atina a decir nada, está lívido, la respiración entrecortada. No puede ser —gime—, qué horror, si es un niño modelo, es el primero en la clase en religión y en moral. No puede ser, lloriquea. De repente, se transforma. se torna rojo como un tomate maduro y sale a la calle a grandes zancadas, entra veloz en el zaguán de la Sorda, agarra a Francisco Javier de la Concepción de los Santos Arcángeles y de la Santísima Trinidad por la cabellera y lo arras-

tra violento a la calle. ¡Pecador, maldito, impío, hereje, me has deshonrado!, y da a su retoño sobre la misma acera tal tuesta, que si unos ciudadanos no se lo quitan de las manos, el padre del Carquito termina en el Juzgado, metido en una enredina de papeles.

Usted sabe que en nuestra ínsula, siempre en el momento oportuno aparece una guitarra, o un timple. No sé como es, pero siempre aparece en el momento justo. También aparece una maraca. Se arma la correspondiente trapisonda y la temible y temida Iglesia Cubana se dirige a la casa del mismísimo Paquito el Carquito. Y para remate se improvisa la siguiente canción; bajo sus ventanas:

«La Iglesia Cubana
Es la más chabacana
Que en el mundo existió.
Todos sus miembros bebían
Y ninguno se retractaba
De aquel vicio que adquirió
Paquito el Carca al fin pecó
Y la Iglesia Cubana
Encima lo excomulgó.»

Francisco Javier de la Concepción de los Santos Arcángeles y de la Santísima Trinidad, estuvo en cama sus buenos ocho días, lleno de yodo y esparadrapos. Según las malas lenguas, sus masculinas partes eran rociadas a diario con agua bendita, pero no ponga esto, no estoy seguro que sea verdad.

Lo que sí es cierto es que no volvió a meterse más con la Iglesia Cubana, y que por cierto, siguieron saliéndole diviesos y barros durante muchos años.

CAPITULO XII

UNA EXTRAÑA PROCESION

Usted recordará que hace 30 años los seminaristas realizaban sus estudios en el corazón de Vegueta, señaladamente en el antiguo Seminario en la calle Doctor Chil, por encima de la preciosa Iglesia de los Jesuitas. También recordará su peculiar vestimenta, dos largas estolas de un azul brillante cayéndole a ambos lados del pecho, por encima de la reglamentaria sotana y un bonete que su silueta recordaba unas orejas de gato. Tal vez fuere por eso, por lo que se les conocía popularmente por «los gatos».

Entre los aspirantes al sacerdocio, naturalmente los había de todos los calibres. Desde muchachos con auténtica vocación, hasta mauros colocados para ver de hacer estudios. Durante mucho tiempo ya lo sabe usted, entre muchas familias canarias de la ínsula, el tener un hijo cura era una de sus grandes aspiraciones.

Después de la película «Gilda» y de todo aquel lío que ya le conté, entre la famosa Iglesia Cubana y algunos seminaristas se declaró la guerra Santa. Ellos se quedaron con una tremenda rasquera y deseaban tomarse el desquite del sorroballo que se llevaron en la mismísima puerta del cine. En realidad, cosas de muchachos.

Ya conoce usted aquello de «gato escaldado del agua huye», pero por lo visto estaban dispuestos a mojarse de nuevo, buscándose un nuevo enfrentamiento, no perdiendo ocasión de decir que nuestra amistad era peligrosa para la salud del alma y tal y cual. Desgraciadamente, algunas mu-

chachitas —pocas— se hicieron eco de tales habladurías y huían como alma que lleva el diablo de «esos herejes que han fundado una nueva religión». Pero la mayoría, desagalladas por su encierro conventual de lunes a sábado, no perdían ocasión de hacer amistad con muchachos de su edad, que aunque digan que están excomulgados, eso son cuentos y no me lo creo, pensaba afortunadamente la mayoría.

Pues bien, una tardecita estaba la Iglesia Cubana reunida en los bancos de la plazuela —la plaza Hurtado de Mendoza— lugar tan querido por la juventud de hace 30 años. Usted recordará que tenía dos hermosas fuentes con cuatro ranas, un limpísimo baldosado, bajo un cuidado arbolado. A uno se le caen las alas del corazón, viendo el disparate que hizo el municipio «arreglando» el lugar, que de pura roña parece un estercolero. Por cierto que recientemente se ha colocado una rana, que fíjese usted, vista por un lado parece efectivamente un batracio y por el otro es más bien una hembra en posición indecorosa.

Pues como le decía, allí estaba la Iglesia Cubana habla que te habla, tanto en coña como en serio de todo lo divino y humano. Sucedió que todos sus miembros estaban pasando por una profunda crisis económica —cosa por lo demás bastante habitual— y no había dinero ni para llevarse un mal Concilio a la boca.

Alguien como dejándose ir, insinuó una idea: al día siguiente habría una Procesión, a los que llevaban los Tronos se les pagaba 20 pesetas por barba, cantidad por entonces harto respetable. Para comparar, sepa usted que un cine de estreno —el Avellaneda por ejemplo— valía 8 pesetas y uno de barrio —el Pabellón Restregativo— 3 pesetas por dos películas. Sólo había que ir con tiempo y solicitar el trabajillo, así que decidimos ir a ver.

Quiero aclararle lo que pasó luego, porque durante mucho tiempo se dijo que la «Iglesia Cubana actuó con premeditación y alevosía». Esto fue un invento de los carcas y aún hay quien lo cree. Le digo que no es verdad, nosotros pensábamos cumplir, lo que pasó es que no teníamos idea de lo trabajoso que era aquello. Al modo, creíamos que era cosa de coser y cantar...

Al día siguiente por la tarde hicimos acto de presencia en la Iglesia señalada como inicio de la Procesión. Algún obispo comentó, que «vale la pena llevar esto a hombros aunque sea como homenaje a Luján Pérez». Nos apuntamos, se nos entregó la cantidad estipulada y nos metieron debajo de uno de los Tronos más pesados. Cada paso iría acompañado de música y seguido de autoridades y demás personal elegantemente vestido. Por puñetera casualidad, el nuestro iría escoltado por algunos «gatos». Enseguida nos reconocieron, quedándose al principio asmados... Luego cundió entre ellos la satisfacción, las risitas y el choteo, «las van a pasar moradas, ahora van a pagar todos sus pecados», decían en cuchicheos.

Efectivamente, nada más empezar se comprobó que no era lo fácil que parecía. Aquello pesaba como un camión de los Betancores. A poco empezaron los sudores, los resoplidos y demás, el habitual buen humor desapareció. Para colmo ya usted sabrá que los miembros de la tan peligrosa Iglesia Cubana eran de un tamaño tan desigual que ni de encargo podía concebirse tal diferencia. Los dos más corpulentos se habían situado por la misma banda, mientras que su Eminencia el Cardenal Primado que iba por estribor las estaba pasando negras, todo el peso iba contra él.

Naturalmente sucedió que el Trono salió todo cambado, hasta el punto que la cosa estuvo en un tris de virarse en choteo, así Manuel Guardiola, uno de los individuos más coñones que ha habido en las siete islas incluida la Graciosa

y que vivía por allí cerquita del «Zuleika», comentó en alta voz: «Esto en vez de un Trono se parece el Porteño cogiendo la vuelta a tierra.» Su amigo íntimo Manolito Cabrera, que estaba a su banda y al que también chiflaba la Vela Latina, preguntó en alta voz: «Oye, Manuel, ¿nosotros hemos venido a ver una procesión o una pega de botes?»

Enseguida uno de los organizadores metió la cabeza debajo de las telas ordenando una mejor distribución. El Trono se enderezó adquiriendo el debido respeto, pero continuaron los sudores, principiando los siseos y las discusiones.

Para colmo una célebre dignidad que me callo su nombre, se había empeñado en realizar el trabajo con su vestimenta habitual, abrigo y bufanda. Sudaba como un condenado, llenando el ambiente de un tufo irrespirable. Además el Cardenal Primado, cuya estatura era el reverso de su agudeza de espíritu, tenía que ir con los brazos en alto tirando para arriba. Su Eminencia fue el primero en rebelarse y dijo de buenas a primeras: «Yo no sigo.» Indignóse el Pontífice, que amenazó con una fulminante excomunión si no seguía, así que su Eminencia hubo de continuar, aunque refunfuñando por lo bajo.

Pero, ¿cómo era posible que aquello pesase tanto? Luego nos enteramos que los «gatos», que iban escoltándonos por fuera, ponían disimuladamente los antebrazos encima del Trono para que pesase más, empajándose de gusto.

A poco nos avisaron había una parada. Cambiamos impresiones mientras cogíamos resuello y reconocimos que no podíamos seguir. Lutero estaba amarillo del esfuerzo, el señor abad Mitrado también estaba harto, el que más y el que menos tenía el pescuezo rojo de la riga sin desbastar de los maderos. Alguien asomó la cabeza para ver en qué calle estábamos y calculó: ¡Sólo llevamos la décima parte

del recorrido. Habían pasado unos 15 ó 20 minutos y parecía un siglo!

Se tomó una heroica decisión: teníamos que largarnos. Su Santidad el Pontífice puntualizó, habría de ser por sorpresa y todos a la vez. «A la una, a las dos y las tres.» E imagínese usted la sorpresa de autoridades y encopetadas damas y caballeros, cuando de pronto una decena de jóvenes salieron corriendo debajo de un Trono, perdiéndose pies en polvorosa entre los altos callejones de Vegueta. Nunca se había visto la muy Noble y Leal Ciudad de Las Palmas ante tan apurado compromiso. Las autoridades y demás personal se miraban a los ojos como preguntándose: ¿Y ahora qué? Se acerca un importante clérigo a los seminaristas y les ordena: «Tenéissss que hacer un sacrifico por vuestrossss pecadosss, no tenéissss más remedio que llevarlo vosotrosss. Así que adentro.» Hubo un leve amago de resistencia. Al final, más muertos que vivos obedecieron...

* * *

La Iglesia Cubana recuperó rápidamente su buen humor. Con los bolsillos rebosantes fuimos a parar al bar «El Canario» por allí por el Potrero. Se pidió un estupendo malvasía de Lanzarote. Sirvieron baifo en adobo, papas arrugadas, carajacas y aceitunas negras del país. El cantinero acostumbrado a que le regateáramos hasta la última perra estaba asombrado. Se sumaron simpatizantes y Órdenes menores, fue un Concilio formidable, una de las libaciones más abundantes y ruidosas que organizó la tan famosa Iglesia Cubana. Al final se encendieron puros como chimeneas y hasta se tiraron algunos voladores.

A todo esto ya estaba anocheciendo, por la hora calculábamos que la Procesión estaría entrando ya. Alguien dijo,

vamos a ver como han aguantado los «gatos» a ver si se ríen todavía. Nosotros estuvimos veinte minutos, ellos tres horas y además, de gratis.

Asechándolos los vimos salir del Trono. La sotana enterregada, rasgadas las estolas, el bonete como un acordeón, las caras negras de arañazos y sudores. El que menos, tenía sus llagas en las manos y en los hombros, los más tenían su correspondiente ataque de histeria. Hubo que tenderlos sobre los bancos de la Iglesia para que se repusieran de sus fatigas. Los había tan baldados que no podían ni caminar.

Usted dirá que la Iglesia Cubana tenía muy mala uva y no es verdad. Lo que pasó fue que en el bar «El Canario» nos explicaron, que ellos ponían los antebrazos encima del Trono para jerirgarnos con el peso y ello nos envenenó la sangre. Si no hubiera sido por eso, seguramente nosotros habríamos cumplido. El caso fue que, «con premeditación y alevosía» —como dijeron los santurrones y los carcas—, se oyó una cercana voz que a coro entonó la siguiente canción:

Por poco trabajo
La Iglesia Cubana
Cobró su dinero
Y se fue de jarana.

Y luego:

En aras de Dios
fatigas pasaron
Quedaron tullidos
Y ni perra cobraron.

No cabe duda que la Iglesia Cubana era temible.

CAPITULO XIII

UNA TARDE DE FUTBOL

¿Quién en sus años juveniles no ha corrido tras una pelota? ¿Quién no ha participado en un partido de fútbol más o menos organizado? Antes había en la ínsula una inagotable cantera de futbolistas, me creo por dos motivos, una porque se podía jugar en cualquier sitio y a cualquier hora, en invierno y en verano, tanto en la playa o en cualquiera de las abundantes planicies que rodeaban la ciudad. El Campo del Polvorín —donde están hoy Los Paracaidistas—, La Cicer, El Marino, la Casa del Niño, etc., eran testigos de emocionantes pechas juveniles que —sucedía con frecuencia— si se trataba de barrio contra barrio, terminaban a la pedrada limpia.

Otro de los motivos de nuestra inagotable cantera era su aprendizaje: la pelota de trapo, sucedáneo de la sequía de balones de reglamento. Los pencos que dirigen ahora el deporte no se han percatado que cuando vuelvan a enseñar a nuestros niños con pelotas de trapo, en poco tiempo nos mearemos encima del Real Madrid, Barcelona, etc., por aquello del necesario «dominio» del balón. Los muy troncos prefieren poner a un portero, nueve defensas y un medio-punta como se dice ahora. Como para aburrir a cualquiera...

Por entonces, el conseguir un balón de reglamento era una proeza. Sólo los niños «litres» que tenían perras a destajo, eran propietarios de alguno, pero aún así era un problema. Le cuento el caso de cierto niño mimoso, que sus padres tenían sus buenas plataneras y él tenía un flamante

balón... que se lo llevaba para su casa si su equipo iba perdiendo. Sea como fuere, primero había que inflarlo por el pitorro y luego coser la boca con un grueso hilo carreto. Casi siempre el balón se quedaba agüevado y si usted al hacer un remate de cabeza cogía el pitorro, veía todas las estrellas del firmamento.

Los futbolistas de ahora se me antojan de mantequilla, que si menisco, que si distensión. Antes, la mayoría venía directamente de la «carga blanca» al campo de fútbol y los únicos lesionados que habían eran cuando en un intento de degüello alguna canilla arrancada de cuajo volaba por los aires.

* * *

Realizado este preámbulo, vuelvo a la llamada Iglesia Cubana. Cuando empieza esta verídica historia que le cuento, aún no estábamos debidamente organizados o sólo teníamos órdenes menores, no me acuerdo bien. El caso es, que un grupo de amigos de los Jesuitas se habían aficionado al deporte-espectáculo más o menos en serio. Y un buen día, aparecieron comentando que a los que fueran al fútbol con los Padres de dicho colegio, sólo se le cobraría la mitad del precio, más el transporte —que como verá más adelante era de lo más variado—, la única condición era guardar la organización que ordenase el colegio.

Como las penurias económicas eran permanentes, a todo el mundo le convino el trato y muchos muchachos del «Viera y Clavijo», «Instituto», etc., se apuntaron para ir al histórico «Pepe Gonçálvez», situado en el Muelle Grande, donde después estuvo la Fábrica de Hielo señaladamente.

Los principales equipos de la ínsula, ya lo recordará usted, eran el Victoria y el Marino, que cada uno por su lado

le dieron por los besos al Atlético de Madrid que se había quedado campeón de Liga y se creyeron que venían de excursión. En el partido contra el Victoria, un muchacho moreno de la Isleta él, llamado Alfonso Silva, mareó y toreó a los campeones de mala manera. Contra el Marino, un rubio casi un niño llamado Luis Molowny, los choteó con sus regates. Se volvieron a la Península cabizbajos y escaldados, mire usted como estaba el deporte por aquí.

También se armaban buenas cuando venían los chicharreros en son de guerra. Por cierto que ya sabrá usted que de la fusión del Marino y del Victoria con otros equipos, se fundó la Unión Deportiva. En Tenerife —ellos son así— cada cual prefirió hacer la guerra por su cuenta y así les ha ido...

El milagro, lo ha hecho la Consejería de Hacienda de la Comunidad Autónoma.

* * *

A primera hora de la tarde del domingo se reunían en los espaciosos patios del Colegio de Loyola los muchachos que querían ir, previo pago de su correspondiente óbolo. Luego se emprendía por las calles de Vegueta la caminata en una larguísima fila de dos en dos. Al llegar al Puente de Palo, en lugar de seguir Triana adelante, se tomaba por su paralela «La Marina», hasta llegar al Parque de San Telmo.

Un rodeo tan singular, nos lo explicó con toda seriedad un cura —mire que le estoy hablando de hace poco más de 30 años y no del siglo XII—, «porque a primeras horas de la tarde van a Triana muchas muchachas a pasear. Pueden haber miradas impuras, así que recomendamos ir con la mirada baja y preferible en oración». Desde luego, nadie hacía

caso del consejo ni siquiera los más carcas, ahora bien por «La Marina», tenías que ir quieras o no con la mirada bien gacha, o corrías el riesgo de darte un talegazo. El motivo, si usted no lo sabe o no lo recuerda, es el estado de dicha calle: sin aceras, agujeros y teniques por doquier, muros semiderruidos y cagajones y meadas de animales racionales e irracionales.

Uno de los primeros entretenimientos que se estableció, era ver quién se escabulía de la vigilancia del Torquemada de turno, pasaba por Triana, le guiñaba el ojo a alguna muchachita y volvía incorporarse a filas en el Parque de San Telmo sin ser visto.

Las muchachitas que paseaban pudorosas por la calle Mayor de Trina, la que más y la que menos, tendrá actualmente su buena baña y morcillones —el tiempo, amigo, no perdona—, pero entonces estaban encantadoras a pesar de sus nada favorecidos uniformes. Estaban Las Teresianas con sus blusas color arena, bien abrochadas las muñecas y hasta el último botón de arriba pegado al pescuezo, trincado y bien trincado. «Cuidado con ese último botón hijas», les advertían. Lo que se reirán ellas al recordarlo, con el despelote éste de ahora. Una especie de chaquetilla color marrón oscuro y falda hasta casi los tobillos del mismo color. Por encima de los zapatos se advertían gruesas medias de color claro.

Las Dominicas sólo variaban por la tonalidad. Blusas y medias blancas y negro el uniforme y los zapatos. Las del Viera y Clavijo de aspecto más deportivo: blusa blanca, coqueta corbata azul eléctrico y falda gris —que atrevimiento de colegio hay que ver, murmuraban los carcas— sólo hasta las rodillas.

Pues bien, algunos lograban pasar por Triana y luego de decirle a alguna muchachita cualquier inocente broma, incorporarse al colectivo en el Parque de San Telmo. Allí

—y aunque a usted esto le parezca una pesadilla— Torquemada amenazaba con terribles castigos del infierno a los que se habían expuesto a ocasión de pecado. A Ruperto Fleitas casi le cuesta la expulsión del colegio.

Frente al Frontón Las Palmas exactamente, se tomaba la traqueteante locomotora, popularmente bautizada por «La Pepa». Así se la conoció, hasta que la arrimaron, porque su viaje inaugural lo efectuó un 19 de marzo, día de San José señaladamente. La «Pepa» hacía una breve parada en Lugo, una segunda en el Hotel Metrópole, la tercera en el actual Club Náutico y la cuarta y última en el Parque de Santa Catalina, para terminar en la plaza del Puerto. El viaje también resultaba de lo más entretenido: dos bandos, la Iglesia Cubana y los carcas, hacían la guerra de pirinolas —que usted podía coger en la Plazuela o en San Telmo— y ya sabe usted lo que duelen. La plataforma que ocupaba la temible Iglesia Cubana se entretenía en hacer ejercicio de puntería sobre el bonete de Torquemada con variado éxito. A veces por error, el proyectil provocaba la cólera de cualquier sufrido viajero, que bastante tenía con aguantar la carbonilla que dejaba los trajes hechos una miseria.

* * *

Vuelvo cogerle el hilo a la cometa de esta narración verídica. Aquella tarde jugaba el poderoso Victoria con un modesto, el Unión Marina. La mayoría de los miembros de la incipiente Iglesia Cubana eran victoristas y esperábamos impacientes el resultado. El Victoria había hecho la peor temporada de toda su historia y necesitaba ganar.

Puede usted, si quiere, consultar los archivos del deporte porque va a creer que lo que le voy a contar es mentira. El Victoria salió en tromba y metió cuatro goles como cua-

tro soles, incluso Santiaguito Déniz —que luego tuvo el negocio de los Galgos— le regaló un penalty por pena al Unión Marina. Así el 4-0 hasta el minuto 85, cuando el valeroso Rafael Álamo que a sus sesenta y pico de años lo puede ver usted correr por las Alcaravaneras más aprisa que algunos futbolistas de ahora, en los últimos cinco minutos Rafael Álamo como le digo, puso el marcador 4-4. El entonces minúsculo barrio de Lugo fue una fiesta.

Vuelta a Las Palmas. Fue tal la calentura de la Iglesia Cubana, que ni siquiera participamos en la última diversión programada. Consistía que el clero, para poder regresar sin atrabancos, tenía apalabrada una falúa que nos llevaba raudos al Parque de Santa Catalina. Así, daba tiempo a coger aquellas guaguas estilo «caja de fósforos», antes que llegara el genterío andando del Muelle Grande. Si esto ocurría había que esperar una hora o más...

La travesía en falúa era divertidísima, pues en un momento determinado, todos, carcas y cubanos, fingían caerse a un lado escorando la embarcación más que el Minerva en bolina. Más de una vez, el celoso guardián de la moral juvenil cayó rodando al fondo de la falúa con ira contenida, hasta una vez hubo que volver atrás porque el bonete se le fue al agua. Como usted verá, nosotros la pasábamos negras, pero nos cobrábamos todo lo que podíamos.

Luego ya en la guagua, Torquemada aflojaba la vigilancia y cada cual se bajaba donde quería. Como era habitual, la Iglesia Cubana se bajó en Triana para la hora del moceo, pero aquel día con el 4 a 4 nadie tenía humor. Para colmo, apareció por allí Pancho Trabuco que era marinista acérrimo y empezó a darnos la tabarra con el dichoso empate.

Para completar la calentura, Pancho nos soltó una bomba que terminó por encochinarnos. Él estaba emparentado con no sé qué personalidad del fútbol y lo sabía: los curas nos entraban al fútbol gratis, era un acuerdo entre los Je-

suitas y la Federación de Fútbol. «Eso es para los niños infieles de la India», habían explicado. Habíamos hecho el indio. Estábamos tan calientes que aquel día las muchachitas se aburrieron, nadie les hizo caso.

Nos consideramos estafados y enseguida empezamos a rumiar un plan para recuperar las perras. Y vaya si las recuperamos. Pero eso se lo contaré el próximo domingo, que eso sí que tuvo miga...

Usted me perdonará porque sin darme cuenta, esta vez más que de la Iglesia Cubana, le he descrito una estampa de la ciudad, de sus usos y costumbres. Pero el próximo domingo, amigos, será distinto. Ya se lo contaré...

CAPITULO XIV

LOS NIÑOS INFIELES SE VAN DE EXCURSION A MASPALOMAS

La variopinta Iglesia Cubana se va de excursión al Sur. Entonces, el llegar a Maspalomas era algo así como ir a Polonia o a Noruega, muy pocos isleños conocían aquel paradisíaco lugar. Con rústicas mochilas repletas de numerosas viandas —ya que allí no se encontraría un alma en varios kilómetros a la redonda— todo el Sacro Colegio aparece puntual por la calle Bravo Murillo.

El viaje se prevé largo y pesado, todo el mundo se apresta a sacar el billete, en las oficinas de los coches de Melián o de «Hora», que fueron tan populares en toda la ínsula y que usted recordará pintados color yema de huevo.

Sepa usted que durante largo tiempo, el billetaje para cualquier lugar de la isla costaba a perra el kilómetro, así a Telde costaba 1,30, a Gáldar 4 pesetas, sétera. A Maspalomas no llegaba, nos bajaríamos en el actual Cruce de Arguineguín con la carretera al Faro. Costaba por entonces la importancia cifra de 6 pesetas por barba, ya las cosas estaban poniéndose «carísimas».

El vehículo se pone en marcha, carraspeando Triana adelante. Puente de Palo, Las Tenerías, San Cristóbal, una estrecha cinta rodeada de casas de pescadores y cercados de plataneras, papas y millo. Después, La Laja y el Túnel a la vertiginosa velocidad de 20 kilómetros hora. Larga parada en Jinámar y otra más prolongada en los Llanos de Telde.

La temible Iglesia Cubana mata el tedio cantando canciones irreverentes que siento no poder ponérselas. Después Cuatro Puertas, Ingenio, Agüimes... hasta aquí el viaje era más o menos «normal», es decir, con una serie de paradas establecidas de antemano.

A partir de aquí, el caserío se disemina, la carretera es a veces asfalto a veces pista y siempre zarandeos por los baches. El polvo se mete por los ojos, un sol de justicia. Vecindario, Sardina del Sur, Juan Grande son cuatro casas no el genterío de ahora. No hay paradas, cada cual baja o sube cuando le da la real gana. El isleño de entonces no tenía prisa, nunca tenía prisa, tranquilitos que «aquí no vamos a vivir». El personal viajero mete y saca gallinas, cabras, cestos de papas o tomates, todo lo imaginable. El chófer por su cuenta también hace sus pausas, bien para echarle al radiador baldes de agua, bien para largarse sus tanganazos de ron en cualquier tienducho. Al fin, a las cinco horas o más, la Iglesia Cubana, se baja en el cruce, el coche sigue para Arguineguín. De allí al faro, andando por una senda de burros.

En el Faro hay una cadena que impide el paso. Un guardia con cara de bardino y un bardino con cara de perro. «Si no traen permiso del señor Conde —nos dice— nadie puede pasar.» Le prometemos sólo vamos a bañarnos y a acampar unos días, por supuesto juramos no dejar ningún desperdicio. Al final, se le dan unas pesetas y el hombre ablanda. Pasamos a la playa y a las dunas.

No hay pluma que pueda describir el lugar. Pero para que te dé envidia y para que te fastidies, amigo lector, voy a decirte algo sobre lo que fue aquéllo. Principio por decirte que en los tres días que estuvimos no vimos absolutamente a nadie, igualito que ahora... Una limpieza sobrenatural, un paisaje sobrenatural, una playa sobrenatural, algo de inigua-

lable belleza. Daba hasta cierto miedo, pisar aquellas dunas vírgenes de huella alguna.

Acampamos junto a «La Charca», limpio lago, donde —aunque usted no se lo imagine— nos bañamos con enorme placer. Alcaravanes, mirlos, tordos, un concierto pajarero en do sostenido mayor. Cercano un enorme cañaveral y algo más lejos sobre el palmeral volaban las aguilillas y los guirres persiguiendo a los conejos. Al anochecer, palmípedos de gran porte —grullas, me parece, de paso para el continente— llamaban insistentemente a su pareja. Bajo un cielo de pizarra, los patos chapoteaban en el lago, más allá la adormecedora canción del eterno oleaje...

Las numerosas viandas tenían que estar a cubierto bajo la tienda de campaña», más bien rústico tendido de sábanas y mantas viejas, mientras el vino y la cerveza de remojo en el lago metidos en un cesto viejo. ¡Qué tres días caballeros! Pero, ¿de dónde salieron las pesetas para aquella excursión? Es realidad, me he trabucado en el orden y he empezado por el final.

Esa es la verídica historia que ahora empieza.

* * *

El último domingo le expliqué que el clero nos llevaba al fútbol cobrándonos la mitad de la entrada. Ya le dije, nos envenenó la sangre sobremanera, cuando supimos que la media entrada se la tragaban los hijos de San Ignacio, por mor de no sé qué acuerdo entre el Estadio y ellos, nos entraban en realidad gratis.

Pues bien, a poco de aquella desventura empezó en dicho colegio una cuestación para los niños infieles, los pocos cubanos que estaban en aquel colegio, iban informando al Sacro Colegio del desarrollo de los acontecimientos, pudiendo

así preparar cuidadosamente la revancha que iba a ser sonada.

Principiaron por repartir entre todos los muchachos unas huchas de cartón-piedra con chinitos dibujados. Al final de cada semana —fíjese que astucia para sacar dinero— el padre Inspector de cada curso procedía a abrirlas una a una, explicando en alta voz el nombre del recaudador y el total de lo recaudado. Una forma psicológica para obligar a todos.

Así, cada sábado y reunida solemne toda la clase, el inspector llamaba, «fulano de tal», se acercaba el interpelado y decía: «Cuatro pesetas, sólo regular hijo, has de perseverar», comentaba con voz fañosa. «Zutano de tal, dos pesetas, estás en grave pecado, confiesa de tu pereza», etc.

En cada reunión se anotaba el total recaudado por cada curso y luego se apuntaba en un gigantesco «termómetro» situado en el patio central. El termómetro iba subiendo a medida que pasaba la «zafra», creándose enseguida una feroz competencia entre los diversos cursos. Particularmente los lunes por la tarde era el día de mayor posibilidad recaudatoria y le voy a recordar el motivo: era corruto en toda la ínsula, tanto entre las niñas suspirantes, las señoritas con novio formal, como entre las jamonas más o menos jubiladas, la convicción de que si el lunes se le pedía a San Nicolás que las llevasen a los altares, el deseo se veía cumplido. Así, los lunes por la tarde, los postulantes asechaban en los alrededores de la Alameda de Colón, justo en la subida a la Ermita del Santo Patrono del Risco, a la nube de féminas que subían a ver al Santo, consiguiendo sabrosos dividendos.

Como usted habrá comprobado los hijos de Loyola eran verdaderos expertos en las artes financieras, pero ¿qué demonios tendría que ver todo aquel tinglado con el cristianismo?

Se me olvidaba decirle que el día de la inauguración del Campeonato Crematístico, el padre Rector reunió al alumnado en el extenso patio y les recalcó que «lo principal para conquistar las almas infieles era la oración, que tenía un valor infinito, pero que —insistió— el dinero era también necesario y que había que hacer un esfuerzo para sacar lo más posible». Y a continuación metió sabiamente un dardo envenenado: «Al curso que obtuviese la victoria, se le darían tres días completos de vacaciones.» Ya me dirá usted...

Pues como le estaba diciendo, estábamos furiosos con la «media entrada» que nos habían birlado durante la temporada futbolística, el que más o el que menos, había ido sus diez o doce veces, aquello significaban unas buenas pesetas que había que recuperar vaya que sí. Había que estudiar un plan, a tal objeto se convocó un Concilio para estudiar el caso. El abad Mitrado informó que en la clase de séptimo donde él estaba, el padre Inspector depositaba cada sábado las huchas de todo el curso encima de la tarima. Durante media hora subía a la cocina para largarse su buche de café bien cargado, pequeño vicio del que al parecer no podía prescindir. Durante este intervalo toda la muchachada era lanzada al patio y la clase se quedaba sola. El ventanal del aula daba a la calle, si bien a una respetable altura...

Nos podía haber costado un lío gordo y bien gordo, pero se hizo. Se había acordado en un Concilio y lo que se acordaba en un Concilio se hacía. Pero además iba a ejecutarse con regodeo, premeditación y alevosía.

Monseñor el abad Mitrado se asomó a la ventana e hizo la señal, no hay nadie. Fray Juan, flaco como una alcayata porque sólo se mantenía de agua y lechugas, tenía la agilidad de un gato. Se asió rápido a un cordel que le lanzó monseñor y subió en un periquete. Entre los dos fueron solimpiando las huchas, vaciándolas por abajo y volviéndolas

a pegar con goma. En cada una de las huchas se metió dentro de un papel escrito...

La operación duró así como un cuarto de hora. Los que estaban esperando en la calle contenían la respiración, parecía que había pasado un siglo. Lutero el pesimista auguraba un negro final. Al final, un suspiro de alivio colectivo. Fray Juan saltó fuera con los bolsillos a reventar...

* * *

Después de su buche de café calentito, el padre Inspector parece más aplomado. Palmea en el patio, llamando a los alumnos al recuento sabatino.

Toma al azar una hucha, y lee el nombre del alumno que aparece por fuera: «Pepito Pérez», dice con voz gangosa. Se acerca el interpelado y abre la hucha para contar el dinero. No hay nada, saca sólo un papel y lo lee en alta voz: «La oración tiene valor infinito, esta semana he colaborado con 200 oraciones.»

Bien, muy bien, carraspea el clérigo desconcertado, eso está pero que muy bien. Efectivamente, eso fue lo que dijo el padre Rector, ya ustedes lo recordarán. Aquí tenéis a un joven ejemplar, dijo señalando al aturdido muchacho que no comprendía qué había pasado.

Llama al segundo y había colaborado con 200 credos, al tercero con diez rosarios, el cuarto con 300 padrenuestros. El padre Inspector pasa de su verdoso habitual al pálido, del pálido al rosa, del rosa al salmonete, del salmonete subido al color ciruela negra. Al fin explota. Delante de él está el señor Abad Mitrado. «Dime —le espeta—, ¿dónde está el dinero?»

La oración —le responde impertérrito monseñor— tiene un valor infinito. Ahora déjate de boberías —dice subiendo

el tono hasta convertirlo en espérrido—. He preguntado que dónde está el dinero. Algo raro se huele el inspector. Ordena vaciar las maletas, nada. Registra los libros, nada. Registra las carpetas, nada. Hace vaciar los bolsillos de los alumnos uno a uno y nada, no aparece lo que se dice ni una perra.

De pronto se calma y se sienta. Una calma de marea negra del Pino. Bueno, está bien, dice finalmente con voz desfallecida. Coja cada uno su hucha y lárguense todos, pero oídme bien, la próxima semana al que me rece una oración lo degüello... So cabrones, se le oye bisisear sombrío.

Llegamos a la cervecería «La Salud» por allí por fuera de la Portada. Todo el Sacro Colegio en peso se da una tremenda ensopada de cerveza y berberechos, aquellos berberechos de antes, grandes como garbanzos. Por entonces aún no le habíamos pegado de firme al ron. De allí, salimos a aquellas antañonas tiendas de aceite y vinagre, allí había de todo: laterío, queso, pan bizcochado, leche condensada, azúcar, botellas de malvasía.

Y al día siguiente, la muy temible Iglesia Cubana, se va al Paraíso perdido que tuvimos que se llamaba Maspalomas...

DEDICATORIA:

"Luis: lo hermoso y lo práctico no siempre caminan en la misma dirección. A veces tropiezan y se producen tremendas colisiones. Demasiado sensible para soportar lo vulgar. Insufrible ante lo feo. Demasiado alto, veías como en este mundo sólo suben las hormigas que trepan por los árboles, luego de haberse arrastrado por los suelos. Dime Luis: ¿Acaso habrá alguien que se atreva a juzgarte?"

ANÓNIMO CANARIO *(La Provincia,* 21-3-86)

* * *

Sr. Don Agustín Millares Sall:

Admirado poeta y querido amigo: No sabe cuánto le agradezco el «tirón de orejas» que me dio en plena calle Mayor de Triana, cuando me echó en cara el haber dejado inconclusas las verídicas historietas de aquella singular agrupación llamada Iglesia Cubana, que nos consta tanto hicieron disfrutar a los lectores de *La Provincia.*

Como usted sabe, la tal Iglesia —de la que fui uno de sus más fieles cofrades— tuvo en vilo a la entonces recoleta y provinciana ciudad de Las Palmas de Gran Canaria durante los años cincuenta, una urbe soñolienta y tranquila a la que había que despertar a aldabonazo limpio, una ciudad que uno de sus principales encantos —mire qué cosas— era el aburrimiento.

La rutina por un lado y los tremendos deseos de saber que teníamos los miembros de la admirada, temida y variopinta institución por otro, nos hacía agudizar el ingenio de tal forma, que he llegado a la firme convicción, que a pesar de aquellos potajes con garbanzos de antaño en lugar de los solomillos de ahora; a pesar del martirio de los Correíllos interinsulares en lugar del avión y del Jet-Foil; a pesar de las excursiones a pie y del coche de «Hora», en lugar del utilitario; a pesar del puritanismo en lugar del destete y del despelote; a pesar de las periódicas plagas de langosta en lugar de la Recaudación de Hacienda, le repito que he llegado a la firme convicción que nuestra juventud fue mucho más feliz que ésta atoletada de ahora, que de tantas cosas que tiene, no valora el disfrute de ninguna.

Después de pensármelo bien, he llegado a la determinación que tiene usted toda la razón, que no hay derecho a dejar las cosas a medias, no señor. Así pues, después de largo silencio, empiezo a enviarle algunas inéditas mataperrerías de la famosa Iglesia Cubana, para que usted las remita a *La Provincia* si a bien lo tiene. Le confieso que tendré que estrujarme los sesos seleccionando mis recuerdos, pues como usted comprenderá sólo le puedo enviar aquellos que se pueden contar...

En este período de tiempo me han ocurrido un sinfín de cosas, unas agradables y otras no tanto, la vida es así. Entre las satisfacciones puedo contarle la anécdota que me encontré un viejo conocido y que después de los saludos de rigor nos dio por hablar de política. De pronto me ataja brusco y me dice: «Mira Cantero déjate de boberías, la única cosa sería que se ha inventado en Canarias después de Franco fue la Iglesia Cubana. La única agrupación que funcionó fue el grupo juvenil de ustedes. Lo demás son machangadas, ¿o es que no ves a los políticos rabos de vaca de ahora?»

Naturalmente esto serán exageraciones, mas confiésole don Agustín una pequeña vanidad: quedé más ancho que un balayo de puro satisfecho. Y algo de cierto ha de haber en todo ello, cuando contemplamos los desesperos de los políticos por ocupar un puesto. Pobre gente...

En cuanto a tristezas, una y muy grande: Luis, uno de los principales protagonistas, el amigo de tantos años, el entrañable compañero ya no está entre nosotros. Emprendió el último viaje del que nunca se vuelve, dejándonos la boca amarga y la imborrable memoria de miles de recuerdos.

Sin duda fue él quien azuzó nuestras inquietudes, abriéndonos un ventanal para mostrarnos un panorama distinto al oficial. Quizá ha sido eso, lo que me ha decidido a escarbar en mi memoria y seguir escribiendo.

Así, pues, don Agustín, todo lo que le envío desde ahora es un homenaje de gratitud a aquella alma grandiosa. Cada domingo a partir de ahora tendré la añoranza de una cita con mis lectores.

Hasta la próxima semana, un afectuoso saludo.

CAPITULO XV

DE CUANDO MARTIN EL CAMBADO PAGO EL CONVITE Y ENCIMA TUVO QUE IR AL MEDICO

Como usted sabe, la famosa Iglesia Cubana era odiada por algunos, admirada por muchos y temida por todos. Sus hechos producían regocijo o indignación, según. Entre sus admiradores los había de dos clases, los que sabían discernir entre lo serio y la broma y se integraban de buen grado a la tertulia intelectual. Eran los más y de allí salieron magníficas amistades.

Pero hubo ocasiones —pocas— que algún taita o medio loco se empeñaba en tomarla en serio. En tales casos siempre resultaba al final, que era peor ser «creyente» que enemigo declarado, que ya es decir. Ese fue el singular caso del personaje que encabeza la historia que ahora comienzo...

Martín el Cambado —llamado así por alguna rara enfermedad que le dejó torcido el rostro— era lo que se dice un sanana. Hombre de cortos alcances, le dio por admirar a la Iglesia Cubana y a tomársela en serio. Demasiado en serio.

Después de charlas interminables entre Martín y algunas dignidades de la Iglesia, en las que se mezclaba admirablemente lo serio y el pitorreo, empezó a resultar más pesado que un plomo. Al principio había caído bien, más su emperramiento en disparatar sobre teología, terminó por hartar al personal que no sabía como despegárselo.

Martín decía que sí, que todo lo que afirmábamos era verdad, que estaba incluso dispuesto a bautizarse, pero lo único que se empeñaba en negar era que la Iglesia Cubana hubiese hecho milagros. Por lo visto había oído hablar de aquella sonada aparición en Teror, una víspera de las fiestas de Nuestra Señora del Pino señaladamente según ya comenté en su día, cuando un cubano apareció en un árbol disfrazado con una sábana y casi tuvimos que ver al final con la Guardia Civil, puesto que hizo caer a muchas viejas en éxtasis y soponcios. Negaba obstinadamente el hecho, afirmando el muy descreído que había sido algún truco nuestro.

Era realmente curioso la cantidad de medios locos y taitas que andaban sueltos por la Ciudad. Por lo visto uno de ellos era Martín el Cambado, que se había empeñado en entrar en la Iglesia Cubana.

El Cardenal Primado bramaba indignado: «La culpa es de ustedes, primero aceptan a todos los chiflados, les dan cobijo, se tronchan de risa y luego no ven la forma de quitárselos de arriba.» Tenía desde luego toda la razón, no había más remedio que hacerle alguna mataperrería al Cambado, para escaldarlo y ahuyentarlo.

Cuidadosamente, paso a paso, con el mismo ruido que hace un gato al bajarse de un poyete y como sólo sabe hacerlo un canario de los de antes, se le vigilaron al Martín sus idas y venidas, se estudiaron sus puntos flacos al objeto de prepararle la gran montada de un milagro.

Como usted sabe tales tareas eran encomendadas a los aspirantes a Órdenes Menores y otros admiradores.

Para completar el cuadro, diréle que Martín el Cambado se ganaba la vida cobrando recibos, de cierto mayorista que vendía a plazos. Pateaba la ciudad como un perro, desde la Isleta a San Cristóbal con un maletín negro a rastras, cayéndole arriba a los morosos, que tanto antes como ahora han sido una plaga. Su insistencia honrada le costaron por-

tazos en sus mismas narices, arrempujones y hasta alguna piña. «Morosos del diablo, manada de gentuallo —rezongaba como un bardino— me hacen gastar media paga en suelas de zapatos.»

Martín era —se lo puedo jurar— honrado a carta cabal y liquidaba con el gorrón de su jefe con toda puntualidad. Nunca se le pudo echar en cara la falta de una perra y por eso era apreciado.

* * *

Por aquella época y por corto tiempo, a algunos miembros de la Iglesia Cubana, les dio por recalar por el «Suizo». Para los que no lo sepan o no lo recuerden, el «Suizo» era un popularísimo bar, situado encima de nuestro padre el Guiniguada, justo sobre el Puente de Palo. Desde sus ventanas traseras se contemplaba hacia el Poniente el barranco en toda su anchura, a la izquierda la señorial Vegueta y a la derecha la activa y comercial Triana. Era centro de reunión de la bohemia de la Ciudad.

Cierto día, y a primera hora de la tarde, apareció por allí Martín el Cambado. Después de un rato de charla banal, Martín anunció a algunos cubanos aparentemente distraídos, que tenía que marcharse para ciertos cobros en Vegueta. Y cogiendo el maletín con sus papeles traspuso.

Casi al segundo, dos altas dignidades de la Iglesia picándose el ojo salieron embalados, tomando a toda prisa por otras calles, para adelantarse al Cambado al lugar de su destino que ya sabíamos: un caserón de la calle de San Marcos me parece, donde vivía uno de esos individuos «resisitidos a pagar».

¡Ya viene! Dijo al fin uno de los purpurados cuando lo atisbó desde el zaguán. Metiéronse rápidamente por la ca-

beza sendas medias negras con sus correspondientes agujeros y esperaron brevemente.

Aparecer Martín y encañonarlo con una pistola de juguete fue todo uno. Quedóse más cambado que nunca, amarillo y sin resuello, más muerto que vivo se escurrió pared abajo lentamente, quedándose sentado en el oscuro zaguán del vetusto caserón, desesperado y cabizbajo. Los dos cubanos tomaron el maletín y volaron al «Suizo».

* * *

A poco aparece Martín. Viene con un ataque de histeria, tiembla como un azogado y da gritos. No se le entiende lo que dice, hay que sentarlo a la fuerza y darle tila por garrafas. Dice ha sido objeto de un atraco y quiere ir a la Comisaría a denunciar el hecho, le habían quitado el maletín con los recibos y el dinero. Aúlla que le habían apuntado con una ametralladora.

¡Pero Martín tú estás loco, eso es imposible! Se le dijo. Si precisamente comentamos que te lo habías olvidado aquí. Interviene entonces un camarero, convencido para que participara en la broma. Se dirige imperturbable al Cambado y le dice con toda seriedad: «Efectivamente, señor Martín, aquí está su maletín, yo se lo guardé. ¿Es éste, verdad?»

Mira, Martín, díjole con voz de bajo el diplomático de la Iglesia Cubana con toda solemnidad, posiblemente sea un castigo de Dios por tu incredulidad, seguramente fue el diablo quien te hizo soñar toda esa terrible pesadilla. ¿No decías que nuestra Iglesia no hacía milagros? Pues mira, aquí tienes uno, es una advertencia y un aviso. Ten cuidado Martín, puede ser un castigo.

Convencido al parecer por tales argumentos, Martín se calma repentinamente e invita generoso a todos los presentes

a una corrida con su correspondiente taperío. Luego una segunda y tercera vueltas. Mientras las dignidades de la temida Iglesia Cubana beben y comen apaciblemente, lo miran por el rabillo del ojo. Se rasca pensativo el pescuezo y se da de palmadas en la frente de vez en vez. A intervalos toma lentamente la cartera, la abre y recuenta una u otra vez su contenido. Casi al final de la reunión pidió ser bautizado.

Ya sabe usted en qué consistía el rito: se tomaba una jarra de vino perrero y se la echaban por la cabeza al iniciado. Sucedía con harta frecuencia que el vino se desparramaba «por casualidad» quedando el converso hecho un asco. Como dijera mucho después el propio Martín: «El vinu, se me fue esparda abaju hasta mojarme hasta el mismo culu.»

Finalmente Martín el Cambado se despidió, antes de marcharse llamó misteriosamente aparte a determinado purpurado y le preguntó: «Dime la verdad, Matías. ¿Tú crees que yo estoy loco?» Que no hombre que no, no seas pesado, ya te lo hemos explicado, tú estás sano como una manzana, fue una pesadilla obra del diablo en castigo a tu incredulidad.

Y ante el regocijo de parroquianos y mirones, Martín púsose de rodillas, besó el anillo cardenalicio y salió. Todo el mundo reventaba de risa, más nadie columbró siquiera un amago de guasa, las caras eran como un funeral, así es el humor negro de nuestra tierra.

Luego se supo el resto. El Cambado llegó a su casa sin habla, los ojos como chernes, el pelo empegostado de vino, todo el cuerpo apestando a bebida. Se acostó abrazado al maletín.

Al día siguiente se levanta temprano, va a la oficina a liquidar los cobros de la semana. Había logrado una buena zafra, así que rinde cuentas a entera satisfacción del jefe, tanto que éste decide sobre la marcha darle una especie de

sobre-sueldo. Por una rarísima casualidad, la cantidad era casi exactamente la misma que se había gastado el día anterior, cuando invitó a las dignidades de la temida Iglesia Cubana a algunas libaciones.

Todo pues le había salido perfecto: había mantenido su buena reputación ante la empresa, tenía en su haber un dinero que él había soñado que le habían robado y para colmo, el gorrón de su jefe que era más trincado que el Porteño en bolina, le había regalado la misma cantidad que se había gastado en invitaciones.

O bien era un milagro, o tal vez era...

Dijo que tenía que ir al puerto para un asunto muy particular. Se dirigió por allí por la playa de Las Canteras. Alguien le vio entrar a grandes zancadas en el zaguán de un despacho, en la puerta colgaba un rótulo que decía:

DR. O'SHANAHAN. MÉDICO PSIQUIATRA

CONCLUSIÓN

No vayas a creerte, amigo lector, que la Iglesia Cubana fue abusadora. Sábete que a poco, los progenitores de algunos purpurados movieron influencias y a Martín se le pudo conseguir un empleo mejor.

Él quedó agradecido, aunque aún se le nota cierta rasquera. Lo vi no hace mucho, después de saludarnos agachó el morro como para entrar al cable y me dice: «Miri, di Religión no quieru que me jable, ¿oyó?»

Capitulo XVI

De cuando la policia se convencio que la Iglesia Cubana estaba loca

La Iglesia Cubana nunca se metió en política, al menos oficialmente. Aunque la verdad sea dicha, muchos de sus miembros no perdían la ocasión de burlarse del viejo Régimen, desde el púlpito de la Plazuela. Y cuando el interlocutor no era del mismo parecer o se ponía pesado, se le mandaba a callar bajo amenaza de una fulminante excomunión o se le mandaba a paseo, que era lo mismo.

Cuando digo que nunca se metió en política, no quiero decir que algunos de sus miembros no se metieran. Sí que se metieron y mucho. Y les costó bastante, aunque ninguno se arrepintió de ello.

Cierta vez, sin embargo, la Iglesia Cubana sin apenas darse cuenta, casi se entremete en política «oficialmente». En tal ocasión, tanto el Pontífice, como Cardenales, Obispos, abades, priores, Órdenes Menores y demás contertulios, escapamos por el canto de un duro de ir colectivamente a Barranco Seco. Ayudados por una verdadera casualidad que paso enseguida a relatarle, la policía terminó cabalmente convencida que estábamos locos de atar.

Ya recordará usted que el humor y la coña era lo que tenía desconcertados a nuestros escasos antagonistas, todo el mundo se preguntaba si aquella secta pintoresca era en broma o en serio, nadie sabía donde estaba la línea que

separaba lo uno de lo otro. Y nosotros tampoco, esa es la verdad...

Pues sucedió que el Gabinete Literario, esa centenaria Sociedad de orgullo de Las Palmas de Gran Canaria, organizó lo que tituló «Diálogos para la convivencia» [1]. Sería estirar esta historia más de lo conveniente, recordarle los innumerables problemas burocráticos que hubieron de salvarse para obtener el correspondiente permiso gubernativo: una verdadera carrera de obstáculos.

La idea era organizar unas charlas sobre cualquier tema social, en las que podrían intervenir cuantos individuos quisieran. Como la censura era tremenda, cualquier espita que se abriera obraba milagros, por allí iban a colarse una catarata de críticas al Régimen, eso se olía a la legua.

Pero al frente de la centenaria Sociedad, estaba un caballero de talante decididamente liberal, que creyó oportuno sostenerlas. Él estaría «al quite» para que las embestidas no se pasasen de rosca, lo que había que evitar, si no se quería que la autoridad gubernativa acabase con aquellas charlas de la usual forma democrática de entonces: prohibiéndolas al palo y tente tieso. Por cierto que el Ministerio de «Difamación y Turismo» —como popularmente se le conocía— estaba férreamente controlado por el demócrata de toda la vida, Manolo Fraga Iribarne. Cosas.

Pues ocurrió lo que tenía que ocurrir. Un miércoles dieron principio a los «Diálogos para la convivencia» con la prohibición expresa de cualquier anuncio en medios escritos o hablados, sólo se autorizaba una discreta nota en el vestíbulo de la Sociedad. Así y todo, en la primera sesión mucha gente. A la siguiente semana, lleno hasta la bandera y

[1] Nota del autor: Estos diálogos tuvieron lugar en los años sesenta. A finales de los cincuenta, hubo una serie de reuniones a las que le doy idéntica denominación.

al tercer miércoles, se tiraba un naranja al suelo y no se podía coger. Con las reprimidas ansias de libertad, el personal se tiró como perros a la carniza.

Las lenguas empezaban a desatarse peligrosamente y ya la prestigiosa Sociedad había sido advertida al orden. Se recomendaba inútilmente a los partícipes que refrenasen sus ímpetus, todo en vano aquello iba «in crescendo».

Para poder continuar, apareció una nueva exigencia gubernativa descaradamente intimidatoria: en el vestíbulo se situaría la policía, que tomaría nombre y profesión de los que iban a intervenir, una vez confeccionada la lista, nadie más podría hablar.

* * *

Pues ocurrió al cuarto o quinto miércoles, que toda la Iglesia Cuabana en peso se dio cita en la calle Mayor de Triana, para ir juntos al Gabinete Literario. Ya sabe usted cual era el paseo: desde Estudio Moderno a esquina de Domingo J. Navarro y siempre por la banda de sotavento, que fue una manía que nadie ha sabido explicarse. No recuerdo el motivo, pero por añadidura la mayoría teníamos el pico caliente y la lengua afilada.

En tropel dirigimos nuestros pasos al Gabinete, habíamos acordado en rápido Concilio que sólo hablaríamos dos: el Pontífice y determinado Cardenal. Por cierto, que su Eminencia había aparecido con un jersey negro cerrado hasta el cuello bajo su chaqueta. Por entonces, algunos curas empezaban a utilizar el «cleriman» en lugar de la clásica sotana. Tuvo que soportar algunas bromas acerca de su indumentaria, talmente parecía un cura.

Aquella vez se sumaron a la comitiva muchas niñas, cosa rara pues huían de nosotros como alma que lleva el diablo.

«Niñas, con esos herejes no las quiero ver», les aconsejaban prudentemente sus gordas madres. Seguramente fueron en la morbosa curiosidad de comprobar, si éramos capaces de hablar públicamente contra el viejo Régimen.

Total, que llegados a la vera de la prestigiosa Sociedad, su Eminencia se paró a saludar a una persona, al tiempo que gritaba al grupo que ya subía por las escaleras de mármol: «¡Apúnteme alguien para intervenir, no sea que se cierre el cupo!»

Se acerca un cubano a la pareja policíaca —ni amarrado diré quién fue— y da un nombre y profesión. Como verá, tuvo una importancia decisiva en lo que pasó después...

* * *

Empieza la sesión. La Mesa es moderada por diversas personalidades de la cultura insular, así como algún miembro de la propia entidad organizadora... y responsable. Toma la palabra la presidencia que hace un breve llamamiento a la moderación. Después se registra la primera intervención, el personal se remueve inquieto como si tuviera moscas de caballo. Sería el sofoco y el calor.

Luego anuncia la segunda, va a hablar un joven letrado llamado Fernando Sagaseta, que lanza el primer jaque al rey, si bien en un tono relativamente comedido, quizás el límite de lo entonces tolerable. El presidente de Mesa se limpia de vez en cuando el sudor de su frente, mientras la presión ambiental aumenta por momentos.

Se anuncia ahora el tercer orador, se trata del pontífice de la temida y admirada Iglesia Cubana, de profesión estudiante.

Durante un buen rato, todos pensábamos que su Santidad había perdido el juicio. Puedo jurarle que ha sido el

ataque más duro, la sátira más mordaz que nunca haya escuchado contra el Movimiento inmóvil. Una brillantísima pieza oratoria sin la menor «chuleta» a mano, como acostumbran la mayoría de los políticos rabos de vaca de ahora. Toda la sala estaba de piedra, tengo el firme convencimiento que si nadie interrumpió la alocución, fue más por estupor que por otra causa. La Mesa lo miraba aterrado, la presidencia parecía haberse enguruñado como una aceituna de Temisas.

Al fondo, dos policías de paisano bisiseaban entre sí. Lo que había dicho Sagaseta del viejo general, eran flores comparado con lo que estaba diciendo el Pontífice, todo el mundo pensaba lo mismo: esto se interrumpe ahora y de aquí a Barranco Seco, en temporada de vacaciones forzosas. Finalizada la intervención, la sala estalló como un trueno, los aplausos hacían retemblar los cimientos de la Sociedad. Los moderadores habían pasado del pálido al amarillo sorroballado.

Sin embargo para sorpresa general, la autoridad gubernativa no interviene, continúa cuchicheando. Sigue el acto, la Mesa anuncia con voz desfallecida al cuarto orador, se levanta su Eminencia a quien la presidencia mira con aire consternado. Ya conocía su tremenda capacidad para la sátira y si se terciaba alguna confrontación, era su especialidad el plantear unos silogismos, más difíciles de contrear que una burra del Palmero, que ya es decir. Mal augurio, otro empujón más y allí estallaría un motín o algo así, si no ocurría un milagro aquello terminaría mal.

Pero mire usted por dónde, una broma pesada fue lo que salvó la situación. Como recordará, su eminencia no había dado sus datos personalmente, sino que lo había encargado a cualquiera de sus compañeros. Levántose pues el cardenal con su «cleriman» cerrado al cuello mientras anunciaba la presidencia: «Fulano de tal, de profesión sacerdote.»

Una risa mal contenida corrió por la sala, mientras el purpurado lanzaba una mirada indignada a su alrededor.

«Aquí debe de haber algún error», manifiesta su Eminencia con voz cascada.

Debe comprender usted que la concurrencia estaba bajo una tremenda presión nerviosa y que aquella extraña situación era una especie de sedante, se oyeron risas por todos lados mientras el purpurado aumentaba visiblemente su cólera.

Y de repente resonó el tremendo vozarrón del diplomático de la Iglesia Cubana, que desde la última fila clamó a grito pelado: «¡Claro que hay un error, él no es cura sino Cardenal pues no faltaría más!» Y toda la sala en un puro regocijo soltó una unánime y sonora carcajada.

El Presidente sonríe aliviado y aprovecha la oportunidad para anunciar: «Se levanta la sesión per secula seculorum.» Y el personal entre risas y aplausos abandonó el Gabinete Literario.

Mientras tenía lugar el rápido y regocijante desalojo —se lo juro que me lo contaron— un policía le comentaba al otro: ves ya te lo decía yo, están locos como cabras, no vale la pena meterlos en chirona, sería peor... Mire pues por donde, aquella improvisada broma sirvió para que escapáramos por el canto de un duro. De momento.

Por cierto que su Eminencia estuvo unos días enfurruñado. Por más que investigó, el frustrado orador, nunca pudo averiguar quién había sido el autor de la broma, pero entre nosotros esas cosas se olvidaban enseguida, éramos como hermanos.

Además habíamos trabado conocimiento con Ramiro-Ramero, se le preparaba una sonada montada y su eminencia no quería perdérsela de ninguna forma. Pero eso se lo dejo para el próximo domingo...

Capítulo XVII

De cuando la Iglesia Cubana se la jugó a Ramiro el Cojo

Es mentira que la famosa Iglesia Cubana y la Romana se llevaran siempre mal. Para mejor aclararlo, puede usted poner que la tan temida Iglesia Cubana se llevaba mal con determinados curas, que no es lo mismo. Con aquellos clérigos que usted recordará se dedicaban a jeringar a la juventud, que si el baile es pecado, que si el cine es pecado, que si la playa es pecado, que si estornudar es pecado. A esos sí que le teníamos la guerra declarada, que nos devolvían con igual tirria y que nosotros nos cobrábamos aún más bonitamente, con alguna que otra trastada.

Hubo excepciones. Para que se quede asmado le diré que se registra en los anales de la Iglesia Cubana un caso incluso en el que nos pidieron colaboración. Y se la dimos, ya que se trataba del bueno de don Ramón.

Me parece que ya le mentè en otra ocasión que hace pocos años me encontré al padre Ramón, viejito, arrugado como una pasa y con su bastón, fue la última vez que lo vi. En su inocencia senil, intentó convencerme para que resucitáramos a la Iglesia Cubana, que fuésemos al Palmar de Troya a pelearnos con aquellos chiflados. «Estoy seguro —dijo firmemente mientras le brillaban sus ojillos azules— que ustedes terminan con aquéllo.» El pobre se había aislado en el tiempo y ya no discernía bien. Intentó convencerme asimismo para que lucháramos contra las «Salas X» y demás

guarradas toleradas. Le diré que le di la razón, que efectivamente habíamos pasado del más ridículo puritanismo, al sexo como el más jediondo de los negocios. Asimismo le di la razón que con 30 años menos hubiésemos conseguido arruinar a las mentadas «Salas X», no sé ni los medios que se hubiesen inventado, mas puede usted poner como seguro que lo hubiéramos conseguido. Cosas más difíciles logró la famosa, temida y variopinta Iglesia Cubana.

Pero retomando el hilo a esta historia, vuelvo 30 años atrás para contarles el día que don Ramón vino a visitarnos, le confieso quedamos boquiabiertos. El hombre se lo estuvo pensando largo tiempo, ya que quedó rascadísimo con una fea jugarreta que le hicimos. Pues resultó que un buen día, un atrevido cubano llegó pidiendo confesión a gritos a la Iglesia de don Ramón. Ante los espérridos de angustia, salió el bonoso del cura y lo atendió. La tal confesión duró una hora larga, pues el pecador «arrepentido» estuvo inventándose todas las faltas habidas y por haber. E incluso en lo relativo al sexto mandamiento, remontó su fantasía relatando toda clase de perversiones que dejarían chiquititas a todo lo conocido actualmente. Don Ramón sudaba aterrado sin dar crédito a sus oídos, «cómo es posible hijo mío tamaña degeneración, con lo jovencito que eres».

Como usted sospechará, todo era una artimaña para distraer al bueno del cura y dar oportunidad, para que otros dos purpurados pasaran sigilosamente a la Sacristía. Sabíamos que don Ramón tenía acopio de un excelente vino y habíamos planeado birlárselo. Efectivamente en cuando pudieron, volaron raudos los dos cubanos, portando cada cual su correspondiente garrafa de vino del Monte. Se remató la perrería con una chispa con ribetes de orgía, con pejines, chochos, manises y alguna que otra carajaca.

Don Ramón cogió una calentura que cogía las vigas del techo, cuando se percató de la montada. Tal atrevimiento

fue posible, porque sabíamos que el sacristán estaba para el Puerto, donde le envió el cura en comisión de servicios. Es lo que tiene precisamente relación directa, con esta historia...

* * *

Eran los tiempos que empezaron a aparecer determinadas sectas que tenían preocupadísimo al clero. Se sabía que por el Puerto andaba revolviendo a la gente un tal Ramiro el Cojo, individuo ruin tanto de cuerpo como de espíritu. El tal Ramiro se dedicaba al cambullón y demás trapicheos portuarios, hasta que tomó rumbo a Venezuela donde creo se instaló definitivamente. Su tiempo libre —que era mucho— lo dedicaba a convencer al personal que abandonara la Iglesia Romana y pasase a cierta nueva secta a la que pertenecía.

Al parecer tal individuo obraba por resentimiento, ya que estuvo un tiempo en el Seminario, de donde lo echaron como agua sucia por mentiroso y enredador. El clero no podía verlo ni en pintura y andaban vigilándolo, precisamente don Ramón, enviaba al sacristán de su Iglesia para que lo asechara y ver lo que hacía. La Iglesia Cubana que conocía tales ausencias, las aprovechó como queda antes dicho: para mamarse el vino de don Ramón.

Pero don Ramón tuvo una idea. Después de sopesar cuidadosamente los pros y los contras, más o menos a los dos meses y ya calmado del sofocón, tuvo una conversación con algunas altas dignidades de la temida Iglesia Cubana. Él nos conocía de vista a casi todos: «Ustedes han hecho milagros, han armado cada lío del diablo, ustedes tienen que enfrentarse a Ramiro el Cojo que me está espantando a la gente.»

«Es un mal bicho, tienen que ahuyentármelo de tal y cual parroquia. Si ustedes lo consiguen —terminó su insólita

oferta— se lo agradeceré en nombre de Roma, hasta soy capaz de regalarles una garrafa de malvasía. Digo regalarla y no tragársela a mis espaldas que eso no se hace, carajo.»

Pues sí, llegamos a un acuerdo. Nosotros veríamos la forma de ahuyentar a Ramiro el Cojo, la única condición que pusimos fue que los medios quedarían a nuestra discreción...

* * *

Lo primero que hicimos fue acercarnos cautelosamente al interfecto y tantearlo. Trabar conocimiento fue fácil, pues se sabía que en cuando se discutía de religión, se quedaba pegado como lapa al marisco.

Por otro lado, pudimos comprobar que el tal Ramiro era un individuo de lo más retorcido, aún más ruin de lo que don Ramón nos había advertido.

Voy a relatarle previamente una de sus «hazañas», con la seguridad que usted va a justificar la tremenda traslada que le hicimos y que más abajo le cuento.

Una de sus debilidades era pasarse por médico. En cierta ocasión topó con un pobre diablo al que prometió operar de fimosis. «Es preciso —advirtió al tolete— un tratamiento previo, harán falta violentos contrastes de temperatura corporal.» Así, le recetó baños de agua helada, que Ramiro le aplicaba al infeliz en horas de madrugada, antes de salir para su «Despacho». Dejaba al relente en la azotea de su casa, un regador con piedras de hielo dentro. Llegaba el asimplonado cliente al que ponía en cueros vivos en medio de su florido patio. Y Ramiro el Cojo, escarrachándose en la azotea y tronchándose de risa, duchaba al paciente entre sus aullidos de frío. También le recetó ciertos ejercicios manuales tres veces al día: «Y no trates de engañarme porque

por el coeficiente de dilatación voy a saber si cumples», le amenazó.

Total, que entre las duchas y los ejercicios receteados, al tolete del cliente, se le encuevaron los ojos, se le pusieron los huesos a flor de piel, casi la palma. A nosotros nos gustaban las bromas, pero no las crueldades, aquello nos produjo repeluzno. Pero en fin, si a Ramiro le encantaban las putadas, le pagaríamos con una moneda de su propia cosecha...

* * *

Llegamos enseguida a un acuerdo con Ramiro: él nos explicaría sus principios religiosos y nosotros los de la Iglesia Cubana, a ver quién convencía a quién. Y si no se llegaba a nada, pues tan amigos. De acuerdo pues.

Nada más iniciarse las «conversaciones», se empezó por ponerle un nombrete a la secta a la que él pertenecía. Fingiendo una y otra vez equivocarnos, la llamábamos reiteradamente «Testículos de Jehová», lo que encochinaba grandemente a Ramiro el Cojo hasta ponerlo morado. Ya sabe usted que nada hay que moleste tanto al isleño como un dichete.

Así, hubimos de aguantar en la Plazuela las disparatadas disquisiciones teológicas de Ramiro el Cojo. ¡Vaya pelmazo, caballeros! Incluso una vez, el cardenal Primado habló medio en serio de estrangularlo allí mismo.

Por cierto que las conversaciones estuvieron a punto de estropearse por un escorrozo. El abad Mitrado comentó extrañado sobre el Arca de Noé, que cómo era posible llevar una pareja de cada animal, que seguramente el tal Noé, no tuvo que coger las pulgas, chinches y ladillas, pues se suponía que ya las llevaba puestas.

Asimismo indignaba sobremanera al Ramiro que, a grito pelado y en plena calle Mayor de Triana, se le llamara trabucando su nombre adrede. Se acercaba entonces el interfecto y aclaraba envenenado: «¡No me llamo Ramero, sino Ramiro, puñema!»

Terminada la exposición del Cojo sobre sus principios religiosos, se empezó en los días siguientes a explicarle los cubanos. No me extenderé en ello porque le aseguro se podrían escribir dos tomos del más exquisito humor, sólo le contaré que se negó en redondo a ser bautizado en la plaza del Espíritu Santo, con la correspondiente jarra de vino perrero.

Al fin y después de mucho escuadriñarlo se descubrió su punto flaco: era un tímido sexual, por ahí le íbamos a dar. Así acorralándolo una tarde se le conminó, que si quería continuar las conversaciones, tenía al menos que cumplimentar uno de los principios fundamentales cubanos. «¡Exigimos mutuo respeto!», le levantó la voz el diplomático de la variopinta Iglesia. Estábamos en Pascua y era de obligado cumplimiento «fornicar por Pascua Florida o al menos una vez al año. Y será ahorita o esto sansacabó».

Ramiro ahora intenta escabillirse, alega tiene que estar en cierta parroquia a las 8,30, precisamente para hacer labor de captación para los «Testículos de Jehová». Pues son sólo las seis y media, hay tiempo de sobra, déjate de cuentos. «Pero no tengo dinero», dice apurado. No importa, nosotros pagamos con tal que pierdas el terrible pecado de la virginidad que parece que padeces, se le dice mientras alguien finge hacer una recolecta entre los purpurados presentes.

Casi a rastras se le llevó por «Fuera la Portada». No voy a describir los distintos hechaderos de cabras, velillos, tiestos y demás hembras de mal vivir, ya que son corrutos y que usted debió oír tanto como yo.

Al fin se le empujó por el zaguán de «Casa la Sorda», adentro. Retrocedió angustiado y tembloroso.

Eran las siete. Manolo el Químico miraba su reloj calculando el tiempo, ya verá para qué. «A ti lo que te hace falta —se le dijo— es unos cuantos tanganazos para animarte.» primero se le sirvió ron, luego coñac, después Ginebra, al fin anisado. Con los nervios, Ramiro-Ramero tragaba como un fonil sin reparar en la mezcla criminal.

Las siete y media. Ramiro está pálido, con la lengua estropajosa y tartajeante de los borrachos. Vuelta a Casa la Sorda y nueva reculada del Cojo «Aún no estás en condiciones —díjole el cardenal Primado— un par de tanaganazos más y luego una jarra de cerveza para refrescar, verás lo bien que te sienta.»

Las ocho. Manolo el Químico que no para de mirar su reloj, susurra: «Ahora es el momento justo.» Ramiro está hecho un trapo y no se percata que se le añade en su jarra, un buen chorro de azufre con zotal. «Mira, Ramiro, termina de una vez, agítalo, cierra los ojos y bebételo de un tirón.» Así lo hace.

Las ocho y cuarto. «Mira, Ramiro, ya se ha pasado el tiempo, así que pensándolo bien, por hoy te perdonamos. En otra ocasión cumplirás el obligado precepto. Ahora mismo te llevamos en taxi al puerto.»

Las ocho y media. Ramiro-Ramero es depositado el pie de cierta parroquia porteña, está hecho trizas, allí lo esperan un grupo de beatas.

El cálculo resultó perfecto: nos contaron que a poco empezó a salirse todo, tanto por arriba como por abajo. Las viejas lo acorralaron indignadas contra la pared, borracho sucio, borracho jediondo, hueles a sumidero, deberías lavarte. Lo zarandearon, lo abofetearon, lo arañaron incluso. Al fin, un municipal pudo rescatarlo y lo lleva a dormir la mona a las mazmorras de Reyes Católicos.

Se supo que tuvo que quedarse en casa varios días, purgándose con agua de carabaña y aceite de ricino. Para terminar, le diré que quedó como balandro al pairo, pues los «Testículos de Jehová» lo expulsaron por su fracaso, la Iglesia Romana le dio una sonora patada donde la espalda pierde su nombre y para colmo de males la Iglesia Cubana lo excomulgó oficialmente.

Pasado cierto tiempo, un cubano se lo tropezó por el Paseo Las Canteras. «Háblame de lo que quieras —le dijo Ramiro Ramero— de fútbol, de cine o de lo que te dé la gana, menos de religión.» El cubano le respondió con una sola frase que lo dejó pegado a la pared: si alguna vez creístes que íbamos a salir de Guatemala para entrar en Guatepeor, es que eres un tolete de tomo y lomo.

En cuanto a don Ramón, puedo decirle que cumplió. Quedó tan privado que a la prometida garrafa, añadió unos puros como las chimeneas de los Correillos interinsulares. Como es lógico, se aprovechó para celebrar en «El Herreño» el consiguiente Concilio. Fueron tantos los aspirantes —como cada vez que la mamanza era gratis— que finalmente el Pontífice lo declaró abierto «Urbi et Orbi».

Recuerdo que hubo que echarle mano al bicarbonato, pues de enyesque sirvieron unos tollos que resultaron del año del cólera. Pero en fin, no todo sale bien en esta vida.

Y al final y metidos en media chispa colectiva se cantó aquella estrofa que usted como poeta tuvo conocimiento:

«Ramiro Ramero Quevedo,
cojo, vil y mentiroso...»

Capítulo XVIII

De cuando don Esteban Matias creyo finalmente en la Papisa Juana

Mucha gente no sabrá que la Iglesia Romana tuvo en el Trono de San Pedro un Papa hembra. Me parece que fue por allá por el siglo X.

El clero, en lugar de admitir el hecho como cosa harto curiosa, se emperró en ocultarlo. Como si fuese peor —por ejemplo— que la «Santa» Inquisición, que la tuvimos aquí mismito, quemando, torturando y persiguiendo gente hasta el otro día. Relata el historiador Millares Torres como achicharraron en la plaza de Santo Domingo a cierto individuo acusado de «comer carne en cazuela un viernes».

Como dijera en la plazuela Hurtado de Mendoza cierto obispo de la temida Iglesia Cubana, «con las jartadas de vino, ron y carajacas que nos hemos pegado hasta en Semana Santa, si nos trincan los curas, nos hubieran quemado hasta los calzoncillos».

Hecho el descubrimiento de esto y otras tantas cosas que nos habían ocultado, empezó una afanosa búsqueda de libros y documentos al respecto. Apareció al fin uno que parecía muy documentado, que pudo salvar cierto republicano de todos conocido, de la gran razia que se inició en 1936, cuando se inició la búsqueda, persecución y destrucción de libros «peligrosos». El tal librote, quedó salvado en la biblioteca particular de cierto purpurado, que lo recibió finalmente como regalo.

Por cierto que durante los expurgos de libros, ocurrieron cosas pintorescas por la ignorancia de los modernos Torquemadas, asunto en el que participaron rivalizando en celo, el clero y el Movimiento-inmóvil, que no se olvide. Por ejemplo, aún en los años sesenta, a determinado político que no diré quien es, por ser harto conocido y que no era simpatizante con el mentado Movimiento-inmóvil, le quitaron «La Aurora Roja» de don Pío Baroja, porque por lo visto, aquello de «rojo» les sonó a subversivo, mientras pasaban por delante de otros libros ciertamente comprometidos.

Para que usted vea como estaban aquellas cabezas, le contaré que el Nacional-catolicismo se estuvo pensando en serio, el cambiar el cuento de «Caperucita roja» por otro que se titularía «Caperucita azul». Desde luego hace falta ser tarugo...

Pues como le iba contando, a determinado obispo de la Iglesia Cubana le entró la obsesión de documentarse sobre la Papisa Juana que ya resultaba un guineo, se pasó meses y meses revolviendo por bibliotecas públicas y privadas. No hablaba de otra cosa en todo el santo día, hasta el punto que en un Concilio de la variopinta Iglesia Cubana, Su Santidad accedió que fuese dogma de fe creer en la tal Papisa Juana. «De otra forma —sentenció medio caliente— aquí no se va a poder hablar de otra cosa.»

Así supimos que la tal Papisa fue preñada de amores por un Cardenal, que estrangularon a la criatura para evitar el escándalo y otras barbaridades propias de la Edad Media. Incluso se tuvo conocimiento de una moneda italiana conmemorativa del suceso, con la leyenda: «Papisa parió Papillo...»

* * *

Pues estando en plena efervescencia sobre la tal historia y su descubrimiento, naturalmente la Iglesia Cubana le dio la mayor divulgación posible ante la rechifla de liberales y demócratas, y berrinche de santurrones y carcas. Y estando así las cosas, varios miembros de la temible Iglesia Cubana tuvieron que desplazarse a La Laguna para realizar exámenes parciales o algo así.

Ya sabe, que los chicharros siempre han tenido la mamanza organizada alrededor del negocio universitario, por mor de nuestros asimplonados políticos, que durante años y años se estuvieron creyendo el cuento aquel de la «Universidad Regional». En aquellos tiempos eran sólo cuatro gatos los que tenían dinero suficiente para mantenerse en La Laguna, los demás cursaban estudios «libres». Los chichatenientes y otra gente de mal vivir, que ya veían venir la algarabía de protestas canarionas, empezaron a presionar para que hiciesen tremendas escabechinas entre los «libres», para mantener la chupadera de pensiones, bares, pisos de alquiler y demás trapisondas mercantiles.

Como le estaba diciendo, entre las dos o tres dignidades que tuvieron que desplazarse a la isla picuda, estaba aquel purpurado tremendamente documentado sobre la vida, aventuras, preñamiento y muerte de la ya famosa Papisa Juana. Tal obispo, por entonces bebía vino como una esponja sin perder la compostura, nunca nadie pudo explicar donde demonios metía tanto, dentro de aquel cuerpo tan flaco. Eso sí, cada vez que bebía, a cada momento iba al baño a evacuar aguas menores. Puede ser que aquí estuviera la clave, creo podría haber sido un caso interesante para la medicina. Se lo digo en serio.

Por cierto, que Ramiro-Ramero tuvo una idea pajiza al respecto: su Ilustrísima tenía el hígado de goma. Le digo que mentiras, ahora a sus años, sigue flaco como un tollo y con una salud de hierro.

Divulgada en La Laguna la verdadera historia de la Papisa Juana, un ocurrente y simpático personaje de aquella húmeda ciudad —don Esteban Matías— nos citó para charlar sobre el asunto. Don Esteban era un curioso republicanote lagunero, de rostro risueño enchapado en rojo como nuestros mauros cumbreros. Utilizaba fijo fajín negro, sombrero y puro. Y se jactaba que «no hay nadie en el mundo que me tumbe bebiendo vino».

Por fin se concertó una cita: don Esteban Matías se vería con varios purpurados en la tasca «La oficina», por allí cerquita de la Iglesia de la Concepción, centro de reunión como usted sabe, de bohemios, poetas frustrados y estudiantes. A don Esteban Matías como medio intelectual, le interesaba documentarse sobre el asunto. Pero alguien por lo visto le contó los choteos de la Iglesia Cubana y terminó sospechando algún pitorreo. Y se puso por si acaso a la defensiva.

Después de los saludos de rigor, manifestó don Esteban con cierto aire de superioridad: «Yo no creo en la Papisa Juana a menos que me tumben bebiendo vino. Y como a eso no hay quien me gane, el asunto ése del papa-hembra es una trola.» Pero para su asombro se aceptó su desafío, trabándose allí mismo una apuesta. Beberían mano a mano vino de Tacoronte, el estudiantillo flaco y desgarbado y el gordinflón y sonrosado lagunero. Don Esteban empezó a tomárselo a la coña y a reírse de su Ilustrísima. «Este no aguanta ni media botella», se le oyó farfullar por lo bajo. Además el que perdía pagaba...

Verlo para creerlo. Una botella de vino cada uno y nada. Otra botella por barba y nada, al final de la segunda, don Esteban empezó a rascarse el cogote y a mirar al estudiante con aire preocupado.

Tercera botella. El flaco vientre de su Ilustrísima empezaba a hincharse, pero él se mantenía tieso, con una cierta sonrisa burlona y asaetándolo a cada momento con un mo-

lesto estribillo: «¿Usted aún no cree?» Al término de la tercera botella don Esteban se apoyaba sospechosamente sobre el mostrador, con la tajarria colgante, la mirada turbia y la lengua enrevesada. El purpurado a todo esto, iba y venía al baño y meaba, meaba y meaba.

Cuarta botella. De repente estalla don Esteban: «Muy señores, míos esto es todo un milagro —exclama rozando el esperrido— porque ¿quieren ustedes explicarme, donde puñema le cabe a este hombre todo eso?»

Para no cansarle, le cuento el final que fue una efemérides no sólo de la Iglesia Cubana, cuyo cronista oficial de sus sucesos principales que es éste que le escribe y que lo anotó cuidadosamente en el «Arca Chismorum», sino también como suceso extraordinario dentro de la ciudad de La Laguna:

Don Esteban, perdido el sombrero, sin chaqueta y sin fajín, con la camisa por fuera y templado como un chucho, cayó al suelo gritando: «¡Creo, creo, creo! ¡Papisa parió Papillo, Papisa parió Papillo, Papisa parió Papillo!»

Capitulo XIX

De cuando Antonio «El Cenizo» se pego como una lapa a la Iglesia Cubana

Antonio el Cenizo no pasó nunca de Órdenes Menores. No era lo que se dice un asiduo, no porque él nos rehuyera a nosotros, sino más bien por lo contrario. Como verá por el contenido de esta historia, el nombrete se lo ganó a pulso, es decir sin recomendaciones.

Hay individuos que parecen nacidos con el destino cambiado, así era Antonio el Cenizo. Cada vez que salíamos juntos, algo salía mal.

Recuerdo que en cierta ocasión programamos una excursión a la maravilla de Maspalomas y se nos pegó Antonio. Estuvo todo el día lloviendo a cántaros, allí que se quita el solajero de San Juan a Corpus. A la vuelta, mojados como perros y del peor humor, se rompió para colmo el motor al Coche de Hora, a la altura de lo que es hoy la *Ciudad* de Vecindario. Estuvimos una purriada de horas en aquel descampado, sin un alma a mil kilómetros a la redonda, donde no había sino viento, tierra y tuneras.

Otro día organizamos una excursión a la Cumbre. Se anunciaba frío y todo el mundo iba bien pertrechado de ropa. Séase porque los meteorólogos de antes siempre se trabucaban, séase porque se nos juntó Antonio el Cenizo, el caso es que se metió un tiempo del sur de todos los diablos. Casi nos asfixiamos entre las rocas de Ayacata y eso que era Febrero, que se dice y no se cree.

Otra vez fuimos de copas suaves. Tal vez porque el laterío no estaba bueno o por lo que fuere, el caso es que toda la Iglesia Cubana en peso estuvo sus buenos tres días yéndose por el palo de la forma más simple. La dolencia no respetó ni a altas dignidades ni a pequeños cargos, también Antonio estuvo aquel día con nosotros de pegadera.

Se le empezó a coger ojeriza al pobre, que como se demostrará después no tenía culpa de nada. Siguieron los casos, cierta noche cogimos una tartana y nos quedamos colgados a horas intempestivas en el Muelle Grande porque al caballo se torció una pata. Si tomábamos una guagua con él, se le picaba una goma y hasta recuerdo que el que esto escribe fue con Antonio al «Campo de España» a una gran luchada y ocurrió lo que sólo pasa de higos a brevas: que Tenerife le ganó a Gran Canaria.

Y cosas más graves aún. En 1950 cuando llegó Franco a Las Palmas estaba el personal en la calle de Triana colocándose en las aceras esperando la comitiva. Antonio el Cenizo se arrepollinó en la «Madrileña» que como usted sabe está por frente al hermoso edificio de «Estudio Moderno». Levantó la vista hasta sus balcones y en aquel momento se derrumbó con varias personas. El desgraciado suceso llenó de luto a una respetable familia de nuestra Ciudad.

Teniendo tan mala sombra de higuera negra, me fui con dos buenos amigos —sus nombres los puedo decir ya que no tenían nada que ver con la temida Iglesia Cubana— eran Pedro Perdomo, hijo del inolvidable periodista don Pedro Perdomo Acedo, y Juan Luis Ramírez, hoy médico de reconocido prestigio en la ínsula. Nos largamos a la casa de este último, por allá por el Frontón Las Palmas a ver pasar la comitiva. Si nos quedamos con éste, hoy nos pasa algo gordo, comentamos...

Meses después venía Antonio el Cenizo con un amigo caminando desde el cine Royal hacia Triana. Al pasar por

delante del «Edificio de la Unión y el Fénix» se vino al suelo como un castillo de naipes. La única suerte fue que en aquel momento sólo estaba en el edificio Andresito-Bacalao, el guardián de noche de la obra. El hombre se percató que se le habían terminado los «Mecánicos amarillos» y cruzó corriendo la calle hacia «Cruz Gómez» justo en el momento que se derrumbó. Estuvo con tembleques una semana.

Cuando lo supimos, sentenció el cardenal Primado: «A ese hombre hay que cogerle miedo.»

* * *

Pues bien, estábamos una tardecita en la plazuela Hurtado de Mendoza, centro de reuniones, charlas y lugar de partida hacia diversos lugares de la Ciudad. Hacíamos tiempo para ir al Pabellón Recreativo o Restregativo como quiera usted poner. Era un jueves señaladamente y como de costumbre ponían dos películas por 1,50 pesetas.

Me parece que en otra ocasión le he contado, que una de las diversiones que se tomaba de vez en cuando la Iglesia Cubana —cuando la película era de «buenos y malos»— era ponernos a favor de los últimos. Con frecuencia la cosa terminaba en discusiones y a veces a la piña. Si la película era un dramón, fingíamos llorar a moco tendido, con gran indignación de viejas, niñas románticas y resto del personal.

Aquella tarde exhibían dos cintas: un drama ruinísimo de Libertad Lamarque en el que íbamos a llorar a carcajadas y otra del Oeste, donde íbamos a jalear las villanías de los malos.

Se comentaba animadamete la tarde que nos esperaba, cuando el pleno enmudeció malhumorado, con gran consternación vimos aparecer a Antonio el Cenizo, que al saber donde íbamos se empeñó en unirse al grupo. «Mira, An-

toñito —le insinuó Lutero—, estábamos pensando en hacer una recolecta entre todos, lo mejor es que cojas la guagua tranquilito, te das unas vueltas por Las Canteras y te tomas tus cervecitas con berberechos. La tarde está preciosa.» No hubo manera, se empecinó que iría al Pabellón con nosotros, todas esas casualidades eran boberías nuestras, así que iría «aunque me excomulguen ustedes», dijo con determinación.

Partimos cabizbajos, el habitual buen humor había desaparecido, Antonio el Cenizo era como una lapa. Llegamos al Pabellón, subimos la larga escalera, sacamos las correspondientes entradas y resignados nos ubicamos en los asientos de atrás. Como sucedía todos los jueves, mucha gente. El cardenal Primado rezongaba por lo bajo: «Ya verás como pasa algo gordo.»

Finalmente se apagan las luces y empieza la obligada revista NODO con lo de siempre: Franco inaugurando un pantano. En algunas ocasiones se lanzaba algún comentario irónico sobre tales inauguraciones, generalmente coreados con risas mal contenidas y murmullos de aprobación.

Aquella vez no se oyó ninguno, el horno no estaba para bollos.

Nada más iniciarse la primera película empieza a notarse un espeso batumerio de lo más sospechoso. Y poco después estalla como un relámpago un agudo grito de mujer: «¡Fuego!» Para qué fue aquello, se levanta en peso todo el personal tirándose en manada hacia la salida, las mujeres chillaban como lechones degollados.

Antonio el Cenizo, asustado, también quiere irse, mas el Pontífice tomándole por el brazo le reconviene con calma: «Si tú dices que lo mejor es marcharse, está claro que lo que conviene es quedarse.» Resultó cierto, los que se botaron desagallados por salir todos a la vez, se arrempujaron, se pisotearon, se rompieron las chaquetas, trajes y sanalejos y hasta se arañaron. De casualidad no pasó nada grave, sino

magulladuras de menor cuantía, atendidas en la Casa de Socorro por entonces sita en la calle Bravo Murillo, con lo único que había: yodo, esparadrapo y resignación.

Todo se redujo a que se chamuscó una bobina de la máquina y salieron algunas chispas y humo. La Iglesia Cubana esperó pacientemente que arreglaran el desperfecto, cosa que llevó una hora y pico. El resto de la gente, con el nerviosismo y el sofoco se marchó, así que se quedó la Sala con ocho o diez espectadores: sólo nosotros.

Siguió la película, aquello era un tostón inaguantable, la Lamarque daba a cada momento sus correspondientes esperridos histéricos y no teníamos con quién meternos. Decidimos largarnos con viento fresco a otro sitio, pero antes había que hacerle una trastada al Cenizo.

Algún prelado observó sagazmente que el acomodador —portero, había dejado la llave por dentro de la puerta. Aburrido y sin nada que hacer, él solía entre sesión y sesión, bajarse al golpito a un cafetín que está por debajo del Pabellón, bajando a mano izquierda señaladamente, donde se pegaba sus buenos macanazos de ron. El hombre miró el reloj, inspeccionó la sala y se marchó tranquilito, ya volvería después de la segunda película a la hora del cierre. El día ya estaba hecho.

De oído en oído y con la boca chica de los secretos, fueron los cubanos pasándose cierta consigna a escondidas de Antonio el Cenizo, que casualmente estaba sentado el último a la izquierda. De repente exclama el Pontífice: «¡Ahora!» Y echan a correr todos los prelados, quitando rápidos la llave y cerrándola por fuera...

Hora y media más tarde, cuando el acomodador subía haciendo eses la empinada escalera del Pabellón, se alarmó sobremanera: Sonaban en la puerta unos tamborazos tremendos. El de la máquina creyendo que no había nadie, había parado el rollo y se había ido a dar una vuelta. Había

dentro un solo espectador, enjaulado a oscuras, ronco de gritar y caliente como un chino.

Así fue como por algún tiempo conseguimos quitarnos de arriba a Antonio el Cenizo.

* * *

Pero él tenía razón, aquello no eran sino casualidades. Se demostró cuando Antonio el Cenizo terminó sus estudios. Cogió una empresa que estaba dando las boqueadas, nada más tomarla empezaron a caerle arriba lo pedidos que no daba abasto. La enderezó, la salvó y se hizo con un buen negocio.

Poco después se sacó la lotería, la gente se hacía cruces de incredulidad. Con el dinero se construyó un chalet en el Monte Lentiscal. A poco unos ingleses se encapricharon con la casa, pagándole tres veces lo que le había costado. Siguieron los milagros, pues más adelante se sacó una quiniela sin entender de fútbol ni papa.

De vez en cuando veo por ahí a Antonio el Cenizo. Él que era más bien menudo, ha echado su buena tripa, las malas lenguas dicen que tiene más dinero que estiércol. «Adiós don Antonio», le digo. «Antonio el Cenizo», me contesta añadiéndose él mismo el dichete, mientras me guiña el ojo con una amable sonrisa.

Porque amigos, la suerte cambia, pero el nombrete se le quedó: el Cenizo. Y a él que es una buena persona le importa un pito.

Eso demuestra, amigo lector, que cuando uno se levanta del catre cada día no sabe lo que le espera, si el viento le va a soplar de proa o si todo va a marchar viento en popa. La vida es un suspense y por eso vale la pena vivirla. ¿Verdad que sí?

Capitulo XX

De cuando la Iglesia Cubana termino con la leyenda de la Mar Fea

Eusebio era un simpatizante de la Iglesia Cubana. Nunca quiso integrarse de lleno en la abigarrada comunidad porque él tenía su propio círculo de amistades. Se nos juntaba de uvas a brevas. Bohemio y socarrón, tenía dos grandes pasiones: el ron y la ópera.

Cierta vez, varias dignidades de la temida Iglesia fuimos al Círculo Mercantil a ver un torneo de ajedrez. La Sociedad —que como usted recordará organizaba unos formidables bailoteos para la juventud— ofrecía restos de lo que fue importante establecimiento hotelero.

Comentábamos con Eusebito el estilo arquitectónico de sabor británico que tenían todos nuestros antiguos hoteles, con sus grandes pasillos de madera y espaciosas habitaciones. Desde los desaparecidos corredores hasta el patio posterior de la Sociedad, colgaban olorosas madreselvas.

Estando entretenidos en tal contemplación, se nos acercó un viejo músico, deseoso de «ponernos a prueba» al saber quiénes éramos. Trabada conversación se acercó a un piano destartalado que había por allí y sentándose tocó unos pasajes, al tiempo que preguntaba hinchándose como un pavo: ¿Sabéis vosotros de qué ópera es esto?

Eusebito que como le digo nos acompañaba, saltó como un cohete: «Eso es del Tercer Acto de Capuletos y Montescos de Bellini. ¿Oyó?» Y luego sale el tenor y canta «Oh

cuante volte o cuante chiedo», que es así. Y arrimándole la boca al oído intentó cantar con grandes esperridos, mientras le echaba encima el batumerio del «Carta de Oro». Naturalmente hubo que taparse los oíos, pues Eusebito todo lo que tenía de memoria le faltaba de buena voz.

El viejo músico dándose por satisfecho intentó largarse, más Eusebito al que cuando le hablaban de ópera se quedaba pegado como si tuviera engrudo de aquel de antes, trincándole por el brazo insistió: Y más dispués sale el barítono y canta «Oh vite misera». Y más dispués sale el coro —¿oyó?— y canta así... Las grandes dignidades de la Iglesia muertas de risa por dentro, serias como un funeral de primera por fuera, hicimos un coro para evitar el intento de huida del pobre músico, que tuvo que tragarse el Tercer y Cuarto Actos completos. Salió aturdido, mareado y escaldado.

La famosa memoria de Eusebito para la ópera sólo la superaba el Pontífice para la poesía, que recitaba de memoria las obras de García Lorca por el que tenía especial predilección. Recuerdo que cierta noche de copas, por culpa de una apuesta, fue capaz de reproducir «Fuenteovejuna» de nuestro inmortal Lope. Que se dice muy pronto.

La afición de Eusebito por la ópera era tan desmedida, que descuidó a veces ganarse hasta sus propios garbanzos. Tales amores le crearon un vínculo afectivo con la Iglesia Cubana. Por otro lado, otra de sus originalidades era que se bautizó —por la Iglesia Romana para que usted me entienda— siendo ya hombre, la represión carco-franquista estaba en todo su apogeo y tal situación le acarreaba innumerables contratiempos. Sobre este asunto se podría escribir un tomo de anécdotas increíbles.

Es mentira —puede usted ponerlo— que la Iglesia Cubana intentó disuadirlo de ello. Lo que sí es cierto es que casi reventamos de risa durante la ceremonia, pues Eusebio

debido tal vez a que en su vida había puesto los pies en una Iglesia, lo cierto es que cuando entró vio la pila de agua bendita, se dirigió a ella y empezó a lavarse la cara. Vino indignado y presuroso el Sacristán, quien le explicaba bisiseante mientras le ayudaba a secarse, que «aquello no era para lavarse, para eso están el grifo o la marea».

Pues tal amistad nos sirvió para buscarnos acomodo para un sancocho en la playa de La Laja. Eusebito tenía un sinnúmero de amistades y nos encontró finalmente una vieja casa para degustar un cherne que le habían regalado a cierto purpurado de la temida Iglesia. Queríamos además invitar a unos alemanes que estaban de paso en la ínsula. Por cierto que quedaron tan privados que, después de chuparse los dedos, se llevaron escritas las recetas de cocina.

El trato era el siguiente: Eusebio podría beber cuanto ron quisiese con dos condiciones: una, que no podría cantar ópera y, dos, que dirigiría las tareas culinarias. En este último menester le ayudaría fray Juan, vegetariano él, quien nos advirtió de antemano más firme que una sentencia del Tribunal Supremo, que «el pescado no lo probaría y el ron ni olerlo siquiera». Creo haberle dicho en otra ocasión que fray Juan tenía una Bula —burla le llamábamos nosotros— del Pontífice, para eludir el obligado precepto de «templarse al menos una vez al año».

Todo salió de maravilla. Recuerdo aquella tarde primaveral, aquella mar serena, aquel sol echadito, a quellos solemnes riscos colgantes sobre la playa. De vez en vez pasaba un pirata o una tartana, no la pesadilla de la fila de coches actual. Eusebito, ya medio templado, acertó de lleno al proclamar emocionado que: «Playas mejores que ésta las hay, no digo lo contrario, pero ésta tiene algo especial, que es la mejor del mundo y parte del extranjero, para jincarse un sancocho o un caldo de pescado.»

La única novedad es que sucedió al final lo de otras veces: que a algunas dignidades de la Iglesia Cubana les molestaba la abstinencia alcohólica de fray Juan y empezaron a rezongar. «Para hacer de fakir —murmuraba el Cardenal Primado— que se quede en su casa.» Total que el Pontífice, presionado por todos lados, conminó a fray Juan: o realizaba alguna proeza a cambio o le retiraba la Bula antialcohólica. Que eligiera. Fray Juan elige finalmente la proeza.

Terminado el ágape y las abundantes libaciones, salimos todos los purpurados hacia la carretera para presenciar la extraordinaria exhibición de alpinismo que nos hizo fray Juan. Flaco como un guirre, se subió como un gato por los acantilados de La Laja, agarrándose a piedras y verodes hasta llegar a la cima. Así fue como fray Juan consiguió que se le prorrogase la Bula un año más.

Los invitados alemanes aprovechan el paso de una tartana para despedirse. La verdad es que empezaban a estar aturdidos, sin comprender bien aquella enredina de conversación, mezclando a Kant, Beethoven, Ortega, Goya y luego que si Eminencia, que si Ilustrísima, que si Bulas y excomuniones, que si milagros y pecados, alarmados empezaban a mirarnos con recelo.

Metidos finalmente en la piel del diablo, decidimos terminar el día con algo original. Después de discutirlo mucho, decidimos romper la falsa leyenda del peligro de la Mar Fea. Para que usted lo sepa, la «Mar Fea» no es ni más ni menos peligrosa que cualquier otra cala de nuestra isla. La leyenda de su peligrosidad parte del hecho, que por allí aparecían cadáveres de personas, gentes enteradas nos habían explicado que existía una grieta de comunicación entre la cima de Jinámar y la citada Mar Fea. Más que dudoso, más bien resultaba que lo que el vulgo tomaba por bañistas ahogados,

eran las víctimas de las fechorías fascistas perpetradas durante la Guerra Incivil española.

Para demostrarlo, bajamos por un estrecho vericueto hasta los mismos bordes de la temida Mar Fea. Se lanzaría Su Santidad, que atravesaría varias veces de lado a lado el famoso charco. Los prelados y demás dignidades le insistimos que nadara «braza», pues si nadaba crol —el estilo que utilizaba habitualmente el Pontífice— la tiara de cartón piedra que habíamos confeccionado a tal efecto y que debería de llevar enhiesta, se caería.

Se inició el chapuzón entre el chirgo de mauros y mirones que acechaban asorimbados desde la carretera. Fue y vino varias veces y naturalmente no pasó nada. Salió al fin, siendo coreado por un cerrado aplauso. Hubo bendiciones, bromas y chirigotas. Eusebito recuperó al fin el color.

Lo único que salió mal fue que la tiara quedó flotando en medio de las aguas. Recuerdo que mientras subíamos por el atajo, la vimos cómo se hundía poco a poco en la Mar Fea. Acababa de romperse un mito.

Capitulo XXI

Momentos musicales

Hoy, estimado amigo, no voy a relatarle ninguna anécdota concreta referida a la famosa Iglesia Cubana. Me voy a limitar, con su permiso, a reunir en este artículo una serie de curiosidades, recortes y chascarrillos ocurridos alrededor del noble arte de la música, en los que los purpurados de la tal Iglesia no tuvimos otro mérito que el testimonio presencial. Estoy seguro que le servirá de solaz y divertimiento.

En otra ocasión ya le he referido lo bien que nos aprovechó la espléndida discografía del recordado profesor don Juan Marqués Gacía, quien generosamente nos brindó su casa y su amistad. Más adelante, llegó a Las Palmas don Gabriel Rodó con su esposa e hijos, una verdadera familia de músicos. Pronto, su casa en Vegueta fue centro de interesantes tertulias, fue mucho lo que aprendimos de sus autorizadas palabras o lo que oímos del arco maravilloso de su violoncello privilegiado.

Por cierto, tomen nota nuestros democráticos munícipes, que personas como don Juan Marqués, don Gabriel Rodó, don Luis Prieto o doña María Suárez Fiol, que tanto hicieron por la cultura de nuestro pueblo, deberían tener testimonio en el callejero de nuestra ciudad.

No todo era oír discos o estar pegados a aquellos tremendos armatostes llamados «La Radio». No perdíamos ocasión de oír música en vivo, no fallando a los conciertos de nuestra centenaria Sociedad Filarmónica, así como a las escasas óperas y hasta zarzuelas que recalaban por la ínsula.

Para que usted lo sepa, la primera ópera que se montó en Canarias después de la Guerra Incivil española, fue «Lucía de Lamemour» en 1948. Puedo contarle por cierto, que algunos purpurados de la temida Iglesia Cubana, disfrutábamos de lo lindo, colaborando como «pajullos» —es decir en el coro— tanto en óperas, como a veces en zarzuelas.

Después del relativo éxito de «Lucía» se puso en escena «Buterfly». Muchos recordarán la salida del apuesto marino —el tenor claro está— cuando se dio un soberano talegazo, después de la primera aria. Ocurrió que los mimbres japoneses eran de segunda mano y dio con sus huesos en tierra al ir a reposar su gran humanidad, hasta los de Gallinero pudieron oír el sonoro taco que soltó.

A poco, «Boheme». La pobre tuberculosa Mimí resultó ser una sonrosada, hermosota y rolliza hembrota, que al ir a desmayarse sobre el escuálido tenor, casi lo escacha contra el suelo. Cosas de los argumentos de las óperas, donde la imaginación del buen aficionado debe de volar por encima de tales detalles.

A pesar de todo, puedo decirle con la mano en el corazón, que aquí en esta ínsula, se han puesto en escena óperas de una calidad notable, tanto en lo referente a primeras voces, coros, orquesta, dirección y escenografía. Se ha conseguido una continuidad de años, que pocas, pero que muy pocas ciudades españolas pueden alardear y esto merece el más caluroso aplauso por el esfuerzo de sus promotores. Adelante.

Por cierto que por aquellos tiempos los organizadores estaban sin resuello hasta que terminaba el Festival, pues si alguna de las figuras principales enfermaba, no existía la menor posibilidad de traer a tiempo un adecuado sustituto. Las comunicaciones no tenían la rapidez actual.

Así, en cierta ocasión, se montó «Il Trovatore». La voz principal enfermó y hubo que recurrir a un mediocre, can-

taba papeles secundarios. Al hombre lo sacaron al escenario casi a empujones, amarillo de puro susto. Cuando llegó a la famosa «Pira» se atragantó y no se atrevió con ella. Entre la decepción general se cortaron otros trozos. Fue famosa la frase que dijo el cardenal Primado de la Iglesia Cubana a la salida del Teatro: «Esto en vez de un Trovador es una rondalla y mucho me estiro.»

Pero la indignación entre los aficionados estalló en realidad al día siguiente, cuando en la crítica musical se alababa los trozos que se habían omitido. Así, que no se quejen mucho de los críticos de ahora...

Tanta era nuestra afición que hasta acudíamos a los ensayos de la Filarmónica. Por cierto que en uno de ellos, hubo un medio rifi-rafe. Ocurrió que cierto «entendido» había tenido un pique con determinada dignidad de la variopinta Iglesia Cubana y se encontraba asimismo en el mentado ensayo. El programa anunciaba la «Séptima» de Beethoven y «El Cisne de Tuonela» de Sibelius. El director consideró más apropiado cambiar el orden, acometiéndose la obra del finlandés.

A su término y para alardear sus conocimientos, el «entendido» dijo en voz alta y mirando de través a los purpurados de la Iglesia Cubana: «¡Qué grande es Beethoven!»...

Fueron tantas y tan ruidosas las carcajadas de las dignidades presentes, que el hombre casi tuvo que esconderse bajo las butacas.

En cuanto a Zarzuela, puedo decirle que hubo en nuestra ciudad una tremenda afición, recuerdo que cuando venía el célebre barítono Marcos Redondo había hasta bofetadas para conseguir una entrada. Asimismo en el desaparecido —¡qué lástima!— «Hermanos Millares» hubo sus representaciones de este género.

Por cierto, que se da un fenómeno socio-cultural muy curioso, digno de un profundo análisis. La masa principal

de aficionados a la Zarzuela en nuestra ínsula, eran los artesanos: no había ni zapatero, ni latonero, ni panadero, ni electricista que no discutiera sobre Fleta, Caruso o Gayarre.

A otro nivel, doña María Suárez Fiol de tan grata memoria, fue el «alma mater» de una serie de actividades musicales. Organizó e impulsó con especial dedicación, un concierto en 1951 con motivo del cincuentenario de la muerte de Verdi. Recuerdo el programa: Fugas de J. S. Bach, arreglo coral de la Canción de Cuna de Brahms, fragmentos de La Traviata, El Trovador, La Ciudad Invisible (R. Korssakov) y populares rusas. La dirección a cargo de don Luis Prieto y cinco solistas de excepción: Alfredo y Francisco Krauss, Milagros Argüello, Saro Morales y Antonio Ortega. Dado el éxito hubo de repetirse varias veces más.

Asimismo por los años cincuenta, los coros de la Sociedad Filarmónica, lograron una notable versión del «Príncipe Igor».

Como usted verá, a pesar de algunas anécdotas antes dichas, el nivel musical en nuestra ínsula era uno de los más altos de España y desde luego comparado con el de la vecina isla de Tenerife, una verdadera maravilla. En la isla picuda sí que ocurrieron cosas como para mondarse de risa.

Pero si quieres saberlas, amigo lector, lo siento, porque para eso tendrás que esperarte hasta el próximo domingo.

Capítulo XXII

Momentos musicales chichas

El último domingo terminaba contándole que si aquí en Las Palmas por los años cincuenta las cosas eran más o menos mediocres, en Tenerife era como para echarse a llorar. Como usted sabe, allí el gusto musical no ha pasado de murgas y Rondallas, aun teniendo la mejor Universidad de la Atlántida.

En cierta ocasión, determinada fuerza viva —cosa rara— acudió a un concierto al santacrucero Teatro Guimerá. Apareció como un gallo, todo empenachado de no sé cuántas cruces y medallas. A su término —el programa estaba exclusivamente dedicado al divino Mozart— cierto locutor-pelotillero, acercó su micro al visitante y preguntóle solícito cuál era su pieza favorita del genio de Salzburgo, a lo que aclaró tan fresco para Radio Club Tenerife: «El sitio de Zaragoza.»

En otra ocasión se propusieron montar una ópera por todo lo alto para emular a Las Palmas, según se explicaba en *El Día.* Ya usted sabe que los chichas siempre han tenido el defecto de tirarse los pedos más altos que las cachas, así que se decidieron nada menos que por «Aida».

Contrataron a un tenor entonces muy en boga llamado Filipeschi, pero carecían de casi todo los demás. El resultado puede usted figurárselo.

Le contaré, que al objeto de colaborar, algunos purpurados de la famosa Iglesia Cubana que estábamos en La Laguna, decidimos integrarnos en los coros. Cuando llegó

la Marcha Triunfal, entrábamos con una lanza en la mano, salíamos por el otro lado y habíamos de correr para volver a entrar en el transoceánico escenario del «Guimerá». Hubo traspiés, choteos y un auténtico caos, pues naturalmente mientras corríamos detrás del escenario para volvernos incorporar a la «gigantesca cabalgata», no podíamos ver la batuta del Director.

De Tenerife tengo otros recuerdos musicales. Supongo no habrá olvidado a un ex niño prodigio italiano, Pierino Gamba, director de orquesta. Se anunció un concierto en Santa Cruz, que se dio en los salones de una Sociedad de Recreo, ya que —increíble pero cierto— el Teatro estaba ocupado por cierta representación folklórica-carnavalera. Los cubanos acudimos presurosos a oír la «Incompleta» de Schubert y la «Segunda» de Beethoven que serían dirigidas por el prodigio italiano.

Nada más comenzada la maravillosa «Incompleta», empezó un maldito grillo a darnos su concierto particular, escondido entre las maderas del piso. No hubo forma que se callara, menos mal que Lutero pudo capturarlo en el descanso. Lo curioso, es que aún hoy me ocurre un fenómeno extraordinario: cada vez que oigo la «Inconclusa», recuerdo al malhadado grillo.

Y para que usted no se figure que eso eran «cosas que pasaban antes» voy a contarle un chascarillo chicha de 1987, que por razones políticas no se ha dado a conocer. Resulta, que después de la algarabía contra el Festival de Ópera de Las Palmas, después que se le diese a Tenerife la misma cuantía que a Las Palmas detrayéndola de nuestro Festival por aquello del «equilibrio interinsular», resulta que los chichas se han guardado los dineros en un cajón, ya que naturalmente con sólo la subvención nada se podía hacer. Lo que hace sospechar cuál era la intención real del Gobierno Autónomo: para que exista un perfecto «equilibrio» lo ideal

es que no haya ópera ni en Tenerife, ni en Las Palmas de Gran Canaria. Delicioso.

Pues como le iba contando, entregóse por cierto arquitecto chicha la reforma del Teatro Guimerá, al objeto de acondicionarlo para poder acoger decentemente una ópera. Nótese que le hablo de 1987. No del Renacimiento.

Pues bien, a la primera inspección de obras, alguien hizo notar, asombrado, que se habían olvidado diseñar el foso para la orquesta, que había que romper todo lo hecho y empezar de nuevo. Uno piensa a los chichas les traicionó el subconsciente y pensaron que para un desfile de mises no hacía falta foso alguno...

Como el tiempo se echaba encima, algún chichateniente tuvo la genial idea de proponer celebrar el Festival de Ópera en el Teatro Leal de La Laguna. Me han contado que cierto Director famoso, invitado a inspeccionar el Teatro, se marchó dando un bufido de indignación al comprobar que sólo cabrían ¡ocho músicos!...

Además, no sé para qué quieren en Tenerife óperas o un Festival de Música, si ya tienen a los Sabandeños y al Mozart lagunero de la pandereta, genio oficial en la isla picuda y émulo del de Salzburgo.

Naturalmente estará usted enterado que mientras en Las Palmas había reventa de entradas para el Festival de Música, en Tenerife no lo llenaron ni regalando entradas. Lo que demuestra que una subvención no basta para montar un Festival de Ópera y que eso del «equilibrio» no es sino una sandez más para jeringarnos.

Pero para que no vengan diciendo que los chichas también tienen derecho a disfrutar buena ópera, les sugiero desde ahora para la próxima temporada, un programa adecuado a sus gustos. Sería así:

1. «Cavalleria Rusticana»..... Mascagni.
2. Entreacto amenizado por la comparsa. «Los Caribeños».
3. «Il Pagliachi»..... Leoncavallo.

Pero volvamos a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y los viejos recuerdos de la Iglesia Cubana. Tanta era nuestra afición que hasta acudíamos a los exámenes de octavo curso de piano.

Por cierto, que ahora que se está luchando tanto por la Universidad de Las Palmas, voy a desempolvar viejos archivos y recordarle a nuetro pueblo a nuestros políticos, la tremenda batalla que hubo que librarse, hasta conseguir, al fin, que la Licenciatura de Piano se obtuviese en Las Palmas.

Les voy a recordar los aullidos de rabia de la prensa santacrucera, quejándose del «intolerable despojo que se había hecho a Tenerife». Increíble grado de mezquindad y de ruin envidia por parte de quienes deberían dar ejemplo al pueblo, de altura de miras. Cuando volvemos a empezar otra vez, parece haberse olvidado que no conseguiremos ni un alfiler, sin haber librado la consiguiente batalla...

Viene esto a colación porque un amigo de la temida Iglesia Cubana, un muchacho llamado Pedro Espinosa, hubo de trasladarse a Tenerife para el examen final de piano. Obtuvo sobresaliente y Premio extraordinario y poco después una beca para estudiar en el extranjero.

A los pocos meses dio su primer concierto en el Pérez Galdós, en noviembre de 1949. Recuerdo que el Pontífice de la aún incipiente Iglesia Cubana, dio órdenes en la plazuela Hurtado de Mendoza de acudir al concierto, «bajo pena de excomunión». Aún me suenan en la memoria, la algarabía de aplausos desde el gallinero a nuestra joven promesa. Tal vez ni el propio Pedro Espinosa lo recuerde: el comienzo de su gran carrera artística se inició con la Balada en Sol de Chopín, fue su primera interpretación oficial.

Nuestra Ciudad, dentro de su provincianismo y pequeñez, tenía un nivel cultural-musical más que aceptable. Es una tradición que nos viene de atrás y de muy largo. Más como somos irremediablemente introvertidos, seguimos sin valorar lo nuestro. Cualquier otra ciudad estaría alardeando de haber tenido a un Diego Durón, ahora que gracias a la abnegada labor de doña Lola de la Torre y de Lothar Siemens en los archivos catedralicios, se descubre su extraordinario valor. O estaríamos alardeando de la obra sinfónica de Juan José Falcón Sanabria, bien conocido en toda Europa de punta a cabo.

Como usted verá, la Iglesia Cubana vivía, vivía intensamente. Ahora algunos jóvenes dicen que se aburren. Le confieso que no lo entiendo, nuestra generación jamás se aburrió. Vivimos intensamente y ése es un tributo a la vida del que nunca nos arrepentiremos.

Vale.

CAPITULO XXIII

DE CUANDO SE FUE LA LUZ EN UN CONCILIO

La Iglesia Cubana celebró diversos Concilios cambiando menudo su ubicación, unas veces por mera inspiración y otras —todo hay que decirlo— para evitar la concurrencia de oledores y posibles alcahuetes. Hubo Concilios solemnes, celebrados en unas grandes oficinas propiedad del padre de uno de los contertulios, los hubo asimismo en el domicilio de algún prelado si su familia estaba ausente y más raramente se celebraron «urbi et orbi» en la plazuela Hurtado de Mendoza.

Pero casi siempre tenían lugar en el bar «El Herreño», tasca preferida a todas las demás por la mayoría de los purpurados de la temida y variopinta Iglesia.

Pero lo que usted no sabe, es que se iniciaron mucho antes, en otro tugurio muy cercano al Herreño y que hoy no existe, en la misma calle señaladamente y más bien cerquito al Potrero. Habíamos ido allí algunas veces, hasta que nos calentamos en serio con el propietario y no volvimos más. Es, va a ser, la verídica historia que le cuento hoy...

Pues un buen día aparecimos por allí un buen grupo, aleccionados por la novedad que se nos había añadido un joven profundamente religioso —«a lo Lefevre» para que usted me entienda— y políticamente conservador. Quería conocernos a intercambiar puntos de vista.

Ubicados convenientemente sobre rústicas mesas dudosamente limpias, servidos vinos y rones de igualmente más que dudosa calidad, acompañados de pejines, chochos, ma-

nises y algún que otro laterío y alumbrados todos por una bujía mortecina empezó el Concilio, mezclándose admirablemente como siempre, cuestiones serias con otras de pura coña. La tertulia se prolongó más de lo previsto, habiéndose reenganchado casi todos los purpurados de la misteriosa Iglesia, tanto en el taperío como en el beberío. Hasta que llegó por fin la cuenta...

Me creo que el propietario pensó que estábamos templados y quiso aprovecharse, lo cierto es que la clavada era tan descarada que se elevó unánime protesta. Santiaguito el Mulo —que así se llamaba—, que era cabezudo como él solo, pudo rectificar alegando algún error, mas cometió la imprudencia de mantenerse en sus trece y no bajarse del burro.

Las voces calientes de los cubanos, no dispuestos —bueno estaría— a dejarse avasallar, iban en aumento. El Pontífice y cierto corpulento Prior de voz tronante, lo habían acorralado contra la pared, la cosa se ponía fea.

Mas ocurrió que cierto Arzobispo estaba sentado tranquilamente sobre un saco de papas sin intervenir en el rifirrafe, al ir a apoyar la cabeza contra la pared tropezó con algo. Se volvió y miró: era la palanca de la luz. Mientras tanto, se había pasado de los esperridos al zarandeo, había que poner fin a aquello.

Así que el señor Arzobispo tiró de la palanca dejando al Concilio en plenas tinieblas. Oyéronse risas ahogadas, pasos furtivos en fuga, mientras el dueño encochinado, echando sapos y culebras, y tropezando con sacos y cajones, se precipitaba a subir la palanca. Cuando la luz se hizo, no quedaban ni Órdenes Menores. Salió a la calle gritando la intervención de la Fuerza Pública. Inútil, se habían ido los muy bandíos...

Cuando media hora más tarde nos encontramos en el Parque de San Telmo, se redobló el entusiasmo al compro-

bar como cierto Purpurado, encima se había llevado escondido en su profundo y espeso abrigo —que nunca dejaba ni en invierno ni en verano— dos riquísimas botellas de malvasía.

Total que aquello terminó rematándose con media chispa.

Animados por el feliz desenlace, fuimos a refrescar a la punta del muelle, allí donde usted recordará se encontraba el carcomido monumento al inmortal don Benito, el genial autor de *Los Episodios Nacionales* estropeado por la marisma y el salitre. Desde hace mucho tiempo estábamos pensando la forma de protestar por su ubicación, pues bien, toda la ciudad se carcajeó al día siguiente, cuando se comprobó que la célebre obra de Victorio Macho había sido amorosamente arropada con aquel abrigo cardenalicio que aquella noche se hizo la colecta: te compramos uno nuevo, pero ese ya bastante raído, se lo dejamos de bufanda al pobre don Benito que tiene la gripe. Así se hizo.

Pero no paró aquí la cosa. Usted recordará que el muelle de Las Palmas tenía forma de «L» y que a su derecha estaba ubicado un monumento en el que se decía que desde aquel lugar había embarcado Franco el 18 de Julio para salvar la Patria. Pues bien, la misma noche de copas en que abrigamos a don Benito, hicimos una sonada mataperrería sobre ese otro monumento. Se la voy a contar en detalle, esperando que a estas alturas ya no haya gente que se caliente. Por cierto, que fue curiosa la escueta nota que salió al día siguiente en la prensa, dando cuenta sobre la «incalificable grosería e inaudita afrenta al Caudillo de España».

Pero volviendo al envenenado tabernero, le diré que nosotros jamás quedábamos mal con nuestra conciencia. Así que tranquilamente, elaboramos una nota memorizando cuidadosamente todo lo que habíamos consumido en el Concilio de las tinieblas —como así se le llamó— valorando el sofoco más bien por lo alto que por lo bajo. Se añadieron

por supuesto las dos botellas de malvasía y se acordó que al día siguiente le visitaría una comisión para pagarle. Se le habló clarito: esto fue lo que consumimos, calculando más bien por lo alto, no le pagaríamos ni una perra más.

Si estaba conforme bien y si no, que hiciera lo que quisiera pero que le advertíamos que si intentaba algo, le íbamos a amargar la existencia. A la cuenta se le añadía un pergamino de excomunión de por vida, cuidadosamente redactado en un papel barba, con caligrafía de contable antiguo.

Refunfuñando, Santiaguito el Mulo se metió las perras en el bolsillo, mientras el muy irreverente rompía airado en mil pedazos la excomunión. Así fue, amigo lector, como nos mudamos al «Herreño».

Pero se me olvidaba lo principal: ¿Qué pasó con aquel joven conservador a lo Lefevre? Pues en el transcurso de las horas, admirado al principio por la habilidad dialéctica de los cotertulios, que nada más empezar me metieron en el lío que me digas si la paloma del Espíritu Santo es macho o hembra; participando luego como el primero del regocijo de la huida del excomulgado tabernero; con el alma en vilo vio luego como fray Juan, ágil como un gato por tener menos carnes que una jiñera, se encaramaba hasta don Benito para colocarle la gigantesca bufanda en las sombras de la noche a riesgo de darse definitivo talegazo; contempló luego la osadía del cardenal Lutero, que en inverosímil equilibrio, se escarranchaba sobre el Caudillo de las Españas y que en lugar de lanzar un proyectil como todos esperábamos, lo hizo como un regador con tales aires y estampidos que dominaron por un momento el bramido de las olas, hasta el punto mire usted, que el Sumo Pontífice hubo de brincar precipitadamente a un lado huyendo de las salpicaduras. Por cierto que excusose luego su Eminencia, que seguramente

la mezcolanza de entullos y beberíos, le habían producido semejante flojera.

En fin, que luego de ver tales prodigios, terminó por caerse del caballo como San Pablo, proclamándose entusiasta cofrade de la Orden de los Templarios y solicitando ser inmediatamente bautizado.

Extraordinario caso que en horas veinte y cuatro, pasó de carca insufrible al bando de los progres-progres de verdad. Hoy, es uno de los más importantes dirigentes de uno de los partidos más zurdos, usted seguro que lo conoce.

Pero no voy a decirle quién es, si lo hiciera rompería con la promesa que hice cuando inicié la narración de estas verídicas historietas. Lo siento.

CAPITULO XXIV

FALO Y SUS AVENTURAS

Como le conté hace ya tiempo, en la década de los cincuenta ocurrieron una serie de sucesos insólitos en nuestra ciudad, tal vez porque la escasez de recursos y diversiones hacían agudizar el ingenio a nuestra juventud. La admirada Iglesia Cubana no tenía el monopolio de la originalidad y por eso me permito hoy, amigo lector, la licencia de contarte algunos sucesos acaecidos en círculos ajenos a la mentada Iglesia, complementando con ello la descripción de un ambiente que titulo: Las Palmas, 1950.

Hubo personajes de lo más singulares, por ejemplo, Juanito el Argumento. Si era domingo, todo estaba cerrado y usted necesitaba pergeñar algún documento oficial con urgencia, no tenía sino que buscarlo por los aledaños de Triana. Por allí andaba tan estrafalario como servicial individuo, exhibiendo en su ropa, toda suerte de sellos de diversos valores, pólizas, timbres móviles o inmóviles, papel de barba timbrado o sin timbrar, papel carta, carboncillos, alfileres, lápices multicolores, gomas y otros pertrechos. A más de uno sacó de apuros.

También estaba por ejemplo Falo, el mismo que ya le mentè que en cierta ocasión batió el record del mundo de los cien metros libres (que aún ostenta), cuando nadó Guiniguada abajo, desde el Puente de Palo hasta el mismísimo Teatro Pérez Galdós.

Yo siempre he creído que Falo tuvo una tuerca floja, pues desde su más tierna infancia se le notó un extraño es-

píritu inquieto. Sus primeras letras las aprendió en las Madres Dominicanas, allí en la calle de los Moriscos o Doctor Rafael González como usted prefiera, pasándose las veladas amarrado con gruesas sogas a una silla. Fue la condición que pusieron las pacientes monjas para que continuara, después que hubo que llevar al hospital de San Martín a una niña de su edad, a la que introdujo un pizarrín por la nariz a «ver qué pasaba».

Un niño mataperro era y es, más o menos lo normal. Lo insólito era que lo expulsaran del Viera y Clavijo, de los Jesuitas, del Instituto, del Corazón de María, de los Salesianos, del San Antonio y hasta del Lope de Vega. Y digo «hasta» por qué este último Colegio tenían un Director con vocación de mártir, que aguantaba cuanto le echaran. Pero no pudo más, cuando Falo vendió a hurtadillas parte de la biblioteca del colegio a la Casa Croli para comprarse un escuálido caballo lleno de mataduras que había visto en la plaza del Mercado.

Para colmo lo echaron de la Escuela de Comercio cuando delante del claustro de profesores y con una sala atestada de alumnos espetó al director: «Sepa usted y le advierto que como me suspendan, Suecia le declarará la guerra a España». Su sufrido progenitor era efectivamente el cónsul de aquel país en nuestra ciudad.

Naturalmente en el Instituto y Viera y Clavijo, centros más tolerantes, aguantó algo. En cambio en el ambiente más refistoliado de los Padres Jesuitas, cayó como una bomba. Así un buen día, un padre Jesuita describía el desembarco de los paracaidistas en Normandía.

Entusiasmado Falo fue a su casa, tomó el paraguas de sus progenitores, se fue a la azotea de dos pisos de su casa y se jincó al vacío. Sólo se partió un tobillo, porque quiso la suerte que el Ayuntamiento estaba reparando la calle don-

de vivía —Los Balcones señaladamente— y aterrizó por fortuna en piso arenoso.

Cuando lo castigaban con no jugar al fútbol, con un alfiler de cabeza negra picaba los balones, se bebía el vino para la misa y soltaba en clase abejones de culo blanco, que cazaba en los jardines colindantes y guardaba celosamente en un cartucho. Finalmente el padre Zaballa —terror de los jóvenes— lo cogió por una oreja y lo echó de un puntapié a la calle. ¡Me vengaré! Le increpó Falo desde el pórtico de entrada del colegio. Y vaya si se vengó...

* * *

La venganza de Falo fue sonada, quedó registrada en los anales estudiantiles como un record difícilmente superable. Lo primero que hizo fue ir por los alrededores de San Agustín y del Zuleika, a reclutar cuantos golfos pudiera encontrar y que por cierto los había a patadas. Repartió entre ellos cartuchos, hilo carreto y voladores. Asimismo dio a cada pillo una hermosa cuchara de plata, preciosa cubertería, herencia de varias generaciones, que Falo hurtó a su madre del aparador familiar.

La siguiente tarea fue asechar en los alrededores del Potrero las entradas y salidas de tartanas y diversas caballerizas que por allí habían. Cada vez que una de ellas lanzaba sus necesidades, un golfo tomaba su cuchara de plata vienesa e introducía delicadamente su contenido en un cartucho, cerrándolo con un trozo de hilo carreto.

Cuando Falo consideró que había «municiones» suficientes para la descomunal batalla que se avecinaba, condujo a sus aleccionadas huestes al colegio de los Jesuitas, colocando a su soldados en abanico, bajo las ventajas donde solía encontrarse el temible Zaballa, señaladamente para que usted

lo sepa, la ventana más cercana al mar de la antigua fachada norte.

¡Zaballa, cabrón, sal si eres hombre!, gritaba provocadoramente Falo desde la calle. Purpúreo de ira, asomóse el interpelado por la ventana, al tiempo que una lluvia de voladores, piedras de la marea y «municiones» cayeron sobre el iracundo sacerdote. Según me contaron amigos que estaban dentro de clase, el alumnado hubo de esconderse como pudo bajo los pupitres, al tiempo que una montaña de cagajones se desmigajaba equitativamente por toda la clase.

Para desdicha del susodicho Zaballa, una bomba lanzada acertadamente por Falo, reventó contra su frente, tirándole atrás el bonete. Quedó la boñiga apelmazada en la frente del clérigo. Seguramente estaba reciente, ya que lentamente dos gotas canelas rodaron lentamente por sienes, cejas, cachetes y mandíbulas, introduciéndose finalmente cuello abajo.

El padre Zaballa, que no decía ni «contra», prorrumpió en tales improperios —¡quién lo diría!— que hubiera dejado avergonzadas a las más estropeadas hembras de la calle Molino de Viento. No sé si resultó cierto, pero se rumoreó que estuvo luego haciendo buches de agua bendita, impresionado por su propio lenguaje.

Y luego el insólito final: Zaballa, que abandona la clase, sale a la calle y remangándose la sotana, inicia inútil persecución contra Falo y sus muchachos.

Recibida la denuncia, el guardia «Perejil» hizo sus averiguaciones hasta dar con el culpable. El bueno de don Balbino, párroco de San Agustín se había enterado, se la tenía jurada a Falo y se chivó al Perejil.

Fue tal la entollada que le dio su progenitor que al final le dijo: «Mira, Falo, estoy harto de darte leña, toma el bastón y sigue tú.» Y Falo, obediente, siguió arreándose la leñada entre gritos de dolor. Así fue Falo.

CAPITULO XXV

DE CUANDO FALO QUISO IRSE NADANDO A TENERIFE

En anteriores capítulos ya le conté que a Falo le dio por practicar el noble deporte de la natación, ya le mentè la inmortal «travesía del Guiniguada» que quedó impresa en los anales de la ciudad de Las Palmas, como uno de sus hechos más pintorescos.

Pero aún no le he contado cuando lo convencieron para que se fuera nadando a Tenerife. La montada se la prepararon Argimiro y Guardiola, a los que les gustaba la coña más que comer.

La broma empezó a gestarse una tardecita, cuando alguien comentó en un grupo en el que estaba Falo, el rumor que la Federación de Natación premiaría al club que primero hiciere la travesía Las Palmas-Tenerife, con 10.000 pesetas (¡diez mil pesetas de las de antes!).

El comentarista dejó caer la noticia, sin dirigirse a nadie en particular, como sin darle importancia y mirando a las nubes del cielo con una cara de bobo que no podía con ella.

Falo picó el anzuelo e inquirió algunas aclaraciones. La cosa no parecía descabellada: la salida sería de la playa de Las Canteras y el punto de llegada Santa Cruz de Tenerife. Las bases del concurso señalaban que sería a base de relevos de hasta diez nadadores como máximo, así que cada uno tendría que hacer unos 10 kilómetros. Los relevos se efectuarían en alta mar, donde la Federación, desde un remolcador, controlaría la prueba.

Falo pertenecía al Club Alcaravaneras, en dura porfía con el decano Club de Natación Metropole y el Marítimo de Las Canteras.

Días más tarde se comentó, asimismo, que la prueba tendría que realizarse pronto, pues había noticias que el Club Metropole intentaba adelantarse para llevarse el premio. La lista de los diez, comentó Argimiro más serio que un Guardia Civil ya estaba confeccionada: los hermanos Guerra, Alberiche, Federico Sarmiento, fulano y zutano, total diez. Indignóse Falo sobremanera: él quería participar, le tocarían 1.000 pesetas que era lo que necesitaba para comprarse un caballo que había visto en la plaza del Mercado. Después de fuerte «oposición»,, se accedió a colocarlo en el puesto número once de la lista, es decir quedaba como suplente por si fallaba alguien.

Pero se le impuso una condición: habría de someterse a fuerte entrenamiento bajo las órdenes de Guardiola, que tenía la cara tan fresca para contar trolas, que según las malas lenguas, cuando decía una verdad se quedaba colorado como un tomate. Se le habló a Falo muy seriamente: era conveniente entrenar a mar abierto, pues la prueba sería muy dura y no se podría tolerar un fracaso por su culpa.

Así, al día siguiente, Guardiola ordenaba a Falo tirarse por el rompeolas del Parque, nadando bajo las resacas y ahogaduras hasta San Agustín, por donde salía lleno de mataduras.

Asimismo era necesaria una sobrealimentación. Como habría que hacerla a escondidas de su propia familia, Falo ideó lo siguiente: en la azotea de su casa había un gallinero con buenas ponedoras de raza. Falo, portando un alfiler de cabeza negra, picaba los huevos aún calentitos y los sorbía con deleite. Púsose amarillo como una tiricia de tanto huevo crudo —sería de la carajaca digo yo— y yéndose por el palo a cada dos por tres.

Por cierto que estando «entrenando» a la vera del Zuleika, le voy a intercalar un suceso que por su rareza puede calificarse de extraordinario. Pues resultó, que estaba Manolo Guardiola exhibiendo sus cualidades natatorias ante un nutrido grupo de encandiladas muchachitas de Vegueta, cuando se le acercaron embaladas un grupo de toninas. Una de ellas jugueteando se le metió por debajo, tirándolo al aire unos dos metros. ¡Huye Guardiola, tiburones!, le gritaban desde tierra. Tras veloz sprint, llegó la orilla, blanco como un muerto, la respiración jadeante, los ojos como chernes... ¡Vaya susto! Estuvo semanas sin oler la marea de puro chirgo.

Mas volviendo nuevamente al cogollo de esta verídica historia, se le comunicó a Falo con dramáticos aspavientos, la fatal noticia que el gran Manolo Guerra se encontraba con fiebre y que tendría que participar él. La prueba estaba programada para el día siguiente y no cabía aplazamiento. Se había decidido que como él, Falo, era el más flojo se le había dado el tramo más fácil, es decir el primer relevo. Así que mañana a las diez en punto, habría de presentarse como un clavo en la playa de Las Canteras.

* * *

Ni una sonrisa, ni una chacota, nada que hiciera barruntar el más mínimo pitorreo, así es el humor negro de nuestra tierra, todo el mundo más serio que en un funeral de primera. Mientras Argimiro y Guardiola lo embadurnaban de aceite para el frío, le daban los últimos consejos: «Nada en línea recta, que a unos diez kilómetros —se le indicó vagamente el horizonte— está Alberiche esperándote en una falúa.» «Y sobre todo ten en cuenta que el Club Metropole tiene espías por estas aguas, si te dicen que te retires de la

prueba, tú no hagas caso porque perderemos todos el dinero.» «A mí —farfullaba Falo iluminado— no me sacan del agua ni amarrado.»

Tiróse al agua y nadó hasta la barra. Estaba la marea baja, así que se le vio atrevesarla caminando y botarse por fuera, braceando mar adentro alejándose más y más. En tierra se tronchaban de risa.

Entonces Guardiola puso punto final a la montada. Tal y como tenía previsto, se dirigió a la Comandancia de Marina —allí junto al bar «Las Cuevas» célebre en su tiempo por sus bailoteos— y pidió hablar urgentemente con el Oficial de Guardia.

Lo atendió muy correcto un teniente, que recibió incrédulo la noticia, que «un loco estaba empeñado en ir a Tenerife nadando y que ya estaba bastante lejos». Tomando un catalejo, subió raudo a la azotea de la Comandancia, efectivamente, a un kilómetro aproximadamente, un bañista braceaba mar adentro como una exhalación. Tomó el teléfono y con voz caliente gritó ciertas órdenes. A poco, por allí por Juan Pérez, salía una lancha con un fuera-borda y con varios roncotes a bordo.

Por uno de ellos supimos luego el diálogo que se sostuvo en medio del proceloso Atlántico. ¿A dónde vas tú nadando? «¡Pues a Tenerife y no pienso abandonar!» ¿Estás loco? Por orden de la Comandancia de Marina: ¡súbete ya carajo! «¡Me niego, ustedes son espías del Metropole!» y margullando por debajo de la lancha que pretendía detenerlo, siguió mas adentro.

Los roncotes estaban de pésimo humor. Habían abandonado una serie de ocupaciones por culpa de aquel chalado, porque en aquellos tiempos era imposible desobedecer una sugerencia de la Comandancia de Marina, así pues había que subirlo a la fuerza, no estaban dispuestos a perder más tiempo.

Después de múltiples intentos pudieron al fin atraparlo con una red y subirlo a la lancha como un burgado, es decir con las patas para arriba y vociferando insultos.

Llegó a tierra pringado de aceite, metido bajo una red y amarrado con fuertes maromas. Desde allí fue llevado a la Comandancia de Marina y luego al Cuartelillo de la Policía Municipal, sito en la calle de Reyes Católicos. Cuando su progenitor fue a recogerlo, todavía gritaba: «¡Guindillas jediondos, son todos ustedes espías del Metropole!»

Por aquellos tiempos no cabe duda que las bromas a veces se pasaban...

CAPITULO XXVI

DE CUANDO EL MISMISIMO CONSEJO DE MINISTROS SE PREOCUPO POR LA IGLESIA CUBANA

Yo no sé si usted sabrá que alguno que otro miembro de la gloriosa Iglesia Cubana empezaron a estudiar en La Laguna. Digo empezaron, porque la mayoría terminaron en Madrid o por ahí, seguramente porque lo que vieron no les gustó ni pizca. Digo yo.

Pero lo que viene al caso, es que nada más llegados a la húmeda ciudad de los Adelantados —de los atrasados decíamos entre nosotros— la temida Iglesia cobró inmediata fama, especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Era el tiempo cuando la Universidad estaba en la calle de San Agustín y aledaños, en el magnífico barrio antañón que comprende desde la plaza del Cristo hasta la calle de la Carrera, con su venerable Teatro Leal, Casino y recoleta plaza de los Adelantados. Ojalá se mantenga siempre en su original hermosura.

Le confesaré que en mi última visita a La Laguna, el corazón me dio un vuelco, da la impresión que la ciudad ha quedado partida en dos. De la calle la Carrera hacia el sur, un bodrio espantoso de cajas y más cajas de cemento. Menos mal que han respetado al otro extremo los incomparables Paseo Largo y de La Manzanilla, con su estadio al fondo, escenario de no pocas peloteras, cada vez que los grancanarios Victoria y Marino se desplazaban a jugar con el titular, el Hespérides, sin lugar a dudas el mejor equipo tinerfeño...

hasta que el Club Deportivo Tenerife terminó con él, apuñalándolo de la forma más guarra que cabe imaginarse.

Quieta y acogedora era La Laguna, cuando sólo unos cientos de estudiantes se desplazaban allí a estudiar y eran recibidos en casas familiares y tratados como tales. Antes que apareciera el buitre inmobiliario y metiera a veinte estudiantes como sardinas en lata, en un cubil al que llamaban piso, a sacarles el dinero, el pellejo y puede que hasta la salud. Ello explica muchas cosas.

Buena gente, hasta que no le pisaran su callo preferido, de la playa de Las Canteras, el Puerto de la Luz, la Catedral de Canarias, Triana, el Teatro Pérez Galdós, el comercio y la casa de don Bruno, que han dejado al pobre pueblo chicha en eso, en un pueblo. Entonces era —y es— cosa de llamar al psiquiatra.

Pues como le decía, la temible Iglesia Cubana hizo enseguida innumerables prosélitos. Entre ellos cabe destacar a Indalecio, que se declaró entusiasta cofrade de la coñona Iglesia. Bromista y simpático, murió años después en desgraciado accidente de tráfico.

El amigo Indalecio nos tuvo al principio escamados. Uno le hablaba y él se quedaba traspuesto, mirando fijamente sin decir ni sí, ni no, ni blanco, ni negro. Tenía unos enormes ojos saltones, por lo que el cardenal Lutero lo retrató enseguida: «Es como el buho de la Diosa Minerva, que mira pero no entiende.»

Hasta que un día habló de remplón: «Pido ser bautizado, pero como ustedes no son de aquí, yo les digo el sitio, se llama casa de Makila y tienen un vinillo de primera. El bautismo concluyó con sonada algarada callejera, hasta el punto que cierto Obispo se empeñó en robar uno de los patos que chapoteaban delante de la mismísima Catedral Nivariense, al que hubo de soltar cuando perseguido en veloz huida por un sereno, la emprendió a picotazos con el raptor. Para el

día siguiente se preparaba una paella, había pocas pesetas y su Ilustrísima tuvo la torina idea, que «arrós con pato, resultaría más barato que arrós con pollo».

Pero pasando a cosas más importantes, le recordaré que fue por aquella época, cuando fue designado don Joaquín Ruiz Giménez como Ministro de Educación Nacional. Me parece que fue la primera ligera apertura del Régimen. Efectivamente el nuevo Ministro, alto, cordial, elegante, humanitario, no parecía encajar entre tanto militarote. Aunque adicto a los principios fundamentales del Movimiento-Inmóvil, estaba fuertemente impregnado de inquietudes social-cristiana. Como usted sabe, fue evolucionando poco a poco, hasta que un buen día sin saber cómo, se encontró en la oposición. Años después, alguno de nosotros lo trató personalmente, el encomendarle su defensa ante el Tribunal de Orden Público, acusado del peregrino delito de «Rebelión Militar», sin ser militar, mire usted qué cosas.

Pues a don Joaquín, al que le había dado con notoria ingenuidad la rebelina democrática, no se le ocurrió otra cosa que promover una especie de Congreso Estudiantil en Madrid. Pasó lo que tenía que pasar, que por la menor rendija que se abriera se colaba un ventarrón de críticas al Movimiento-Inmóvil. Sería alargar en demasía esta historia, el contarle las argucias de que se valió la variopinta Iglesia Cubana para que se designaran entre otros, al Sumo Pontífice y al reciente obispo Indalecio, como representantes electos de La Laguna en Madrid.

¡La que se armó allí! Horrorizados quedaron de la propuesta canaria a través de sus representantes: Quitar de una puñetera vez las llamadas «Tres Marías» como asignaturas obligatorias, la Religión, la Educación Física y la llamada «Formación del Espíritu Nacional». Como dijera el Sumo Pontífice ante unas aterradas 500 personas: «La primera porque es cuestión de conciencia; la segunda, porque o se hace

bien o no sirve para nada y la tercera, porque son un montón de batatas que no se las creen ni ustedes mismos.» (Para colmo, lo de «batatas» hubo de aclararlo, porque los peninsulares no entendían los giros populares de nuestra habla.)

Hubo calenturas —algunas—, mas lo sorprendente fue que la mayoría se adhirió a la propuesta entre grandes aplausos.

Tanto fue el susto entre los jerarcas del Régimen, que parece que la ola llegó hasta el mismo Consejo de Ministros, quien preguntóse alarmado: ¿Qué es lo que pasa en Canarias? Y ordenaron al nuevo Ministro viniera a nuestras islas a enterarse sobre el terreno.

Al poco tiempo aparecía Ruiz Giménez departiendo incluso brevemente con algunos de los nuestros. Parece que algún alcahuete le sopló al oído que la culpa de todo la tenía cierta nueva Iglesia que estaba haciendo estragos, pero el argumento que se le dio pareció tranquilizarlo: las Tres Marías —se le dijo— eran materia aprobada en el Examen de Estado, por lo que no se veía la necesidad de repetirlas.

Persona inteligente, decidió ignorar la decisiones del primer y último Congreso de Estudiantes y hacerse el ciego, sordo y mudo. Lo mejor para evitarse disgustos era hacerse el loco, quizás lo único que él podía hacer.

Pero le quedaba al Ministro una segunda parte. La extraña secta ésa, la Iglesia Cubana, ¿cuál era su alcance real? Tendría que averiguarlo discretamente. No nos pareció casualidad, que a poco se nos acercara el Cura Guapo y pidiese una larga conversación con distintos purpurados.

Por cierto le diré que el nombrete se lo ganó a pulso y sin recomendaciones, por los suspiros nada míticos que hacía inspirar su agraciado rostro, entre las damas laguneras y no laguneras.

Dio la casualidad, que estaba preparándose el «I Concilio Cubano-Nivariense» como así se le llamó. El extraordinario

celo del nuevo prelado Indalecio, había conseguido muchos prosélitos, incluso entre las estudiantes, las primeras simpatizantes del llamado sexo débil en la repleta historia de la famosa Iglesia Cubana. Era pues preciso repartir cargos, prebendas y canonjías.

Así, el Sumo Pontífice, en un rasgo más de humor, telegrafió a Las Palmas, al objeto algunos altos cargos se desplazaron a La Laguna a reforzar el «I Concilio Cubano-Nivariense». Por cierto que uno de los telegramas llegó a manos inconvenientes, quien estuvo largo tiempo perplejo preguntándose «que extraña reunión de curas era ésa, que se iba a celebrar en La Laguna». Para no cansarle, le diré que el Concilio fue memorable, tanto por la cantidad (de asistentes y de libaciones) como por las altas decisiones que se tomaron y que paso a relatarle:

Se ratificó la obligación de «templarse por Pascua Florida», aunque hubo rezongos y conatos de desobediencia, cuando el Pontífice volvió a renovarle una bula especial, dispensando de tal obligación a fray Juan, vegetariano él, que se alimentaba sólo de agua y lechugas él, y que se ponía malo de sólo oler el ron.

El punto más conflictivo fue que no se aprobó, como se había empeñado el Cardenal Primado —cosa que le costó tremenda calentura— la obligatoriedad del precepto «fornicar al menos una vez al año», que él quería se exigiera también a algunas posibles obispesas y simpatizantes de la Iglesia Cubana que empezaban a aparecer. El Concilio acordó, como resumiera textualmente el cardenal Lutero después de encendida discusión: «Que su cumplimiento fuera de libre conciencia entre las féminas y absolutamente obligatoria para los varones y que negaba resueltamente el derecho de pernada, que pretendía para sí el Cardenal Primado.»

Se excomulgó a cierto catedrático que aprobaba exámenes en blanco si eran sus pelotas, o suspendía sin leer si-

quiera los ejercicios de aquellos que le caían mal. Se comentó cómo incluso en cierta ocasión, necesitando «aligerar» su curso por no caber los repetidores, aprobó y suspendió por sorteo. Le pongo todo eso en detalle, porque aún hay quienes se extrañan que en Las Palmas querramos una Universidad como es debido.

Se me olvidaba decirle, que el Concilio —celebrado hasta altas horas de la madrugada en la popular tasca «La Oficina»— hubo de ser interrumpido, pues hubo que expulsar a «Panchito el Músico» y a «Vende Macho», estrafalarios personajes laguneros que pretendían participar en sus deliberaciones, mire usted qué atrevimiento.

Se acordó finalmente, acceder a los requerimientos del Cura Guapo y nombrar una corta representación para su entrevista, que tendría lugar en la Parroquia de la Concepción al día siguiente. Sospechábamos que venía de alcahuete de don Joaquín Ruiz Giménez, así que por si acaso, acordamos decir lo menos posible.

* * *

Las preocupaciones del Cura Guapo, que dijo abiertamente venir con conocimiento del doctor Pérez Cáceres y en consecuencia de la Iglesia Romana, eran dos. Una de menor cuantía pero que le tenía intrigadísimo, enterarse cómo se había hecho «el milagro de las cruces» una semana atrás, y dos, que me digan si eso de la Iglesia Cubana va en serio o es de coña, que de todo se dice.

En cuanto al punto primero, se trataba de lo siguiente: Manolo el Químico había echado en la pila del agua bendita de la Catedral Nivariense cierto líquido poco antes de la Misa de los ricos, es decir la de doce. Me parece que era bromuro de plata. Al entrar, cada asistente con pomposidad y boato,

tomaba agua de la pila y se hacía la correspondiente cruz. Media hora más tarde un grupo de cubanos y simpatizantes, apostados en los bajos del Ateneo de la ciudad de los Atrasados, situado como usted sabe, frente al atrio de la Catedral Nivariense, gritaban: ¡milagro!, señalando con fingidos aspavientos la negra cruz en la frente de cada creyente.

Con la mano en el corazón tengo que reconocer que fue un fracaso. Las encopetadas damas y caballeros, los muy descreídos, cabreadísimos tanto ellas como ellos, mojaban sus bordados pañuelos de encajes en la cagada tanqueta de los patos, restregándose airados sus respectivos frontis. La Iglesia Cubana se cerró a cal y canto a tal aclaración: «Nosotros no sabemos nadita de nada y si usted señor Cura Guapo no cree en milagros, pues nosotros tampoco.» Nada pudo sacar en claro.

Planteóse el segundo punto que era aún más comprometido y menos sacaba aún, recibiendo además puyas y puntitas de todos los lados. El cura Guapo dijo estar mareado y harto, de forma que no estaba dispuesto a perder el tiempo, interrumpió bastante caliente, que nos reintegráramos al seno de la Iglesia caso que estuviésemos fuera. «Estoy dispuesto —dijo textualmente— a platicar cuantas veces sea preciso», esto hay que aclararlo y para eso estoy aquí, «pero que por favor déjense de tomarme el pelo».

El envite hubiera sido una interesantísima experiencia, mas fue el Cardenal Primado quien, llegado a este punto, lo estropeó todo. Con la voz cascada por el vino y las resacas dijo: «Estamos dispuestos a incorporarnos ahora mismo a la Iglesia Romana a condición que nos respeten nuestros cargos.»

Excesiva pretensión. El Cura Guapo levantóse lentamente, dio un largo bufido, luego un violento portazo, fuese y no hubo nada.

Al lector:

Al hacer saber que daba por cerradas las famosas historietas de la Iglesia Cubana, me he visto atosigado por lectores y amigos, que nada conformes con mi decisión, me reprochan que hay muchos, muchísimos sucesos aún no relatados.

Nada más cierto. Lo malo es que en esta vida no todo se puede contar y que si me apuran mucho y pretendiese ir a por «las siete y media», puede que me pase y el personal se me enroñe, que sería peor. Así que me planto.

Pero para que tampoco crean que me pongo en plan cabezudo, he pensado que si de vez en cuando me sopla el viento de popa y se me hincha el velamen de las ganas, el humor y la paciencia, y sobre todo, si con mi bote puedo sortear los muchos escollos que cada cual tiene que soportar en la marejada de esta puñetera vida, soltaré alguna que otra vez, alguna que otra historieta, que podrá coleccionarse a los 26 capítulos ya salidos.

Así le envío cinco más, esperando que le aproveche tanto tales enredos, como nos regocijaron a sus autores. Vale.

ARTURO CANTERO SARMIENTO

CAPITULO XXVII

DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA HIZO MALDECIR AL PADRE PIO DE LOS DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS MODERNOS

Yo no sé si usted recordará aquellos libros de Historia Sagrada que nuestra generación hubo de sufrir resignadamente, como norma de obligado cumplimiento. Empezaron a editarse, una vez triunfado el Movimiento-Inmóvil, después de la guerra incivil española.

Se decía en tales textos que la creación del mundo había acontecido exactamente el año 4004 antes de Cristo. Capicúa. Se acompañaban cándidos dibujos donde aparecían Adán, Eva y la perversa serpiente, rodeados de leones, jirafas, antílopes y demás animales contemporáneos.

Cangrejiándome en el tiempo —dándole para atrás a la «moviola» para que usted me entienda— recuerdo cómo la muchachada que luego formó la temida Iglesia Cubana, acorralaba al padre Pío —luego le hablaré de él— con impertinentes preguntas, que dónde estaban otros animales que antes existieron: los cleripopótamos, los sotanoides, los parroquidermos, los carcosaurios y los diplodocus, respondiendo el interpelado morado de agresividad que sólo de este último animal había oído algo, pero que de todas formas, todo era viles patrañas de los ateos, para confundir a los creyentes.

Más embarazosas eran las preguntas, que cómo era posible que Caín fuera agricultor, si antes el hombre había sido nómada, cazador, pastor y si la agricultura había aparecido el otro día, como el otro que dice.

Que explicara qué había pasado en toda la etapa precedente. El padre Pío poníase entonces del color de la ciruela negra, negando la evidencia, que la descripción de los textos sagrados, era el último minuto de la existencia, con un solo y tenaz argumento: «mentiras de los herejes».

Recuerdo el día que un joven —luego notable Obispo de la Iglesia Cubana— apareció por el colegio esgrimiendo triunfante la reproducción del esqueleto del diplodocus que usted habrá visto cientos de veces fotografiado en el Museo de Ciencias Naturales de Londres. Cuando el padre Pío tomó la fotografía en sus manos estuvo a punto de darle una ataque de apoplejía: «Sepan ustedes, queridos míos —explicó tan frescamente—, que esto no son huesos, sino construido por los impíos con cartón-piedra para engañar a los incautos y sembrar la desconfianza.»

No hace falta que le explique que el padre Pío fue un fanático con una visión muy particular de la Historia y la Religión. Y como leerá en los sucesos que le cuento el próximo domingo, un verdadero esquizofrénico en lo tocante asuntos de faldas. Y aún me quedo corto.

Unos diez años después, y ya formada la peligrosa Iglesia Cubana, nos tropezamos casualmente con el padre Pío, que continuaba siendo público bastión de la moral, las costumbres y por el Imperio hacia Dios arriba España, pues no faltaría más. Comprobamos atónitos que su postura seguía siendo la misma: la Creación fue el año 4004 antes de Cristo, el mundo era exactamente igual a como actualmente era y el diplodocus del Museo británico era de cartón-piedra.

Pero el tiempo ya había pasado y los jóvenes cubanos ya poseían conocimientos y argumentos demoledores. Re-

cuerdo que el revolcón que se le dio fue tremendo. Trémulo de espanto pudo oír, que a resultas de la investigación atómica, un producto llamado *carbono catorce,* permitía fijar la antigüedad de los descubrimientos de la panteología, con márgenes mínimos de error. Se le explicó que se había comprobado que el horizonte era mucho más amplio que lo que se sospechaba: sus ridículos 4.004 años retrocedieron primero a 20.000, después a 200.000, luego a un millón y más para los humanoides y cientos de millones para los reptiles y otras especies.

Asustado, supo el padre Pío que antes del Neardenthal había existido el sinántropo y mucho antes el pithecantropo y mucho antes el australopithecus. Juro que es mentira que esta vez se le mentara a los cleripopótamos, a los parroquidermos, a los sotanides y a los carcosaurios, no fuera a creerse que le estábamos tomando el pelo.

La respuesta del padre Pío, mirando a lo alto, retorciéndose la manos de angustia, fue aquel grito que se hizo tan famoso y que usted sin duda oyó mentar:

«¡¡Ah, maldito sea mil veces, el carbono catorce!!»

La Iglesia cubana retiróse. Por un lado con la satisfacción del vapuleo infringido y por otro con la indignación de saber, que el tal individuo, no sólo nos había intentado engañar en los años colegiales, sino que adrede continuaba haciéndolo con las nuevas generaciones.

Recuerdo que las grandes dignidades de la famosa Iglesia Cubana nos sentamos en la Plazuela a meditar un plan para escaldarlo definitivamente.

Por supuesto que quedó escaldado y bien escaldado, pero eso se lo dejo para el próximo domingo.

CAPITULO XXVIII

MORALIDAD Y TRAPOS VIEJOS

El sorroballamiento contra el padre Pío habría de llevarlo a cabo nuestro prelado Pirandello, según se acordó en Concilio. El próximo capítulo ya le diré quién es.

Para suministrarle argumentos que utilizaría contra el mentado padre Pío si fuera menester, toda la Iglesia Cubana en peso, se lanzó a la búsqueda de documentos oficiales que servirían además de alborozo y desternillo de futuros Concilios, así como para su divulgación, que produjo grande chirigota entre liberales e intelectuales y profunda indignación entre santurrones y carcas.

Quedaron guardados en la terrible «Arca Chismorum». Hoy, al cabo de tantos años, trémulo de emoción, desempolvándolos cuidadosamente y quitándole polvo y telarañas, descubro semejantes joyas y puedo leer los siguientes desatinos:

— *Bando en defensa de la Moralidad Pública* (Dirección General de Seguridad, verano de 1944):

«Desterrar de nuestras prácticas sociales... plebeyos desaliños en la indumentaria con el pretexto de elevada temperatura, o soeces manifestaciones de ruidosa alegría, indecorosas actitudes... se han dado instruciones severas a nuestros Agentes de la Autoridad para que los contraventores sean multados en el acto y en caso de contumacia... deberán adquirir en un campo de trabajo, el concepto del buen gusto.»

— *Circular del Patronato de Protección a la mujer (8-6-1943):*

Por la que se crean ramas auxiliares, los «Caballeros de la Pública moralidad en el baile», que deberán denunciar los casos de apreturas indecorosas, y los «Cruzados de la modestia cristiana», que perseguirán la innecesaria ligereza de ropas...

— *Circular del Cardenal Primado Pla y Deniel, sobre los vestidos, 1943:*

«Los vestidos no deben de ser tan cortos que no cubran la mayor parte de las piernas, no es tolerable que lleguen sólo a las rodillas. El escote está contra la modestia por el escándalo que produce... Es contrario a la modestia, el llevar la manga corta, que no cubra el brazo al menos hasta el codo... es contra la modestia no llevar medias. Aun las niñas deben llevar la falda bajo las rodillas y a los doce años deberán llevar medias. Tampoco los niños deberán llevar los muslos desnudos.»

— *Boletín Diocesano, 1957.* El mismo prelado declara que...:

«El baño mixto en playas, piscinas y ríos, constituye un estado de pecado y escándalo.»

— Y la siguiente joya de idéntico autor supera todas las anteriores:

«La existencia de pobres y ricos es no sólo inevitable sino incluso conveniente. Sólo de esta forma los pobres podrán practicar la resignación y la paciencia, y los ricos la caridad y la compasión. Los ricos no podrían salvar su alma si no existieran pobres, al no poder ejercer aquellas virtudes.»

Aquí su Eminencia demuestra su gran conciencia social. Lamentablemente, ni un solo capitalista en España, se desprendió de sus bienes terrenos y se decidió practicar la resignación y la paciencia recomendadas.

Por cierto que este prelado fue el mismo (30-9-1936) que bautizó la atroz guerra incivil española, como «Santa Cruzada»...

CAPITULO XXIX

DE CUANDO EL PADRE PIO, REVELO A LA IGLESIA CUBANA LAS NORMAS SEXUALES TOLERABLES

La última semana dejé a la Iglesia Cubana maquinando cómo escarmentar al mentiroso padre Pío. En la perrería que se le hizo —con ribetes de putada— intervino un sigiloso obispo al que llamábamos Luiggi Pirandello.

Tuvo un papel decisivo en la verdadera historia que hoy le cuento, y me creo que tan coñón y simpático amigo merece tal distinción, ya que casi al final de estos sucesos aún no se lo he mentado.

A Luiggi Pirandello lo llamábamos así, no porque tuviese alguna especial devoción hacia el célebre Premio Nobel, sino más bien para distinguirlo de los muchos Luises que había en la Iglesia Cubana. Se lo describo rápidamente: pelo ensortijado, gafas de culo de botella, rostro marmóreo, un funeral por fuera y una verbena festiva por dentro.

Cuando estaba de ganas era insuperable, imitando tanto a una beata confesándose, como al predicador amenazando a los fieles con los terribles tormentos del infierno, como a la niña púdica confesando avergonzada sus primeros deseos impuros. Entonces era cosa de mondarse de risa. Además creo tenía unas dotes extraordinarias para el arte interpretativo, hasta el punto que el Cardenal Primado, célebre por sus frases lapidarias, comentó en la plazuela con su habitual agudeza: «Si nuestro amigo Pirandello se hubiese dedicado

al *sine* o al teatro, Cagable (Gark Gable) y Gregorio Pérez (Gregory Peeck), hubieran tenido que buscarse un empleo.»

Ocurría además una circunstancia harto jocosa dentro de la peligrosa Iglesia Cubana, resultaba que Pirandello y el Cardenal Lutero eran vecinos, comunicándose sus azoteas respectivas. Aquél se saltaba a escondidas el murete de la azotea para fornicarse la chacha que trabajaba en casa de su Eminencia. Llegaba entonces ufano al paseo de la calle Triana, anunciando triunfante: «Lutero es un tolete, no se imagina la chacha que tiene.»

Pero por su parte, el cardenal Lutero brincaba la azotea en sentido inverso para pecar con la chica que a su vez trabajaba en el domicilio de Pirandello. Aparecía entonces privado en el paseo de Triana ufanándose: «Pirandello es bobo, no sabe la chacha que tiene.»

Y el Cónclave de la Iglesia en peso reventaba conteniendo la risa, manteniendo el equívoco entre ambos purpurados, sin descubrir sus mutuas debilidades.

Pero a lo que iba: para soliviantar al padre Pío, acordóse la osadía de irse a confesar con él y mostrarle nuestro particular arrepentimiento.

Después de seguirle el rastro por los sitios que iba, se acordó, día, hora y lugar, acercándose primero el obispo Pirandello...

Como consumado artista, fingió a la perfección ser un timorato atormentado por futilidades. Acusóse de decir malas palabras, «coño» concretamente, retorciéndose las manos presa de remordimiento. «No te preocupes que a mí se me escapa también de vez en cuando», le animaba el padre Pío mientras le daba amistosos golpecitos en la espalda. Mas Luiggi, se mesaba los cabellos con desesperación por sus muchos pecados cometidos y no se iba, también se acusaba de alguna que otra inocente mentira, diciendo merecer por ello el fuego eterno. El padre Pío empezaba a cansarse, empu-

jándolo suavemente para que se largara, más tarde arrempujándolo descaradamente para apartarlo, pero Luiggi se aferraba más y más a las maderas del confesionario. Al cabo de una hora —cuarta más cuarta menos— el padre Pío prorrumpió en voz alta y con voz caliente: «¡Eres un pelmazo, lárgate ya, reza un avemaría y déjame en paz de una vez!» El Cónclave de la Iglesia Cubana le concedió a Pirandello el tercer premio.

Le tocó luego a cierto arzobispo. Nada más empezar fue el grano: se había fornicado una cabra. Imagínese el estupor del padre Pío, que llegó a expulsar de la Iglesia a alguna muchachita, por tener el último botón de arriba de la camisa desabrochado, aquel que quedaba arrente al pescuezo. Al principio pareció no comprenderlo bien y pidió aclaraciones: «¿Te refieres a una cabra con faldas o a una cabra animal?» Quedó espantado, con los ojos como chernes, al saber que el penitente se acusaba de lo último. Diez rosarios de penitencia con los brazos en cruz. El Cónclave de la Iglesia Cubana otorgó el segundo premio al señor arzobispo.

El primer premio se lo llevó cierto cardenal, flaco él, vestido de negro él, con bufanda él, con el pelo alborotado como una de esas turbulentas arboledas pintadas por Rubens. Lo que sucedió no se lo voy a explicar, sólo que fue expulsado entre voces de algarabía con conatos de tumulto.

En el sofoco del padre Pío, dimos por cumplida la venganza. Pero quedaba una segunda parte: la increíble pundibundez del clérigo —¿hasta dónde llegaba?—. Sospechábamos que en cuestiones sexuales concretamente, alcanzaba cotas del disparate.

Para saberlo elegimos a Luiggi Pirandello por varios motivos, primero por sus extraordinarias dotes interpretativas, segundo por su infinita paciencia para el sonsaco y el pulpeo y finalmente porque teníamos la sospecha —luego confirmada— que el purpurado Pirandello no estaba fichado.

Por lo visto el padre Pío se convenció que los «premios» primero y segundo habían sido barrabasadas para soliviantarlo, «a esos dos o no quiero verlos ni en pintura», pero el tercer premio —el de Pirandello— él pensó que no fue fingimiento. Por lo visto no relacionaba a Luiggi con «ese grupo de parranderos y burleteros».

Conseguida cita para una larga conversación entre el Obispo Pirandello y el padre Pío, estuvo también presente un subordinado de éste, el padre Adelmo. Su Ilustrísima llevó hábilmente la conversación hacia temas sexuales, inquiriendo la opinión del padre Pío sobre los límites que a su juicio eran o no permisibles. En un momento de la conversación intervino tímidamente el padre Adelmo, sugiriendo que él no había leído nunca que el placer dentro del matrimonio estuviese proscrito. El padre Pío fulminó a su subordinado con una mirada asesina, al tiempo que exclamaba: «El placer es repugnante.» Y con una señal inequívoca invitó al padre Adelmo a abandonar la reunión. «Mejor —pensó Pirandello—, así sin testigos podré exprimirlo como un limón.»

Luiggi Pirandello le dijo intrigado que si no había ayuntamiento corporal no habría procreación y que en consecuencia, la humanidad desaparecería y que, por lo tanto, cuál era a juicio del padre Pío las normas mínimas que deberían implantarse como moral oficial.

Con infinita paciencia el obispo Pirandello fue pulpeándolo, pulpeándolo, hasta sacar cuál era su «ideal». El padre Pío, después de criticar amargamente al Papa Pío XII, por su excesiva tolerancia en tales asuntos, expuso cuales serían las normas a implantar caso que él llegara a Papa.

Pirandello, impresionado, las reprodujo nada más llegar a su casa. Recuerdo que en un papiro muy pulcro y refistoliada letra de redondilla con plumín y tinta china —el bolígrafo aún no se había inventado— redactó, lo que era pro-

ducto de una enfermiza represión. Lo aportó al siguiente Concilio convocado al efecto. Lástima, por cierto, que este y otros papiros se perdieran para siempre. Decía así:

EL ESPUELAZO PARROQUIAL

«Los cónyuges que deseen llevar a cabo el asqueroso acto sexual deberán enviar a la Parroquia más cercana una instancia debidamente firmada por ambos. Deberá adjuntarse una costosa póliza que se creará a tal efecto, que se dedicará a los "Niños Infieles".

Una vez recibidos por el señor cura párroco, en lugar, día y hora idóneos, los esposos se situarán a ambos lados de una plancha de metal que los separará a ambos, al objeto de evitar miradas impúdicas y contactos innecesarios a la procreción en sí. Allí, ambos esposos, se despojarán de sus vestiduras.

Seguidamente los cónyuges se acercarán a la plancha metálica, cara a ésta, apoyándose de pie contra ella. La mencionada plancha tendrá un orificio de 10 centímetros de diámetro por donde el cónyuge varón tratará de realizar el acto necesario a la perpetuidad de la raza humana.

Al momento de su inicio, el señor cura párroco pondrá en marcha, desde un sillón, un cronómetro que estará instalado a tal efecto, puesto en medio de la habitación para vigilar el estricto cumplimiento de las normas morales. Quedará el arbitrio de aquél el rociar con hisopos de agua bendita las partes sexuales de los esposos.

Cuando el cronómetro llegase a los 45 segundos caerá una guillotina sobre el orificio seccionando lo que allí encontrase. Caso que el cónyuge varón no hubiese terminado a tiempo, le cabrá al menos el consuelo de saber que no necesitará gastarse más dineros en pólizas, pues de nada le valdrá el solicitar nuevos permisos.»

Aunque el Cónclave cubano ya estaba curado de espanto, le confieso con la mano en el corazón que aquella vez el Concilio en peso quedó asmado. Las bocas de los purpurados quedaron abiertas antes de estallar en unánime carcajada. Puede que Pirandello exagerara la cosa, mas por aquel tiempo, amigo lector, más o menos, así estaban las cosas. Vale.

CAPITULO XXX

UNA TARDE DE PAZ

Era una tarde como otra cualquiera, cercana a las fiestas de Navidad. Ya se notaba el bullicio de las gentes con sus preparativos y sus compras... el que podía. Una de esas tardes tan típicas de nuestro maravilloso otoño, que es —¿no lo has notado?— nuestra mejor estación, ni calor, ni frío, ni viento. Una brisa suave, un mar azul y una de esa nubecillas que se paran perezosas sobre nuestras cabezas, redondas y blancas, que pasan distraídas sobre nuestra ciudad dormida a los pies del Atlántico. Ya le he dicho que paradójicamente uno de sus encantos era su recoleto provincianismo.

Van llegando a la plazuela Hurtado de Mendoza los contestatarios cubanos, hasta reunirse un grupo más nutrido que de costumbre, tal vez porque es época de vacaciones estudiantiles. Había mucho que hablar y discutir, decidiéndose sobre la marcha ir a «caminar por ahí» sin rumbo fijo. Casi toda la Iglesia Cubana había devorado los *Episodios Nacionales* de nuestro inmortal don Benito Pérez Galdós en tremendo palizón, libros que —increíble pero cierto— hubimos de intercambiar a hurtadillas, ya que eran obra de un autor peligroso, descreído y por lo tanto proscrito. Había que constatar opiniones.

Asimismo días atrás habíamos escuchado en casa del notable profesor Juan Marqués García —la mejor discografía de Las Palmas— los últimos Cuartetos de Beethoven, que nos había causado enorme impacto. Habíamos de comentar los vanos intentos de ciertos paletos del Movimiento Inmóvil

afanados por colocar los valores pictóricos de Dalí (afecto al Régimen) sobre los de Picasso (que no lo era), como si la política y la pintura tuvieran que ver entre ellas. Nos interesaba discutir entre nosotros los acontecimientos de China, donde los fascistas con Chang-Kai-Sheck al frente habían sido arrinconados por las fuerzas de Mao-Tse-Tung y expulsados finalmente a Formosa.

Había que hablar y hablar, entre nosotros discutíamos hasta calentarnos y todo. Decidimos dar una buena caminata, le puedo confesar que nos dábamos unos trotes impresionantes, a pesar de las broncas de nuestros progenitores por la mucha suela de zapato que gastábamos. Aún hoy conservo esa sana costumbre, aunque —¡ay!— no tanto como antaño.

Si tú, amable lector, lo deseas voy a tomarte del brazo e invitarte a dar un largo paseo por nuestra ciudad e intentar mostrarte una imagen retrospectiva de ella. Mientras los purpurados de la Iglesia hablan de sus cosas, tú me vas a acompañar y recordar, si tienes canas, o bien a conocer, si no las tiene, a Las Palmas, 1950.

* * *

Pues como le decía, estábamos sentados en la Plazuela, a ambos extremos se encontraban las preciosas ranas expulsando agua por sus bocas, el chapoteo del agua era reconfortante. En el centro, el monumento a la democracia, que luego en tiempos de democracia —oh paradoja— ha quedado arrinconado a un lado. Al naciente, una especie de gran mesa rematada con una gran chapa de bronce con la Rosa de los Vientos y otras inscripciones marinas. Me gustaría saber que fue de ella, me temo sea uno de los tan-

tos misterios de la mamanza municipal, antes, en y después de la democracia.

Tras el Quiosco de Quevedo, donde todos los estudiantes de música iban a comprar sus partituras, caía el muro vertical hasta nuestro padre el Guiniguada, agarrado de madreselvas restrallantes. Ya le he dicho y me reafirmo que Las Palmas sin el Guiniguada no es Las Palmas.

Por cierto que el señor Alcalde por aquella época tuvo la genial idea de plantar un jardín en su lecho. Coincidió su florecimiento con el estreno de una célebre película: «Cuan verde era mi valle». A poco, una barranquera arrasó con todo, coincidiendo asimismo con el estreno de otra importante cinta: «Vinieron las lluvias». Cosas.

Quedó el barranco en su estado natural. Allí de vez en cuando tenían lugar importantes luchadas que concentraban enorme gentío. Allí bregaron Faro de Maspalomas, Manuel Marrero, Pollo de Anzo, Araña, El Palmero y otros muchos.

Pero volvamos la vista a la Plazuela y observemos las idas y venidas de los camareros que atendían a las señoras y caballeros sentados bajo unos toldos convenientemente distribuidos. Desde el bar, sito junto al elegante edificio del Banco Hispano Americano, servían taperio y beberio a la endomingada clientela. Finalmente, atrevesemos el Puente de Piedra orlado por las «Cuatro Estaciones», una de cuyas «indecentes» estatuas estuvo parcialmente cubierta sus desnudeces con una sábana, según ya le conté en otra ocasión.

Dejando a la derecha la soberbia calle del Toril —Juan de Quesada por si no me entiende— lleguemos frente a la plaza de Santa Ana, dejemos atrás la vergonzosa llaga de la inacabada obra de la Catedral de Canarias junto al callejón de San Marcial. Vergüenza eterna que ni la monarquía, ni la república, ni Franco, ni la democracia parecen tener interés en remediar. Contemplemos el Palacio del Obispo, la casa de don Silvestre Bello y extasiémonos con algo

que ahora no tenemos: el repique de campanas, de tal belleza que a uno se le pone un nudo en la garganta al recordarlo. Como es sabido su tañido conmovió a Saint-Saens, que compuso una célebre obra que se inicia con sus cuatro notas.

Al pasar por el atrio saludamos al hijo del campanero, aún casi un niño, pero que ya destacaba el pobre por el tremendo pepino que la naturaleza le había regalado por cabeza. Algún purpurado le aconseja socarrón que se compre una boina que aquélla no le cabía ya, respondiendo con tales palabrotas —en el periódico le llaman «denuestos»— que siento no poder estamparlos. Por cierto que la ciudad se conmovió al conocerse su muerte, allí mismo, bastantes años después de un desgraciado accidente de tráfico.

Se escuchan, como siempre, el hechizo del murmullo de las palomas y el cadencioso hablar de los tartaneros discutiendo de gallos con Romero el taxista. Admiremos por un instante el soberbio coro de la Catedral, así como el Patio de los Naranjos, antes siempre abierto al público. Pero sigamos adelante e introduzcámonos en el corazón del silencioso y levítico barrio de Vegueta.

Saliendo a la calle Espíritu Santo, bajemos hasta la de los Reyes, descendiendo finalmente por la de los Balcones hasta el mar. Antes de llegar a «la marea» había que pasar por el enorme mamotreto del destartalado edificio del Depósito Municipal o del Potrero. Allí estaba la sempiterna figura del mendigo Alejito mascando tabaco, de mirada turbia y que aterrorizaba a los infantes gritando con voz ronca: ¡Los niños malos al Potrero! No sé por qué, pero «la marea» era el trozo de litoral que iba desde el parque de San Telmo a la plazoleta de Santa Isabel, una sinfonía continua por el bramido de la pedrea barrida por la resaca. Allí como siempre estaban los restos del «Zuleika», un buque que naufragó a principios de siglo y que su esqueleto —las dos cal-

deras y la hélice—, perfectamente alineadas, fue finalmente sepultado bajo la actual avenida Marítima a finales de los años sesenta.

Para ir desde la iglesia de San Agustín al colegio de los Jesuitas había que hacer el correspondiente rodeo, ya que no existía comunicación a través de la calle Doctor Chil, junto al Palacio de Justicia. Así, subamos otra vez Doctor Chil arriba y doblemos a la izquierda nuevamente por Reyes Católicos, quedando escondida en la lontananza la hermosa fuente del Espíritu Santo, mudo testigo de no pocos bautizos cubanos.

Anda que te andarás, lleguemos hasta el barrio de pescadores de San Cristóbal, casas chatas de ventanas con persianas, que el progreso ha dejado medio enterradas, atravesada por una larga cinta medio asfaltada a la que llamaban carretera. A su vera, millo, plataneras, papas y salitre. De vez en vez, se oía una bocina y entonces todas las grandes dignidades de la Iglesia pegaban el trasero a la pared para que, justo, justito pasara el vehículo.

Contemplemos por un momento el indignado abandono del Castillo de San Cristóbal. ¿Hasta cuándo? Y un mar bruñido sin ninguna vela, pues no era época de aquellas enfervorizadas «pegas-casadas» y no como las de ahora, que por culpa del cronómetro resulta que el bote que va detrás es el que va delante. Se iniciaban el 29 de abril y terminaban en septiembre.

Los principales botes eran el Porteño, el Minerva, el Marino, el Tomás Morales y el Santa Catalina, cada uno de ellos apadrinado por un barrio. Tampoco se veía la gloriosa vela del Tirma que tanta leña le diera a los motorizados balandros de Tenerife. Aquí hubo siempre un enorme interés por las cosas de mar, uno piensa que las dos medallas canarias logradas en unos Juegos Olímpicos por nuestros paisanos, los hermanos Doreste y Molina, es el colofón, la guin-

da a una tradición que nos viene de muy lejos y muy de atrás.

Subiendo por la Hoya de la Plata pasemos junto a la «Casa del Niño» y el ventarrón permanente de la Ciudad Deportiva, cuyos indecentes discóbolos que lo hermosean fueron debidamente castrados y rasurados por la autoridad militar, civil y religiosa, pues no faltaría más. Ya de vuelta hacia Vegueta hagamos un pequeño alto en el Grupo Escolar de San José donde un amigo nuestro hacía horas y más horas ante un destartalado piano. Vivía allí, donde era casi un descampado y ahora sabrás su nombre: Pedro Espinosa, que daría su primer concierto en el Pérez Galdós en noviembre de 1949 y que ha conseguido un preclaro puesto como profesor e intérprete en el mundo de la música.

Parémomos por un instante en la Ermita de San José y contemplemos el manto de verdor que se extendía hasta el mar, el barrio era enteramente de casas de una sola planta, exceptuando la que ha quedado como Asociación vecinal del barrio, el único edificio no derruido del naciente. Me han asegurado que allí nació el popular estribillo de la canción: «No digas peninsular, que a ti no te gusta el gofio, que del millo del San José, te comes hasta el caroso.»

Terminado el paseo de San José, pasemos, amigo caminante, a la vera de la plaza de Santo Domingo, cuya hermosura estaba estropeada entonces por un horrible torreón de la luz, sitio preferido por todos los perros de Vegueta para echar sus meadas. Lugar siniestro para la famosa Iglesia Cubana, pues según la historia allí habían quemado a muchos herejes. «Si nos trincan a nosotros —comentó sombrío un aspirante a Obispado— nos sancochan a todos.» Por cierto, que una de las calles laterales, la del Rosario concretamente, portaba una altísima palmera hoy desaparecida. ¿No la recuerdas? Era una especie de antorcha en el corazón de Vegueta.

Haciendo un rodeo te voy a llevar, amigo paseante, a los aledaños del barrio de San Roque a admirar la casa de los «Tres Picos» y pasar el lecho de nuestro padre el Guiniguada, que tantas veces cruzamos precipitadamente huyendo de «Porra Cambada», «Perejil» y otros municipales, al amparo de las sombras de la noche.

Nos encantaban las encaramilladas callejuelas de San Nicolás. Precidamente era lunes, día que la Ermita era visitada por todas las jamonas más o menos jubiladas de la ínsula, en creencia que San Nicolás bendito les otorgara un novio decente.

Tras pasar por la calle Guerra del Río —viciosos del juego de dominó y de las palomas—, enfilemos Bravo Murillo abajo. Dicha calle era una especie de «frontera»: dentro y fuera de la Portada, alusión al Portón de entrada a la ciudad, que estuvo exactamente en la calle de Colmenares, junto al Banco de Santander. Hasta hace unos pocos decenios la gente «fina» vivía de la Portada hacia el sur, mientras la gente ordinaria o «plebeya» de Bravo Murillo hacia el norte. Fíjate, lector, el poco tráfico que había entonces que en esa calle-frontera estuvo la Casa de Socorro. Pobre del que caía allí, los costurones le quedaban de por vida, pues nada había a excepción de yodo, esparadrapo y paciencia.

Finalmente el parque de San Telmo, lugar de moceo de sirvientas y militares sin graduación. Concretamente los domingos por la mañana, era el único día que las «niñas bien» se atrevían a pasar del umbral de Triana sin caer en críticas. Y más abajo, el Muelle de Las Palmas, la fracasada obra de nuestros antepasados.

Pues como le decía, los domingos por la mañana se juntaba un gran mocerío, unos para pasear por los alrededores del Quiosco sobre el que la Banda municipal amenizaba —o más bien mareaba— con pasodoble tras pasodoble. Por cierto que los músicos se resguardaban de los rayos solares bajo

el hermoso techo de madera labrada del Quiosco, que será eternamente otro de los misterios municipales sin resolver: ¿Dónde fue a parar? Actualmente ha sido sustituido por una ridícula lona, que más parece tienda de gitanos que techo de un Quiosco, señores concejales, que si se fijan ustedes, bien, se quedarán avergonzados, colorados se lo digo yo.

Otros recalan por el Parque San Telmo para ir a la Heladora del Muelle, que ese día se empajaba a vender; otros a ver a los muchachos zambullirse en las escalerillas del Muelle bajo la vigilante mirada de Ribanso —especie de salvavidas público— mientras la gente más o menos maura miraban boquiabiertos la gigantesca mole (eso nos parecía) de la casa de don Bruno o del Hotel Parque, para que usted me entienda mejor. A un lado, los leñazos sobre el rompeolas y más allá el pobre don Benito, muerto de frío al que tapamos por compasión, con cierta bufanda de Cardenal.

Por cierto, amigo lector, si tienes canas te voy a decir una cosa para que te emociones: cuando se construyó la avenida Marítima, la punta del viejo Muelle quedó sin cubrir, más allá de los tetrápados, asoman unos metros del centenario muelle. Cuando vayas por allí de paseo, fíjate bien para que compruebes lo que digo.

Y como te supongo, amigo lector, ya cansado de andar y yo de escribir, te dejo hasta el próximo domingo, donde terminaré de recordarte algunas cosas de Las Palmas, 1950.

CAPITULO XXXI

EL ULTIMO PASEO POR LAS PALMAS

Vuelvo, amigo lector, a tomarte del brazo y continuar el largo paseo por Las Palmas 1950, mientras las grandes dignidades de la temible Iglesia Cubana siguen enfrascados en sus discusiones.

Lleguémosnos a la plaza de la Feria, a un lado la hermosa fachada de la Comandancia de Marina y al frente la feucha del Gobierno Civil.

Detrás de éste, el Campo del Marino, célebre por ser escenario de fútbol modesto y de no menos guirreas a pedradas. Más arriba, el recién estrenado Cine Capitol, límite del futuro paseo de Tomás Morales, allí empezaba de nuevo el mar de plataneras.

Desde la plaza de la Feria hasta Lugo estaba el barrio peligroso, lleno de perdición y de pecado, no digo más y ya usted me entiende. Más al norte la Ciudad Jardín, festoneada por viejos hoteles de madera del mejor gusto británico. Destacaba el antiguo Metropole, donde estuvo por cierto la que fue durante larguísimo tiempo la única piscina de la isla, la antirreglamentaria pileta de 20 metros, cuna de nuestra otrora gloriosa natación. Hasta la construcción en 1947 de la piscina municipal «Julio Navarro» en los alrededores del Hotel Santa Catalina.

Y a su vera el Pueblo Canario, admirable diseño de nuestro inmortal Néstor de la Torre, allí se guardaban bajo siete llaves los poemas del Mar y de la Tierra, para que nadie pudiese contemplar tan escandalosa obra. Puedo confesarle

que, a pesar del gran interés que tenían por la pintura varios purpurados de nuestra Iglesia, tardamos muchos años en poder obtener permiso para su disfrute, que se dice y no se cree.

Y más al norte el desangelado barrio de las Alcaravaneras, formado por una serie de manzanas en cuadrícula que siempre se me antojaron demasiado uniformes y al frente la entonces maravillosa playa de su nombre, guardada por el imponente espigón del Muelle Grande, de 2.800 metros en su construcción original, orientado por rara casualidad —¿no lo sabías?— exactamente en el grado cero, norte-sur de la Rosa de los Vientos y que tanto nos tiene privados, no sólo por lo que vale, sino por lo que duele en Tenerife.

A la derecha podía contemplarse la bolla que durante decenios anunciaba el lugar del hundimiento del «Ciudad de Málaga» y a sus dos extremos los dos nidos de ametralladoras mandados a construir por el Caudillo para defendernos de una posible invasión roja y como salvaguarda a los valores espirituales y eternos, faro, guía y reserva moral de Occidente. Nidos de ametralladoras que fueron tomados por el pueblo como cagaderos y meaderos oficiales, más por necesidad que por irreverencia se lo digo yo.

A pesar de tu cansancio, amigo lector, sigue conmigo contemplando lo que era Las Palmas 1950, mientras los purpurados de la temible Iglesia Cubana siguen enfrascados en sus discusiones.

Por detrás del barrio de las Alcaravaneras —casi enteramente construido en dos plantas— lo que es hoy Mesa y López y parte de Guanarteme, los arenales inmensos. ¡Qué alegría tirarse rodando durante nuestra niñez, una y otra vez desde montañas de 20 metros! Las regañinas de nuestros progenitores al vernos llegar perdidos de polvo y arena...

Y por la parte trasera del barrio el recién construido Estadio Insular, inaugurado durante la temporada 1944-45.

Toda la grada curva, que se cimentó mucho después, está construida sobre arena.

Subiendo por una vereda de cabras se llegaba al hoy populoso barrio de Escaleritas. Todo este sector, así como Schamann y Miller, eran grandes plantaciones de tomateros. Sábete, amigo lector, que lo primero que empezó a erigirse fue la iglesia de Santa Isabel de Hungría y aledaños. Recuerdo haber oído decir: «Sólo a un loco se le ocurrirá venirse a vivir aquí arriba.» Lo que cambean los tiempos, hermano...

Y anda que te andarás, llegamos al que fue hermosísimo parque de Santa Catalina, que ha desaparecido bajo la montaña de tienduchos y baratillos consentidos por nuestros munícipes y para colmo, ocupado por pedigüeños, mendigos reales o supuestos, músicos ambulantes, rateros, drogadictos y demás gentuallo de la peor calaña que increíblemente campan por sus respetos. Ha desaparecido el paso parsimonioso de los flemáticos ingleses de pantalón corto y cachimba, acompañados casi siempre por su tabletudo cónyuge, especie de escoba con faldas, terminado en un estrafalario sombrero de adornos multicolores. Han desaparecido los tartaneros de flema más inglesa que los mismos ingleses, así como los antiguos trabajadores portuarios de camisa negra abrochada al cuello y gorra con visera. También ha desaparecido Lolita Pluma con su perenne hablar y trabar la «hebra» con el primero que encontrara. En cambio han dejado las estrafalarias casas de Miller y de Elder, antiguas carboneras, porque a alguien se le ocurrió decir que «aquello» era un monumento-histórico-artístico. ¡Bendito sea Dios! Hemos perdido la oportunidad de ensanchar generosamente los límites de nuestro internacional Catalina-Park. ¡Qué visión la de nuestros iluminados políticos!

Y hemos llegado al fin a la playa de Las Canteras con toda su genial hermosura. Desde la «Playa Chica» al Juan

Pérez los edificios eran entonces de una o dos plantas, así la arena menuda se la llevaba el viento, dejando al descubierto aquella arena granulosa, limpia, blanca, tipo «jable».

Al construirse pisos y más pisos la arenilla fina ha cubierto el jable, disminuyendo más y más el hondo del vaso. Y nuestros munícipes tampoco se enteran...

Allí estaba el Club Pala de gran raigambre deportiva —yolas sobre todo— y más allá el Marítimo, excelente Club de Natación y el Real Victoria unos de los pilares del fútbol canario. Y sobre todo, el coqueto Teatro Hermanos Millares, escenario de innumerables zarzuelas. Y al fondo, allá en el horizonte, la orgullosa teta chicharrera de los atardeceres.

Naturalmente existían bares de la más variada condición, desde el célebre Bar Toledo, selecto donde los hubiere, hasta bochinches isleteros donde sólo servían ron y pescado frito. Más de una vez —se lo confieso con la mano en el corazón— salimos de éstos con la lengua estropajosa y reculantes al caminar, en aquellos tiempos en los que uno podía echarse una copa de malvasía con un ricachón platanero o un par de rones con un marinero sin temor a ser asaltado por la espalda.

Pero quiero que hagas un alto para afirmarte, amigo lector, una confesión:

Para conocer la belleza inmensa que esconde la playa de Las Canteras hay que ponerse unas gafas submarinas. Recuerdo que fue precisamente Luis —que ya no está con nosotros porque emprendió el viaje final del que no se vuelve— quien me regaló las primeras gafas submarinas que vieron mis ojos. Quedé sobrecogido de la belleza de la barra, un mar de flores amarillas, violetas y verdes. Guijarros de todos los colores y las más inimaginables combinaciones de luces y tonos.

¡Pobre infeliz ciudadano que habiendo nacido en nuestra isla no haya contemplado alguna vez nuestra barra con gafas submarinas!

Con el tiempo y la tranquilidad que dan unos anteojos submarinos fuimos adentrándonos cada vez más por fuera de la barra, por el proceloso océano, hasta darnos el palizón de ir hasta el Confital, ida y vuelta.

Le diré que guardo en casa grandes conchas marinas cogidas por Luis a pleno pulmón. De tales proezas tal vez oyó usted hablar, pero lo que aseguro que usted no sabe es que la Iglesia Cubana también aprovechó el proceloso Atlántico que hacer labor de evangelización. Así en cierta ocasión, cierto descreído que iba nadando en dirección al Confital, escoltado por el mentado Luis y por el que esto escribe, fue acosado por ambos a «jogaduras», no valiéndole de nada sus esperridos de auxilio, hasta que no prometió solicitar el bautismo cubano. Hoy es en la Península ilustre miembro del Colegio Notarial y ni amarrado te diré su nombre...

Y siguiendo hacia el puerto, coloquémosnos frente al medio derruido Castillo de La Luz, lleno por entonces de inmundicias y escombros por doquier. Y a nuestra espalda el populoso barrio de la Isleta.

Por cierto que tengo que salir en defensa de este barrio al que durante largo tiempo se le atribuyó mala fama. Una indignante mentira. La Isleta estaba poblada por gentes de mar en exclusiva, cambulloneros, marineros y empleados, gentes tostadas por el sol, personal humilde y sencillo oliendo a sudor y a salitre. De gamberrismo y de delincuencia, nada de nada, se lo digo yo. Gente bravía y recia, pero de lo otro nada, a la Isleta la han echado a perder... después.

Y más allá las inmensas piconeras, futura reserva ajardinada, pulmón verde del Puerto de La Luz y que está ya tardando demasiado en acometerse su cambio.

Por cierto, amigo lector, voy a confesarte otra cosa: A mí, las muchachas de Vegueta —como contraste a su levítico entorno— siempre me recordaron por su forma de hablar, a las partes agudas del gitarreo canario, las cuerdas alegres, casquivanas, simpáticas, de su tono de voz de tiple ligera.

Las chicas del Puerto, de blanquísima dentadura, de piel tersa y oscura, de caminar lento y cimbreante como los veleros en alta mar, me hacían recordar con su voz pastosa de contralto, al hablar meloso, los bajos de la guitarra canaria, aquellos que dan temple y sazón a nuestra peculiar forma de ser.

* * *

Amigo lector: Habíamos andado largas horas. La Iglesia Cubana ya había acordado por unanimidad y bajo pena de excomunión lo siguiente: que los *Episodios nacionales* eran un monumento a la Historia viva de España; que los últimos cuartetos de Beethoven se habían adelantado un siglo a su época y que habían abierto un campo inmenso en la historia del arte; que la revolución de Mao en China era un suceso irreversible, quisieran o no quisieran los norteamericanos y sus satélites, y finalmente que Picasso era un genio y Dalí sólo un buen pintor...

Y como usted estará cansado de acompañarnos, le tomo otra vez por el brazo: subamos a la Guagua que por 0,40 pesetas nos llevará de nuevo a Vegueta, a la vera de nuestro padre el Guiniguada.

Las Palmas, 150.000 habitantes cuando te la estoy describiendo y 400.000 ahora. Muchas cosas han cambiado, unas para bien y otras para mal. Pero sea como fuere, a través de la temida Iglesia cubana, has tenido la oportunidad

de recordarla o de conocerla a Las Palmas, madre de la Isla y padre del Archipiélago.

Has visto a nuestra ciudad, al mismo tiempo recoleta y cosmpolita, al mismo tiempo recogida y alegre. Esa fue, amigo lector, la ciudad que me vio nacer, llena de defectos y virtudes y a la que hemos amado con la pasión del amante no correspondido.

Si eso es pecado, pecador soy. Porque esa fue la ciudad a la que hemos amado sobre todas las cosas. Esa fue Las Palmas 1950.

Hasta siempre, amigos.

EPILOGO

A MI ESPOSA

Conocí a mi inolvidable esposa Estrella León Báez, un domingo, el día 1 de julio de 1956. Fue en el improvisado paseo de Los Llanos de Telde, ella tenía 20 años y yo 25.

Fue desde luego un fulminante flechazo de Cupido, ya que nos prometimos enseguida, el día 5 de agosto, día de la sofocona fiesta de las Nieves.

La Iglesia Cubana tuvo mucho que ver con mi inmensa felicidad futura. Resulta que uno de sus más destacados miembros era natural de Telde y se empeñó en que pasáramos el día juntos, así que el grupo de amigos tomamos el traqueante pirata tras la Catedral en dirección sur: era el 1 de julio arriba citado.

Íbamos en plan seriecitos, esa es la verdad, hasta encorbatados y todo. Ya no éramos niños, remontábamos la veintena y la Iglesia Cubana se batía en retirada. Sólo nos permitimos unas cervezas en el bar «Los tres hermanos». Al atardecer nos presentaron a un grupo de muchachas y quedé apalabrado con aquella jovencita para unos días después.

Y entonces me gastaron una broma. El día de nuestro segundo viaje colectivo a Telde, recibo aviso de uno de los contertulios, advirtiéndome que él deseaba cortejar a la misma muchacha que yo y que pensaba batirse conmigo. Rápidamente me vestí y salí disparado, decidiendo ir a Telde por mi cuenta, antes que los demás.

Nunca podré agradecer su broma lo bastante al amigo Matías, pues aquello contribuyó mi empecinamiento a en-

callar la nave de mi vida, en aquella playa segura. Finalmente, nos casamos el 29 de enero de 1962.

Aquella muchacha no era lo que aparentaba: graciosa, reservada y tímida, destapó más tarde una energía indomable, cuando el ventanero sopló de proa contra nuestra nave familiar, cuando me vi injustamente encarcelado por actividades políticas «subversivas».

Puedo afirmar con orgullo que tuve la inmensa suerte de tener por compañera a una mujer completa, como esposa y como madre. En los momentos de calma en esta marea de la vida, dejaba hinchar amorosa el velamen de la tranquilidad y mecerse en el bálsamo de la calma; en mar rizada sabía poner sosiego a las preocupaciones, manejando la escota y el timón a golpe de repiquetes, sorteando los pequeños escollos, y, cuando arreciaron los malos vientos contra la nave, luchó con energía indomable, sin protestas ni alharacas, sin perder la compostura, con la misma gracia juvenil de sus años mozos.

Los que la trataron en los últimos meses de su vida, atacada sin esperanzas por un mal terrible, son unánimes en destacar su entereza que rayó en lo asombroso. Aquella encantadora jovencita de grácil «cola de caballo», resultó ser de hierro, sin dejar de sonreír. Finalmente nos dejó para siempre el 2 de diciembre de 1991, cuando este libro ya estaba para la imprenta.

Aquel maravilloso 5 de agosto de 1956, varada en aquella playa la nave de mi vida, la Iglesia Cubana comprendió, por mí, que al fin las parrandas se habían terminado.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	7
CAPÍTULO I: CARTA QUE DIRIGE EL AUTOR AL PERIODISTA LUIS LEÓN BARRETO	25
CAPÍTULO II: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA PROVOCÓ UN ESPECTÁCULO INMORAL EN EL PUENTE DE PIEDRA	35
CAPÍTULO III: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA ORGANIZÓ UN SANCOCHO EN LA MISMA BARRA DE LAS CANTERAS	41
CAPÍTULO IV: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA PARTICIPÓ EN UNA MISA NAVIDEÑA	47
CAPÍTULO V: UNA PROEZA NATATORIA: DE CUANDO EN EL GUINIGUADA SE BATIÓ EL RECORD DEL MUNDO DE LOS 100 METROS LIBRES	53
CAPÍTULO VI: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA SE FUE DE ROMERÍA AL PINO Y QUISO HACER UN MILAGRO	57
CAPÍTULO VII: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA NO QUISO QUE SE PROHIBIERA UNA PELÍCULA PORNOGRÁFICA	63
APÉNDICE: NUEVA CARTA QUE EL AUTOR DIRIGE AL PERIODISTA LUIS LEÓN BARRETO	71
CAPÍTULO VIII: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA BOICOTEÓ LA DIVISIÓN SEXUAL EN LA PLAYA DE LAS ALCARAVANERAS	73

Págs.

CAPÍTULO IX: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA QUISO IMPEDIR LA CASTRACIÓN DE LAS ESTATUAS DE MARTÍN FREIRE 79

CAPÍTULO X: UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES 85

CAPÍTULO XI: UN BAUTIZO Y UNA VENGANZA 91

CAPÍTULO XII: UNA EXTRAÑA PROCESIÓN 97

CAPÍTULO XIII: UNA TARDE DE FÚTBOL 103

CAPÍTULO XIV: LOS NIÑOS INFIELES SE VAN DE EXCURSIÓN A MASPALOMAS 111

DEDICATORIA: LUIS HERNÁNDEZ CRESPO 119

APÉNDICE: CARTA DIRIGIDA A DON AGUSTÍN MILLARES SALL 119

CAPÍTULO XV: DE CUANDO MARTÍN EL CAMBADO PAGÓ EL CONVITE Y ENCIMA TUVO QUE IR AL MÉDICO 123

CAPÍTULO XVI: DE CUANDO LA POLICÍA SE CONVENCIÓ DE QUE LA IGLESIA CUBANA ESTABA LOCA 129

CAPÍTULO XVII: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA SE LA JUGÓ A RAMIRO EL COJO 135

CAPÍTULO XVIII: DE CUANDO DON ESTEBAN MATÍAS CREYÓ FINALMENTE EN LA PAPISA JUANA 143

CAPÍTULO XIX: DE CUANDO ANTONIO «EL CENIZO» SE PEGÓ COMO UNA LAPA A LA IGLESIA CUBANA 149

CAPÍTULO XX: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA TERMINÓ CON LA LEYENDA DE LA MAR FEA 155

CAPÍTULO XXI: MOMENTOS MUSICALES 161

CAPÍTULO XXII: MOMENTOS MUSICALES «CHICHAS» ... 165

Págs.

CAPÍTULO XXIII: DE CUANDO SE FUE LA LUZ EN UN CONCILIO 171

CAPÍTULO XXIV: FALO Y SUS AVENTURAS 177

CAPÍTULO XXV: DE CUANDO FALO QUISO IRSE NADANDO A TENERIFE 181

CAPÍTULO XXVI: DE CUANDO EL MISMÍSIMO CONSEJO DE MINISTROS SE PREOCUPÓ POR LA IGLESIA CUBANA 187

APÉNDICE: AL LECTOR 195

CAPÍTULO XXVII: DE CUANDO LA IGLESIA CUBANA HIZO MALDECIR AL PADRE PÍO DE LOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS MODERNOS 197

CAPÍTULO XXVIII: MORALIDAD Y TRAPOS VIEJOS 201

CAPÍTULO XXIX: DE CUANDO EL PADRE PÍO REVELÓ A LA IGLESIA CUBANA LAS NORMAS SEXUALES TOLERABLES 203

CAPÍTULO XXX: UNA TARDE DE PAZ 209

CAPÍTULO XXXI: EL ÚLTIMO PASEO POR LAS PALMAS .. 217

EPÍLOGO: A MI ESPOSA 225

Este tomo se ha compuesto en Times, cuerpo 10, interlineado 11. El papel es offset de 90 grs. superior. La cartulina de cubierta es Zurbarán. Impresión en offset y encuadernación con hilo vegetal. La cubierta plastificada. Se terminó de imprimir el día 9 de febrero de 1994, festividad de Santa Teresa.

ISBN 84-8103-013-9

Servicio Insular de Cultura

Ediciones del
CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA